

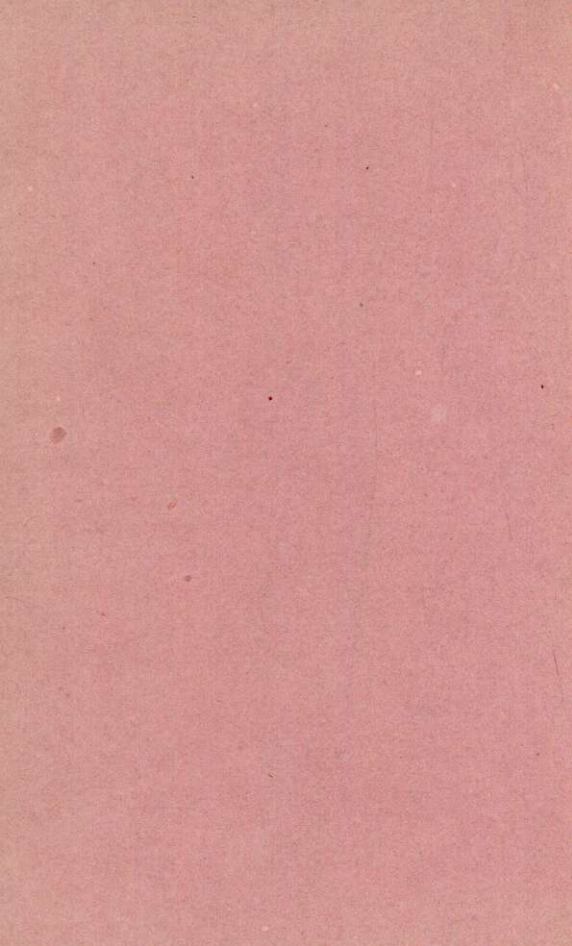




ANT

XIX

23



EL TRAGE DE BODA.

Biblioteca económica popular.



BIBLIOTHEQUE DE ROYAL

14 cms

R-43.579

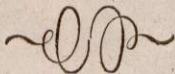


EL TRAGE DE BODA.

Por

ALEJANDRO DUMAS.

TRADUCCION DE D. S. C.



Seádiz.

IMPRENTA DE FILOMENO F. DE ARJONA, EDITOR,
calle de la Torre, n.º 58½.

—
1849.

Es propiedad de la casa de Arjona.

INTRODUCCION.

ERA entre la paz de Tilsitt y la conferencia de Erfurt, es decir en el mayor apogeo del esplendor imperial.

Una muger en traje de mañana, vestida con un largo peinador de musolina de Indias, guarnecido de magníficas valencianas; en cuya estremidad no se advertia mas que la punta de un pequeño chapin de terciopelo; peinada segun el estilo de aquella época, esto es, en la parte superior de la cabeza, y la frente sembrada por

numerosos bucles de cabellos castaños, que revelaban por la regularidad de sus anillos la reciente presencia del peluquero, estaba recostada sobre una butaca forrada de raso azul, en un elegante retrete que formaba la habitacion mas reservada del piso principal de una casa situada en la calle de Taibout número 11.

Digamos algunas palabras de la muger, enseguida del retrete, y despues entraremos en materia.

Esta muger, casi hubiéramos podído decir al primer golpe de vista esta niña, porque aun cuando tuviese veinte y seis años poco mas ó menos, apénas parecia tener diez y nueve; esta muger, decimos, además de la elegancia de su talle, la finura de sus pies, y la blancura mate de sus manos, estaba dotada de una de esas fisonomías que en todos tiempos han tenido el privilegio de trastornar las cabezas de por sí mas firmes y seguras. No porque fuese precisamente bella, sobre todo de la manera que se entendia la belleza en esta época, en que las pinturas de David habian conducido á casi toda la Francia al gusto del griego, tan felizmente abandonado durante los dos reinados precedentes; no: todo

lo contrario, su belleza estaba impregnada de una caprichosa fantasía. Quizá fueran sus ojos demasiado grandes, su nariz bastante pequeña, sus labios escesivamente rosados y su tez muy trasparente; pero estos estraños defectos solo podian reconocerse cuando aquel hermoso rostro permanecia impasible; porque desde que se animaba por una espresion cualquiera, esa muger, cuyo retrato pretendémos delinear, poseia el don de acomodar su semblante á todas las espresiones posibles, desde la de la vírgen mas tímida hasta la de la bacante mas desenfrenada; porque tan pronto como se animaba, repetímos, por una espresion cualquiera de tristeza ó de alegria, de compasion ó de mofa, de amor ó de desden, todas las facciones de aquella preciosa cara se armonizaban de tal suerte, que no podria decirse cual de ellas quiso modificar, puesto que seguramente, añadiendo regularidad al conjunto, se hubiera quitado atractivo á la fisonomia.

Esta muger tenia en la mano un rollo de papel, sobre el cual estaban trazadas algunas líneas escritas en dos diferentes caractéres. De cuando en cuando levantaba la mano con un gesto de cansancio lleno de gracia, llevaba el manuscrito

á la altura de sus ojos, leía algunas de aquellas líneas haciendo un gracioso visage, y despues ecsalando un suspiro volvia á dejar caer su mano, que á cada instante parecia prócsima á abrirse para soltar el malhadado rollo de papel, que al parecer era por un momento la causa principal de un disgusto que no procuraba tampoco disimular.

Esta muger era una de las artistas mas á la moda del Teatro francés; este rollo era una de las tragedias mas fastidiosas de la época; designarémos á la una bajo el nombre de Fernanda, y nos guardarémos mucho de revelar el título de la otra.

El retrete, si bien de una superior elegancia, llevaba el sello del mal gusto de la época: era una bonita pieza cuadrada, colgada de raso azul, del que cada paño formaba una especie de cuadro entre dos delgadas columnítas de órden corintio, y cuyo dorado capitel sostenia un friso de estuco sobre el cual estaba pintada, en el género de Pompeya, una multitud de Amores que llevaban arcos y carcaxes, y primorosos altares al Himeneo y á la Fidelidad, ante los cuales los susodichos Amores inmolaban víctimas; esto se

llamaba así en esta época. Además este retrete tenia cuatro puertas, dos de ellas simuladas en obsequio á la simetría; estas cuatro puertas estaban pintadas de blanco y realzadas en cada tablero con adornos de oro, compuestos del tiro de Baco, y de las máscaras de Talía y de Melpómene; una de estas puertas se hallaba abierta, y dejaba penetrar en el retrete el vapor húmedo y el suave olor de un baño perfumado.

En cuanto á los muebles de esta habitacion forrados de raso azul como las paredes, tenian esa forma tosca y desagradable que sorprende todavia hoy la vista de las personas de gusto y de los aficionados á lo *confortable*, que no comprenden, no solamente como podian admitirse tales falsificaciones de la antigüedad, sino tambien como podian servirse de ellos, si se atiende á que apenas era posible recostarse en los camapés, ni casi sentarse en los sillones, y de ningun modo en las sillas; no hablamos de los taburetes en forma de X; estos muebles eran los únicos que, separadamente de su forma escéntrica y sus adornos atenienses correspondian algo á su destino.

Los adornos de la chimenea eran conformes al mismo pensamiento; el péndulo representaba

un enorme escudo redondo, el de Aquiles probablemente, sostenido por cuatro raquiticos Amores, agoviados con el peso; los candelabros se componian de otros cuatro Amores reunidos en forma de grupo, y sus cuatro velas figurando un candelero de cuatro brazos.

Y sin embargo, como hemos dicho, todo esto á pesar de su mal gusto, era rico, seductor, elegante, y sobre todo realzado por el esplendor, gracia y belleza de la sirena que lo habitaba; y véase como nos ha arrastrado nuestro argumento hasta hacernos incurrir, á despecho nuestro, en el estilo mitológico de la época.

La diosa que se adoraba en este pequeño templo, estaba, como hemos dicho, muellemente recostada en una butaca, en actitud de estudiar su papel, é intimamente preocupada del modo con que ordenaria su tocado y vestiria su túnica en la tragedia nueva que iba á representar, cuando se abrió la puerta, y entró la doncella con esa desenvoltura familiar que denota á la vez la confidente de tragedia, y la graciosa de comedia. Ismena y Dorina, la dadora de consejos, y la encubridora de secretos.

—Cómo, otra vez sois vos? exclamó la otra

con un gracioso aspecto de mal humor que aun al dirigir una reconvencion, parece que dice que se ha hecho bien en merecerla. Sin embargo, yo habia recomendado que queria estar sola, absolutamente sola, para estudiar cómodamente; nunca aprenderé este papel y será por culpa vuestra: oís señorita Cornelia?

La doncella se llamaba María, por su verdadero nombre patronímico; pero habia considerado que era un nombre vulgar, y se desbautizó y volvió á bautizar por su autoridad privada para tomar el nombre mas eufónico, y sobre todo mas distinguido de Cornelia.

—Dios mio! os pido mil perdones, señora, dijo la doncella, y estoy pronta á tomar, ante el autor, la responsabilidad de la demora; pero un hermoso jóven desea hablaros, y esto con tanto empeño, que no he hallado medio de despedirle.

—Y cómo se llama vuestro hermoso jóven, señorita?

--Eugenio.

—Eugenio! replicó la actriz repitiendo lentamente las tres sílabas que componen la palabra Eugenio. Pero ese no es un nombre.

—Si tal, señora, es un nombre y un nombre muy lindo; á mi me agrada mucho el nombre de Eugenio.

—Ah! ah! y quereis que adopte vuestro simpatías? Y podeis hacerme el retrato de vuestro protegido?

—Oh! ciertamente; es, como ya os lo he dicho, un bello jóven como de unos cinco pies y cinco pulgadas, con cabellos negros, ojos negros, bigotes negros y adorables dientecillos blancos. Está vestido de paisano; pero apostaria á que es un oficial; además que lleva en el ojal la cinta de la Legion de honor.

—En otro tiempo esta última designacion me serviria de seña; hoy podia parecerme bastante vaga... No obstante decis que se llama Eugenio? un moreno! la cinta de la Legion de honor!... repitió Fernanda interrogando á su memoria.

Despues, volviéndose hácia la señorita Cornelia:

—Y durante un año que estais á mi servicio, os acordais, señorita, de haber visto alguna vez á ese hermoso jóven?

—Nunca, señora.

—Veamos quien puede ser. Es Eugenio de Herville?

—Oh! No, señora, no es.

—Eugenio de Castellux?

—Tampoco es.

—Eugenio de Clos-Regnaud?

—Tampoco.

—En ese caso, querida mia, id á decir á ese caballero que no estoy en casa.

—Cómo! señora, me mandais!..

—Id.

Fernanda pronunció esta última palabra con tal dignidad de princesa trágica, que, por mas deseos que tuviese la doncella de defender la causa de su protegido, forzoso le fué volver los talones, y obedecer un mandamiento tan es-
preso.

En efecto, la señorita Cornelia salió, y Fernanda con un aspecto mas distraido y fastidiado que antes, recogió la vista sobre su manuscrito; pero no hubo leído cuatro versos cuando la puerta volvió á abrirse, y se presentó de nuevo la doncella.

—Hola, señorita, otra vez aquí! dijo Fernanda con un tono que procuraba hacer grave, y

que sin embargo habia perdido ya mucho de su severidad.

—Oh Dios mio! sí, señora, respondió Cornelia; oh Dios mio! sí, otra vez soy yo; pero perdonadme, señora, el caballero Eugenio no quiere irse.

—Cómo! no quiere irse?

—No; dice que sabe que la señora nunca sale tan de mañana.

—Sí, pero por la mañana no recibo mas que á mis amigos.

—Dice que es de los amigos de la señora.

—Oh! ahí es nada, esto se complica; Eugenio, un moreno, la cinta de la Legion de honor de mis íntimos amigos; es Eugenio de Miremont?

—No, señora. Oh! este es mejor.

—Eugenio de Harcourt?

—Oh! Este es mucho mejor.

—Eugenio de Argy?

—Oh! este es infinitamente mejor.

—Pero sabeis, señorita Cornelia, que escitais mi curiosidad?

—Además, replicó la doncella presentando á su ama una cajita de tafilete encarnado del tamaño de una moneda de cinco francos, ha aña-

dido: «Entrega esto á Fernanda, y sabrá quién soy.»

—A Fernanda?

—Sí, señora, dijo: A Fernanda.

—A fé mia, confieso que no lo comprendo, dijo la actriz levantando el broche, y abriendo con ansiedad la cajita.

—Hola! el retrato de la señora; exclamó la doncella: oh! qué parecido es! qué liada estais con ese velo que ondula en derredor de vuestra cabeza!

—Mi retrato, añadió Fernanda haciendo visiblemente un último esfuerzo para atraer sus recuerdos, mi retrato! Por vida mia, que me pierdo en conjeturas.

Y despues de un instante de silencio exclamó:

—Ah! Eugenio?

—Sí.

—Un moreno?

—Sí.

—La cinta de la Legion de honor?

—Sí.

—Del número de mis amigos... este retrato... esta cifra que no habia advertido sobre la cajita: E. B. Eso es, eso es; Dios mio! qué frágil

de memoria soy! qué distraída! Que entre, decid que entre é ese pobre Eugenio, que le he obligado à hacer antesala!... Cuando pienso que no hace un mes que me sucedió lo mismo con Gerónimo...

La señorita Cornelia sin esperar á que se lo dijeran dos veces partió como una flecha, de suerte que apenas Fernanda habia concluido de dirigirse estas reconvenciones, cuando en lugar de Cornelia asomó á la puerta el hermoso jóven de los cabellos, ojos y bigote negros, y de la cinta encarnada.

—Ah! disimulad, mi querida Fernanda, exclamó el jóven riendo; pero, por mi honor, que estaba muy distante de sospechar que, durante mi ausencia, os hubieseis vuelto inconquistable.

—Pero tambien, quien iba á figurarse que erais vos, mi querido príncipe? dijo Fernanda alargando al recién llegado una mano que este besó con un aire enteramente vencedor. Haceis que os anuncien pura y simplemente bajo el nombre de Eugenio; y á fé mia, conozco tantos Eugenios...

—Que me habeis confundido con todos los Eugenios de la tierra: esto es lisongeropara mí.

Ah! dispensad, mi retrato! tened la bondad de devolvérmelo.

—Con que todavía lo conservais? dijo Fernanda con un coquetismo encantador.

—Siempre, dijo el príncipe acercando un taburete á la butaca.

—Cornelia, dijo Fernanda, mientras que su alteza imperial esté en mi casa, á nadie absolutamente recibo.

Cornelia abrió tantos ojos; hasta entonces habia visto entrar en casa de su ama muchos príncipes; pero entre todos ellos, eran pocos los designados con el pomposo título de alteza, y sobre todo de alteza imperial.

Asi pues la señorita Cornelia salió sin replicar una sola palabra.

—Y desde cuando estais en Paris, mi querido Eugenio? Ah! perdonad, monseñor, os hablo siempre como si fuerais un simple coronel de la guardia consular.

—Y haceis bien, mi bella Fernanda. Vaya, vaya. Cuando he venido? ayer; y mi primera visita ha sido para vos, ingrata!

—Como es eso! habeis venido aquí?

—No; no os hubiera encontrado, porque es—

tabais en la escena.

—Ah! es verdad.

—He estado en los Franceses.

—En el palco del emperador? Pues yo no os he visto.

—No seria porque dejaseis de mirar, p^{er}fi-da! Yo no estaba, no; pero Poniatowski, sí.

—Oiga! no le he visto.

—Oh! triple embustera! exclamó el príncipe. No, señora, no, yo estaba incógnito en un palco de tornavoz.

—Solo?

—No, con vuestro retrato.

—Oh! Dios mio! qué galante es eso que me decis, y como os juro que no creo una palabra!

—Sín embargo, es la verdad pura.

—Pues bien, estoy desesperada de que hayais venido ayer.

—Y por qué? Estuvisteis adorable en Zaira, y maravillosa en Rojelana.

—No estaba bella.

—No digais eso, al contrario, estabais hechicera.

—No, estaba de mal humor.

—Quizá porque Poniatowski hablaba muy á

menudo á su vecina?

—Desapacible.

—O tal vez porque Duroc ha muerto?

—Melancolía.

—O por qué Murat está arruinado?

—A propósito de Murat, es gran duque, no es verdad? Y dicen que van á hacerlo virey, como vos, ó rey, como José, qué se yo?

—Sí, algo de eso he oído.

—Ah! ya, y todos esos cetros tienen al menos buenos provechos?

—No muy malos; y si esto puede seros lo mas grato del mundo, bueno! ya hablaremos de eso.

—Ah! vos, mi querido Eugenio, sois siempre príncipe; no como vuestro emperador...

—Y bien! Pues qué os ha hecho mi emperador? Yo creía que os habia hecho... emperatriz.

—Ah! sí, es amable, hablemos tambien de eso. Mirad, tengo deseos de abandonar la Francia, y de irme á Milan.

—Apresuraos, querida mia, apresuraos, allí sereis perfectamente acogida; justamente vengo á Paris para reclutar primero mi tropa, y en seguida marchó á Erfurt y á Dresde. Formais par-

te del viage á Dresde?

—Se que Mars, Jorge y Talma van; pero á mí ni una palabra me han dicho todavía.

—Deseais ir?

—Si deseo ir! Mirad, mi querido príncipe, quereis que sea franca? eso era lo que me tenia anoche de mal humor.

—De veras?

—Palabra.

—Pues bien, yo arreglaré el negocio con Rovigo. Creo que es á él á quien concierne eso.

—Ah! sereis una divinidad.

—Ahora, por vuestra parte, haced alguna cosa por mí.

—Oh! todo cuanto gustéis.

—Dadme el repertorio de la semana, y buscaré el medio de combinar mis noches con las vuestras. Quiero ver *Los templarios*; representais dentro?

—Sí, hago una especie de llorona. Mejor quisiera que me vieseis en otra cosa.

—Quiero veros en todo.

—Luego quereis ese repertorio?

—Sí.

—Oh! ahora está muy mal combinado. Todo

eso no son mas que arterías, cábalas, é intrigas. Nuestra pobre comedia-francesa, va, mucho lo temo, como iba el café de Luis XV.

—Es verdad!

—Pero dende estará ese repertorio? Ah! ya me acuerdo.

Fernanda alargó la mano hacia un cordon de campanilla terminado por un arco y un carcax de cobre dorado, y tocó.

La señorita Cornelia se presentó.

—Qué habeis hecho del repertorio que os dí ayer? dijo Fernanda.

—Lo he puesto en una de las copas del dormitorio vuestro.

—Id por él, su alteza imperial lo pide.

Cornelia salió y volvió un instante despues, trayendo el impreso hebdomadario.

Fernanda lo tomó y entregó al príncipe; y dirigiendose despues á Cornelia que permanecia de pié en su lugar, le preguntó:

—Qué es eso! señorita, qué aguardais?

—Perdonad, señora, dijo la doncella; pero está ahí una persona que desea hablaros.

Y acompañó estas palabras con una de esas miradas de doncella á señora que quieren decir:

«Tranquilizaos, yo se lo que me hago.»

—Otro hermoso jóven? preguntó Fernanda.

—Oh! no, señora, esta vez es una pobre muchacha muy aflijida, que demuestra tener un gran pesar.

—Cómo se llama?

—Cecilia.

—Cecilia, Cecilia qué?

—Cecilia no mas.

—Vámos, dijo el príncipe, hoy es el dia de los nombres de pila.

—Y qué desea?

—Desea mostrar á la señora cierta cosa, que, le aseguro, le ha de parecer escelente. Primero le digo que era inútil, atendido á que la señora está en el caso de hacer economías; pero insistió tanto la pobre niña, que no he tenido valor para despedirla. La he dicho que se espere, y que luego que la señora pueda recibirla, la recibirá; entonces se ha sentado modestamente en un rincón con su cartonera sobre las rodillas, y aguarda el beneplácito de la señora.

—Vuestra alteza imperial permíte?... preguntó Fernanda.

—Cómo no! respondió el príncipe, además

que me alegraría mucho de ver á esa muchacha y sobre todo de admirar lo que hay en esa cartonera que tan modestamente tiene sobre sus rodillas.

—Vámos, dijo Fernanda, que entre.

Gornelia se alejó al punto volviendo un instante despues á anunciar á la señorita Cecilia: detrás de Cornelia entró la persona anunciada.

Esta era una hermosa doncella de diez y nueve años, de rubios cabellos, sonrosada tez, grandes ojos azules, y talle flecsible como una caña: vestia rigoroso luto sin adorno ninguno en su trage ni en su sombrero del mismo color: por la palidez de sus mejillas y lo enrojecido de sus ojos, se conocia que habia sufrido y llorado mucho.

Segun las señas que Cornelia habia dado de la persona que solicitaba hablar á Fernanda, creyó esta desde luego habérselas con alguna pobre griseta encargada de llevar muestras por la ciudad; pero á la primera ojeada que lanzó sobre esta triste y severa doncella, conoció que se habia engañado.

El príncipe, por su parte, observó con asombro el aire de casta dignidad difundido en todo

el personal de la bella aflijida.

—Acercaos, señorita, dijo Fernanda, y tomaos la molestia de decirme lo que me proporciona el placer de veros.

--Señora, respondió Cecilia con voz trémula, pero en la que sin embargo había mas pesadumbre que temor; hay en esta cartonera un traje que he enseñado ya á muchas personas; pero el precio á que debe ser pagado, ha estedido siempre al que ellas han prometido. La última me dijo cuando me lo devolvía, que solo una reina podría comprar semejante traje, y entonces he venido á vos que sois una reina.

Estas palabras fueron proferidas á la vez con una voz tan vibrante y con tanta tristeza y dignidad, que el príncipe y Fernanda sintieron que se redoblaba su asombro; no obstante, las últimas palabras de la jóven hicieron sonreír á la bella artista.

--Oh! sí, una reina, dijo, reina desde las siete y media hasta las diez de la noche; reina con un teatro por reino, paredes de carton por palacio, y una diadema de cobre dorado por corona! Pero con todo, no os habeis equivocado enteramente al venir aquí, porque si yo soy una

falsa reina, al menos habeis hallado un verdadero rey.

La doncella dirigió gravemente sus hermosos ojos azules hácia el príncipe, con una espresion que indicaba no comprender nada absolutamente de las palabras que acababan de decirle.

Durante este tiempo levantaba Cornelia la tapa de la cartonera.

Fernanda lanzó un grito de admiracion y de sorpresa.

—Oh! qué maravilloso trage! exclamó apoderándose de él con la ávida curiosidad de una muger que ve una obra superior en lienzo; desplegándolo sobre la butaca, y pasando su mano por debajo del tejido para juzgar mejor de la finura de la musolina y de la belleza del bordado.

En efecto, quizá ni aun en Nancy, pais de las maravillas en este género, habrian visto cosa igual á este trage de tal suerte enriquecido de bordados, que apenas se veia de trecho en trecho aparecer la musolina sobre la que serpenteaban los troncos mas delicados, las mas graciosas hojas, y las flores mas elegantes que jamás han inspeccionado la codiciosa mirada de una hija de Eva; en fin, no era la obra de una muger, sino

ciertamente el capricho de una hada.

Por poco apreciador que fuese el príncipe de este género de labor, no dejó de reconocer que este trage debía ser un prodigio de paciencia y habilidad.

Muchos minutos se mantuvo Fernanda en contemplacion ante aquellos graciosos arabescos, y dirigiéndose á Cecilia le preguntó:

—Y quien ha bordado este trage?

—Yo, señora, respondió Cecilia.

—Y cuántos años habeis invertido en esta obra?

—Dos años y medio, señora.

—Lo creo; mirad, príncipe, lo que lo hace mas precioso todavia es que está bordado sobre la almohadilla, y no al bastidor; dos años y medio! entonces debeis haber trabajado atrozmente.

—Noche y dia, señora.

—Y emprendísteis semejante obra con el objeto de venderla?

—La emprendí con otro objeto; señora.

—Comprendo por qué no habeis hallado medio de deshaceros de este trage; señorita, debe costar lo que el rescate de un rey.

—Ay de mil sí, y me veo precisada á ecsigir

un precio bastante alto; esta es la causa de que hasta ahora, apesar de la urgente necesidad que tengo de ese dinero, no haya encontrado á quien venderlo.

—Pues qué precio pedís? preguntó sonriéndose el príncipe.

La doncella guardó silencio un instante como si temiera soltar de sus lábios las fatales palabras, que ya tantas veces le habian arrebatado la esperanza; en fin, con voz á penas inteligible; dijo:

—Tres mil francos.

—Nada menos? preguntó el príncipe.

—Tres mil francos, repitió Cornelia.

—Señora! dijo la actriz con esos movimientos combinados de ojos y boca que es imposible describir, señora! es caro, pero es lo que vale.

—Y al mismo tiempo, exclamó la doncella juntando las manos y cayendo casi de rodillas, al mismo tiempo, señora, os lo juro, hariais, si lo compráseis una santa y noble accion.

—Dios mio! dijo Fernanda, hija, yo compraria este trage con mucho gusto, y confieso que no me faltan ganas; pero; mil escudos!

—Oh Dios mio! pero que son mil escudos

para vos? dijo la doncella mirando al rededor de sí, como formándose una idea de la fortuna de aquella á quien se dirigia por el suntuoso mueblage de la habitacion que hemos descrito.

—Cómo! no son nada mil escudos para mí! exclamó la artista; nada menos que tres meses de mis honorarios. Mirad, señorita, dirigid vuestra demanda al príncipe, y él comprará ese vestido para alguna bella dama de la corte.

—En efecto, dijo el príncipe, la señora tiene razon; me quedo con ese trage, hija mia.

—Vos! vos! señor! vos príncipe! exclamó la doncella, es verdad que lo tomáis, y por el precio que pido?

—Sí, respondió el príncipe, y aunque os fuese necesaria una cantidad mas considerable.

—No, monseñor, no, dijo ella, necesito tres mil francos, tres mil francos me bastan. Además que este vestido no vale mas.

—Pues bien, dijo el príncipe, tened la bondad de entregar esa cartonera á mi ayuda de cámara Juan, que encontrareis hablando á la puerta con mi cochero; decídle que lo deposite en mi carruage, y dadle las señas de vuestra casa para que pueda remitiros hoy mismo esa suma de que

parece teneis tan gran necesidad.

—Oh! sí, sí, respondió la doncella, solo siéndome forzoso ocurrir á una necesidad muy grande, os lo juro, podria desprenderme de este traje.

Y diciendo estas palabras llevó la pobre niña muchas veces sus lábios á la tela de que iba á separarse, con una mezcla de júbilo y de dolor que desgarraba el alma. En seguida, saludando por última vez á Fernanda y al príncipe, se dirigió hácia la puerta.

—Una sola palabra, dijo Fernanda, y perdonad, señorita, en obsequio á dos sentimientos que creo experimento, en igual grado, es decir, la curiosidad que escitais en mí, y el interés que me tomo por vos. Para quién se destinaba este traje?

—Para mí, señora.

—Para vos?

—Sí; era mi traje de boda.

Y la doncella se lanzó fuera del aposento sofocando un sollozo.

Dos horas despues, los tres mil francos estaban en su casa.

Al siguiente dia, hizo el príncipe que lo con-

dujéran á las señas indicadas, y preguntó por la señorita Cecilia. Esta jóven le habia interesado vivamente; contó la anécdota á la Emperatriz, y esta manifestó deseos de verla.

—La señorita Cecilia! dijo la portera.

—Sí, la señorita Cecilia, una jóven rubia, de ojos azules, como de diez y ocho á diez y nueve años de edad. No es aquí, calle del Gallo, número 5, dónde vive?

—Oh! entiendo lo que quereis decir, respondió la portera; pero la señorita Cecilia ya no está aquí. Su abuela murió hace tres dias: antes de ayer la enterraron: ayer la señorita Cecilia estuvo fuera todo el dia, y ha partido esta mañana.

—De Paris?

—Probablemente.

—Hácia qué pais?

—Lo ignoro.

—Y cual es su apellido.

—Nunca lo hemos sabido.

Y aunque reprodujese el príncipe cinco ó seis veces las mismas preguntas bajo diferentes formas, no pudo conseguir saber mas.

Ocho dias despues se presentó Fernanda en *el filósofo sin saberlo*, con un traje tan magnífi-

camente bordado, que se divulgó el rumor de que era un agasajo que el sultan Selim habia hecho á la encantadora Rojelana.

Y ahora nosotros, á quien nuestra cualidad de historiador da el privilegio de conocer los secretos, digámos quien era esta misteriosa doncella, que por un instante se habia aparecido al príncipe y á Fernanda, y á la que no se conocia en la calle del Gallo, número 5, sino por el nombre de Cecilia.



1.

La barrera de san Dionisio.

EL dia 20 de Setiembre de 1792, un pequeño carrocin abovedado forrado de paja, cubierto de lienzo, y conducido por un campesino sentado sobre la vara, se presentó á las seis y media de la mañana en la barrera de san Dionisio, en seguimiento de una docena de otros carricoches que se adelantaban todos con la pretension bien evidente de salir de la capital, lo que, en esta época de emigracion, no era cosa tan fácil.

Asi, cada carruage que llegaba era sometido

á una rigurosa investigacion. Además de los aduaneros, cuya obligacion por lo comun es registrar simplemente los carruages que entran, cuatro oficiales municipales estacionados á la puerta ecsaminaban los pasaportes, y una guardia de voluntarios nacionales se hallaba dispuesta á prestarles auxilios en caso necesario.

Todos los carruages que precedian al carrocin se presentaron sucesivamente, siendo registrados hasta en sus menores rincones. Ninguno ofrecia sin duda cargamento sospechoso, porque todos pasaron sin obstáculo. El pequeño carrocin llegó á la reja, y se detuvo delante de la puerta del cuerpo de guardia.

Entonces el campesino sin aguardar el interrogatorio, levantó por sí mismo el lienzo que cerraba su carruage, y presentó el pasaporte al oficial encargado.

Este pasaporte expedido por el corregimiento de Abbeville, invitaba á las autoridades á que dejasen circular libremente al arrendatario Pedro Durand, á su muger Catalina Payot y á su madre Gervasia Arnoult, todos tres de camino para Paris. En otro lado la municipalidad de esta ciudad autorizaba á las mismas personas á re-

gresar al lugar de Novion, punto de su residencia habitual.

El oficial municipal asomó la cabeza al carrocin; este contenia una muger de cuarenta y cinco á cincuenta años, otra de veinte y cinco á veinte y ocho, y una niña de cuatro; las tres vestian de aldeanas normandas, y esceptuando la niña, llevaban el gran gorro de las mugeres del pais de Caux.

—Quién se llama Gervasia Arnoult? preguntó el municipal.

—Yo, señor, respondió la mas anciana de las mugeres.

—Y quién Catalina Payot? continuó el interrogador.

—Yo, ciudadano, contestó la mas jóven.

—Porqué esta niña no está comprendida en el pasaporte?

—Ah! diantre! eso, mi oficial, dijo el aldeano respondiendo á la pregunta dirigida á las dos mugeres, es culpa mia; mi muger me decia bien: «Pedro, es menester inscribirla tambien en el documento;» pero yo le dije: «Déjalo, Catalina, un vástago como este, no merece la pena el incluirle.»

—Es tu hija? preguntó el municipal.

La niña abría la boca para responder; pero su madre le puso la mano sobre los labios.

—Por vida de! dijo el campesino, y de quien quereis que sea?

—Está bien, dijo el municipal; pero como lo habia pensado la ciudadana, es importante que se hiciera mension de esta niña en el pasaporte; y despues, añadió, sin duda por un error, se dice que la madre tiene sesenta y cinco años y tu muger treinta; por un error digo, porque ninguna de las dos ciudadanas representa la edad que les señalan como suya.

—Sin embargo, yo tengo sesenta años, señor; dijo la mas anciana de ellas.

—Y yo treinta y cinco, dijo la mas jóven.

—Y yo señor, dijo la niña, tengo cuatro, y se leer y escribir bien.

Las dos mugeres temblaron, y el aldeano replicó:

—Ya lo creo que sabrás leer y escribir, bien caro me ha costado, seis francos mensuales en la academia de Abbeville; voto á! Si no supieras leer por ese precio, le formaba un proceso á tu maestra.

—Basta, basta, dijo el oficial municipal, vais á bajar á mi despacho, mientras se registra el carruage para asegurarse de que no hay dentro nadie mas que vosotros.

—Pero señor! repuso la mayor de las dos aldeanas.

—Madre mia! dijo la mas jóven apretándole el brazo.

—Vámos, vámos, haced lo que quiere el ciudadano, replicó el campesino, y cuando vea que no tenemos aristócratas escondidos en nuestra paja, nos dejará pasar; no es verdad, mi oficial?

Las dos mugeres obedecieron, y entraron en el cuerpo de guardia: al poner allí el pié, la de mayor edad llevó su pañuelo á la nariz. Afortunadamente este movimiento no fué advertido mas que de su compañera, que le hizo dos ó tres veces señal de reprimir ese sentimiento de disgusto un poco aventurado en una aldeana.

En cuanto al hombre, se mantuvo junto á su carrocin.

El oficial municipal abrió la puerta de su despacho, y entraron las dos mugeres y la niña, cerrando despues la puerta tras ellas.

Hubo un instante de silencio durante el cual miró el oficial alternativamente á las dos mugeres con la mayor atencion; ambas no sabian que pensar de este mudo interrogatorio, cuando acercando un sillón á la mas anciana é indicando con la mano una silla á la mas jóven:

—Hacedme el gusto de sentaros, señora marquesa, dijo á aquella; tomad un asiento, señora baronesa, dijo á esta.

Las dos mugeres se pusieron pálidas como la muerte, y se dejaron caer mas bien que sentar sobre las sillas que le ofrecian.

—Pero, señor, os equivocais, dijo la de mayor edad.

—Ciudadano, te aseguro que estás en un error, exclamó la mas jóven.

—No disimuleis conmigo, señora; por otra parte, nada teneis que temer.

—Pero quien sois? cómo nos conoceis?

—Soy el ex-administrador de la duquesa de Lorges, antigua dama de honor de la condesa de Artois, la cual ha abandonado á Paris con los príncipes, dejándome aquí para salvar lo que pueda de su fortuna. Veinte veces os he visto en casa de mi señora, y os he reconocido al pri-

mer golpe de vista.

—Nuestra vida està en vuestras manos, señor, dijo la que el oficial municipal habia designado con el título de baronesa, porque ya no negarémos por mas tiempo que somos las personas que habeis conocido en casa de la duquesa de Lorges, que era una de mis mejores amigas; pero tendreis compasion de nosotras; no es verdad?

—Podeis estar tranquilas, señoras, respondió el ex-administrador, y aun haré cuanto estuviere de mi parte para favorecer vuestra evasion.

—Oh! señor, exclamó la marquesa, creed que os viviremos eternamente reconocidas; y si por nuestras recomendaciones podemos seros útiles en alguna cosa...

—Ay! madre mia, dijo la baronesa, de qué quereis que puedan servir nuestras recomendaciones á este caballero, á no ser para comprometerle? Y lejos de poder hacer algo para con los demás, somos nosotras las que tenemos necesidad de proteccion.

—Ay! sí, tienes razon, hija mia, respondió la marquesa, siempre olvido quienes somos, y lo que ha sido de nuestra pobre patria.

—Silencio! madre mia! dijo la jóven; en

nombre del cielo! no digais semejantes cosas...

—Oh! nada temais, señoras, dijo el oficial; es decir, añadió, mientras que no las digais mas que delante de mí. Pero si he de daros un consejo, señora marquesa, es el de que hableis lo menos posible... añadió sonriéndose. Teneis un acento aristócrata inadmisibile en las actuales circunstancias; y cuando hableis, si he de atreverme á agregar un segundo consejo al primero, cuidad de decir de *tú*, y de llamar á las gentes *ciudadanas*.

—Nunca! señor, nunca! exclamó la marquesa.

—Por mí, madre mia, por mi pobre hija! dijo la baronesa; ya ha perdido á su padre; qué seria de ella si tambien nos perdiese á las dos?

—Pues bien, sea, dijo la marquesa, lo prometo, mi querida hija, haré lo que pueda.

—Y ahora, señoras, quereis proseguir vuestro camino con este pasaporte?

—Cual es vuestro dictámen, señor? preguntó la baronesa.

—Que en lugar de serviros, puede comprometeros estraordinariamente. Ni una ni otra representais la edad que en él se os supone; y co-

mo ya he dicho, vuestra hija no está inscrita aquí.

—Y qué hemos de hacer? no tenemos otro.

—Pero yo puedo proporcionaros uno.

—Oh! señor, exclamó la baronesa, seriais tan bueno como todo eso?

—Sin duda; pero teneis que esperar aquí media hora, y quizá mas tiempo.

—Oh! cuanto gustéis, señor, dijo la baronesa, porque conozco que á vuestro lado estamos seguras.

El oficial municipal salió, volviendo un instante despues con el pasaporte lleno de lodo y medio rasgado.

—Ciudadano escribiente, dijo llamando á un jóven ceñido como él de una banda tricolor, hazme el favor de ir de mi parte por un pasaporte firmado al corregimiento. Enseñarás este, y dirás que se me ha caído debajo de la rueda de un carruage: añade que las personas están en mi despacho, y que yo mismo pondré las señas.

El jóven tomó el pasaporte de manos del oficial municipal, y salió sin hacer la menor observacion.

—Y ahora, señor, dijo la baronesa, podré—

mos saber como os llamais, á fin de que conservemos vuestro nombre en la memoria, y podamos rogar á Dios por nuestro libertador?

—Ah! señora, respondió el oficial municipal, felizmente para mí, y para vos quizá, tengo un nombre muy ignorado y desconocido. Como os he dicho, era administrador de la duquesa de Lorges, la que me casó con una preceptora inglesa, que trajo para completar la educacion de su hija. Mi esposa la ha acompañado en la emigracion con mi hijo, que tiene seis años. Ahora están en Inglaterra, en Lóndres, y si, como pienso, es á Lóndres donde os dirigis...

—Sí, señor, respondió la baronesa.

—Puedo daros las señas de la casa de la duquesa, la que por otra parte hallareis siempre cerca de su alteza real la señora condesa de Artois.

—Y vive? preguntó la baronesa.

—Regent's street, 14.

—Gracias, señor, no lo olvidaré: y se os ofrece algun encargo para la señora?..

—Le direis que he tenido la dicha de hacer un corto servicio; que hasta ahora mi patriotismo me ha salvado de todo peligro; pero que,

como no me fío, iré á reunirme á ella tan luego como acabe de trasladarle su pequeña fortuna.

—Oh! señor, estad seguro de que no olvidaré ni una palabra de cuanto acabais de decirme. Pero en todo eso no me habeis revelado vuestro nombre.

—Le encontrareis debajo del visto-bueno que voy á poner en vuestro pasaporte, y deseo que os favorezca tambien, señora, cuando yo no esté allí para protegeros.

En este momento entró el escribiente con el nuevo pasaporte; habia dejado el otro como depósito en el corregimiento.

—Póngase ahí y escriba, dijo el oficial municipal al jóven.

Este obedeció y llenó las fórmulas de uso; despues cuando hubo llegado al nombre de los individuos; levantó la cabeza esperando que se los dictàran.

—Cómo se llama tu marido, ciudana? preguntó el municipal, y qué edad tiene?

—Se llama Pedro Durand, y tiene treinta y cinco años.

—Bien, y tu madre?

—Gervasia Arnoult, de cuarenta y cinco.

—Y tú?

—Catalina Payot, de veinte y cinco.

—Y tu hija?

—Cecilia.

—De edad de?..

—Cuatro años.

—Bien, dijo el municipal; ahora, cuento has desembolsado, José?

—Cuarenta sueldos, dijo el escribiente.

La marquesa sacó un doble luis de su faltriquera.

—Madre mia! madre mia! exclamó la baronesa deteniéndole la mano.

Y ella contó unos despues de otros una moneda de treinta sueldos y diez dobles sueldos, entregándolos al escribiente que saludó y salió.

Durante este tiempo el oficial municipal ponía el visto-bueno, el cual puesto, alargó el precioso papel á la baronesa diciéndole:

—Ahora, señoras, podeis continuar vuestro camino, y espero que se acabará sin accidente.

—Señor, dijo la baronesa, el servicio que nos haceis no puede pagarse sino con una eterna gratitud, que se trasmitirá del corazon de mi madre y del mio al de mi hija, cuando ella pueda

saber qué significa gratitud.

La marquesa hizo una cortesía llena de dignidad al oficial municipal, y la pequeña Cecilia le envió un beso.

Entonces subieron de nuevo las tres al carruajin, Pedro Durand recobró su puesto sobre la vara despues de haberse asegurado que las dos mugeres y la niña estaban bien acomodadas en el carruage, y sacudió un latigazo al caballo, que arrancó á trote corto.

—Apropósito, hija mia, dijo al cabo de algunos instantes la marquesa, cómo se llama ese escelente hombre?

—Luis Duval, dijo la baronesa, cuya primera diligencia fué buscar al final del pasaporte el nombre de su salvador.

—Luis Duval! repitió la marquesa; parece que no todos los plebeyos son jacobinos y homicidas.

A esta última palabra, dos gruesas lágrimas corrieron por las mejillas de la baronesa.

La tierna Cecilia las enjugó con dos besos.

2.

Hánse visto reinas llorando como simples mugeres.

ALGUNAS palabras ahora sobre esas dos mugeres y esa niña, que, gracias al digno municipal, acababan, como hemos visto, de escapar de peligro tan inminente.

La mas anciana de ambas se llamaba la marquesa de la Roche-Bertaud; era natural de Chemillé; de consiguiente, por su nacimiento y su alianza, una de las mas grandesseñoras del reino.

La mas jóven, que era hija suya, se llamaba la baronesa de Marsilly.

La niña, su nieta, se llamaba, como ya hemos dicho, Cecilia: es la heroína de esta historia.

Su padre, el baron de Marsilly, esposo de la mas jóven de las dos mugeres, era oficial de guardias hacia ocho años.

La baronesa de Marsilly era dama del palacio de la reina hacia cinco.

Ambos habian permanecido fieles á sus príncipes: el baron de Marsilly pudo muy bien en 91 y 92 pasar al extranjero como hicieron muchos de sus cólegas; pero juzgó que su deber era continuar al lado del rey, y si moria por él, morir cerca de él. La baronesa no habia hecho ninguna objecion: se habia mantenido al lado de su marido á quien adoraba, y de la reina á quien veneraba.

Cuando los reyes intentaron huir, restituyeron su libertad al baron y á la baronesa de Marsilly, retirándose los dos á su casa situada en la calle de Verneuil, número 6. Preparábanse por su parte á salir de Francia y reunirse á sus soberanos, cuando supieron que sus magestades habian sido arrestados en Varennes y que los volvian á Paris; inmediatamente fueron á ocupar su puesto en las Tullerias, y las dos prime-

ras personas que el rey y la reina, al bajar del coche, hallaron dispuestas á tributar sus homenajes, fueron el baron y la baronesa de Marsilly.

Y, obsérvese bien, desde esta época las circunstancias eran alto graves para que esta prueba de adhesion pasase enteramente desapercibida. El 20 de Junio preparaba al 10 de Agosto, y el 10 de Agosto iba á preparar al 21 de Enero.

Paris habia tomado un aspecto extraño; parecia que los transeuntes no se dirigian á sus negocios, sino á donde sus pasiones lo llevaban; en lugar de esa franca fisonomia ocupada en simplezas, que forma el carácter peculiar del bobo parisiense, no se veian sino gestos al parecer empleados en sustraerse á los ódios ó en proseguir una venganza; cada dia se oia hablar de algun nuevo asesinato; unas veces era un desdichado procurador que moria à garrotazos en la calle de Reuilly, so pretesto, de que era un emisario de Lafayette; otras era un antiguo guardia de corps que ahogaban en el estanque de las Tullerias sugetándole la cabeza debajo del agua, en presencia de un centenar de paseantes que miraban este repugnante espectáculo riéndose estúpidamente; un dia, era algun sacerdote re-

frectario que colgaban de una farola en medio de las rechillas del populacho; otro día, en fin, era Duval d'Épremesnil á quien acuchillaban sobre el terraplen de los Fuldenses; y todos estos asesinatos, todas estas muertes, todos estos homicidios se revestían con el pomposo y solemne nombre de *justicia del pueblo*.

Cuando semejantes rumores entraban en las Tullerías escoltados por esta singular excusa, mirábanse sorprendidos, y se preguntaban, cual era esa nueva justicia que usurpaba impunemente el puesto á la justicia del rey.

Todo esto anunciaba alguna gran catástrofe, finalmente, cierto día, como si los presagios celestes quisieran asociarse á las amenazas humanas, estalló una de esas tempestades augurales, que revelan cierta armonía entre el mundo superior y el mundo inferior.

Era el 3 de Agosto de 1792: todo el día había sido destructor: un sol á plomo había abrasado á París; una cierta flogedad, un vago terror, un sombrío desaliento parecían mecerse sobre la población; los vecinos inquietos agolpados en los umbrales de las puertas ó hablando de una ventana á otra, se mostraban espantados e-

chándose hácia atrás cuando enormes nubes cobrizas que pasaban rápidamente sobre las angostas calles como inmensas olas, que encaminándose hácia el poniente, iban á confundirse en un vasto mar de sangre. Jamás habia tenido el cielo tal color, jamás el sol habia abandonado la tierra haciéndole tan triste despedida.

Luego cruzó los aires silvando una brisa cálida, tan estraña, tan inesperada, que, sin trocar una palabra se dispersaron los grupos, y cada cual entró en su casa cerrando puertas y ventanas: entonces estalló la tempestad.

Recuérdese ese temporal del mes de Julio que precedió algunos dias á la revolucion de 1830.

Sin embargo, durante una hora ó dos algunos hombres quisieron luchar con los elementos. A la claridad de los relámpagos, al estrépito del rayo, esa horda estrangera que llamaban los marseleses, no porque fueran de Marsella, sino porque, como las tormentas, habian venido del mediodia, se derramaron por las calles; tempestad viviente mezclada con la tempestad del cielo, torrente de hombres mezclado con los torrentes de fuego y de lluvia que surcaban los ai-

res. Pero en fin, la tempestad del Señor venció á esta especie de rebelion, aquellas bandas aulladoras se dispersaron, y las calles desiertas quedaron bajo el dominio de los relámpagos y del rayo.

Nada durmió en las Tullerías durante esta terrible noche: mas de una vez por un postigo entreabierto lanzaron el rey y la reina sus miradas sobre los Fuldenses ó sobre los muelles; ya desconocian su pueblo, ya no reconocian su ciudad; y al oirle bramar así, y no acordándose de haberle ofendido nunca, apenas reconocian á Dios.

A las siete de la mañana calmó el huracan.

Entonces se supieron particularidades inauditas.

Habian caido rayos en mas de cincuenta parages: diez y ocho ó veinte personas habian sido víctimas; la cruz de la llanura de Issy, la cruz de Crosne, la del cementerio de Hay y la del puente de Charenton habian venido al suelo,

En fin, durante esta noche y al estruendo de esta tempestad, fué cuando Danton, Camilo Desmoulins, Barbaroux y Panis, decretaron la jornada del 10 de Agosto.

El día 9 el baron de Marsilly estaba de guardia en las Tullerías, y como de costumbre, la baronesa hacia su servicio al lado de la reina.

A las ocho de la mañana se oyó tocar el tambor en los diferentes barrios de Paris. Era Maudard, comandante en jefe de la guardia nacional, que convocaba à la milicia ciudadana en defensa de las Tullerías, que desde la víspera se sabia estaban amenazadas por los arrabales.

Tres ó cuatro batallones escasamente acudieron á esta llamada. Establecióse á los unos en el patio de los príncipes, á otros en el de los suizos, y á otros en fin en el piso inferior del palacio. El patio de los príncipes conducia al pabellon de Flora, es decir, al pabellon que da sobre la muralla; el de los suizos conducia al pabellon Marsan, esto es, al que dá sobre la calle de Rivoli.

A las doce, M. de Maillardor señaló á los suizos los diferentes puestos que debian ocupar.

Media hora despues recibió órden el baron de Marsilly de acompañar al rey á la capilla. Toda la familia real queria oír misa, como en otro tiempo comulgaban los caballeros á la hora del combate; conociase, sin ver nada todavia,

que se acercaba un terrible acontecimiento.

Solemne en cierto modo fué esta misa, la penúltima que Luis XVI oyó.

La última fué la del 21 de Enero.

El resto del dia fué bastante tranquilo, y se invirtió en ejecutar en el interior del palacio algunas obras de defensa. Dióse al baron el encargo de cortar el suelo de la galeria del Louvre, hoy del Museo.

A las once de la noche, Petion, corregidor de Paris, el mismo que, un año despues, tambien fugitivo, debia ser devorado casi vivo por los lobos en los brezos de san Emilio, entraba en la cámara del rey, de donde salió á media noche. Al momento apareció el rey, y abriendo la puerta de una habitacion donde habia una guardia:

—M. de Marsilly, dijo reconociendo al oficial que la mandaba, os anuncio una noche mas tranquila de lo que creíamos; el corregidor de Paris me asegura que todo se pacifica. Trasmittid esta buena nueva á M. de Maillardor; pero que sin embargo no se abstenga de velar.

Inclinóse el baron, y salió á ejecutar las órdenes del rey; pero al llegar á la guardia de la escalera principal se detuvo para escuchar, cer-

yendo primero haber oído mal. El toque de alarma y el redoble de la generala resonaban á la vez, y el grito, «A sus puestos» se oía de un extremo á otro de las Tullerías, al mismo tiempo que se cerraba la gran reja del Carrousel.

Media hora despues, se divulgó el rumor de que los artilleros de la guardia nacional, que habian sido llamados para la defensa del rey, y que se hallaban apostados en el patio, acababan de volver las piezas contra el palacio.

A las dos de la mañana vinieron á anunciar al baron de Marsilly que el rey lo llamaba.

El baron halló al rey, á la reina, á madama Isabel y á sus mas íntimos amigos, reunidos en la cámara que precede al despacho del rey. La baronesa estaba en el alfeizar de una ventana con otras dos damas de honor.

Todas las mugeres estaban muy pálidas. El carácter de las fisonomías, modeladas aun en esta extrema circunstancia por la de los soberanos, era la resignacion.

El rey no se habia metido en la cama. En el momento de entrar el baron, estaba acostado sobre un camapé. Su magestad se levantó; vestía de color violado, y ceñía la espada.

Luis XVI salió al encuentro del baron y asiéndole por un boton de su vestido, como tenia de costumbre cuando hablaba á sus amigos, le llevó à un lado:

—Y bien, mi querido baron, le dijo, parece que á pesar de lo que me habia dicho M. Petion, las cosas se empeoran. Ellos se reunen y al despuntar del dia se asegura que marcharán sobre las Tullerías. Qué quieren? Nada se... Degollar-nos sin duda... Juzgais á las Tullerias en estado de defensa?

—Señor, respondió el baron, me ecsijis la verdad, no es asi?

—Oh! sí, la verdad, toda la verdad. Si siempre me la hubieran dicho, no me veria en tal estado.

—Si somos atacados con bastante número y obstinacion, el palacio no se sostendrá dos horas.

—Cómo! creéis que mis defensores me abandonarán?

—No, señor, respondió el baron; pero antes de dos horas todos habrán muerto.

—Baron, no digais eso tan alto, cuidad de la reina. Con que ese es vuestro dictámen?

—Si, señor.

—Y tambien el de Maillardor que acabo de llamar. Baron, escoged cincuenta hombres de entre los que juzgueis mas valientes, y encargaos de la guardia de la puerta del Reloj; ese puesto está defendido por dos piezas de artillería. Quiero poder contar con cuantos estén en ese puesto, el mas importante de las Tullerias.

—Agradezco á vuestra magestad la confianza con que me honra, y me haré digno de ella, respondió el baron inclinándose para retirarse.

—Decid algunas palabras á la baronesa, os lo permíto, dijo el rey deteniéndole.

—Gracias, señor. Yo no me hubiera atrevido á pedir esta gracia; pero vuestra magestad sabe ir á buscar en lo íntimo del corazon los deseos de los que le sirven.

—Porque soy padre y esposo como vos, baron, respondió el rey, y porque tambien amo á la reina con lo íntimo del corazon.

Despues añadió en voz baja:

—Pobre Maria! Dios la ampare!

El baron se acercó á su muger.

—Luisa, le dijo, no sabemos lo que puede suceder. En el caso en que las Tullerias sean tomadas, refúgiate en el gabinete que está á es-

paldas de la biblioteca de madama Isabel. Si no he muerto, allí te encontraré.

—Pero; y si la reina deja á Paris?

—Entonces, como por mi parte seguiré al rey, no nos separaremos.

Ambos se apretaron la mano.

—Abrazadla, dijo el rey inclinándose al oído del baron y poniéndole la mano sobre la espalda, quién sabe si los que ahora se sepáran se volverán mas á ver?

—Gracias, señor, gracias, dijo el baron.

Y estrechó á su esposa contra su corazon.

La reina enjugóse una lágrima. El baron vió este testimonio de interés, y fué á hincar una rodilla delante de Maria Antonieta.

La reina le dió á besar su mano.

El baron se lanzó fuera de la cámara; el soldado conocia que tambien iba á llorar como un niño.

3.

El artillero de la Cruz-roja.

DETRÁS del baron de Marsilly salieron el rey, la reina y madama Isabel; iban los tres á hacer una visita á sus defensores. En cada puesto probó el rey á decir á sus defensores algunas palabras de estímulo. La reina quiso imitarle; pero en vano intentó hablar, porque los sollosos le cortaron la palabra.

En efecto, el espectáculo que ofrecian las Tullerias inspiraba poca confianza.

Las guardias suizas y francesas estaban en

sus puestos, decididas á morir por el rey; pero habia desunion en las filas de la guardia nacional. Los batallones de los Petits-Péres, de la Butte-des-Moulins y de las Hijas de santo Tomas se habian conservado fieles, y se mantenian firmes en el patio de los príncipes; pero los batallones de las Thermes de Julian, y los artilleros de la Cruz-roja, del Finisterre y del Panteon habian apuntado ya sus cañones contra las Tullerías.

El rey volvió con el corazon despedazado. La reina y madama Isabel habian perdido toda esperanza: nadie durmió en palacio, escepto el Delfin.

A las seis de la mañana se oyó un gran estruendo: era la vanguardia de los arrabales que desfilaba por el Carrousel. Al mismo tiempo se vió bajar al rey, la reina y el Delfin por la escalera principal. La reina llevaba al augusto niño en sus brazos; todos tres se encaminaba á la asamblea.

El rey lanzó al pasar una mirada al baron de Marsilly, que en pié y con la espada en mano, estaba debajo de la puerta principal á la cabeza de sus cincuenta hombres.

Dos cañones presentaban á la puerta sus bocas de bronce: los artilleros estaban detrás con las mechas encendidas.

El Delfin saludó con la mano á sus defensores, y dejaronse oír los gritos de «Viva el rey!» proferidos unánimemente por aquella reducida tropa.

No sucedió así cuando se acercó el rey al terraplen de los Fuldenses, que estaba cubierto de gente; terribles vociferaciones le acogieron. Un zapador abrumó á la reina de injurias, y le arrancó al Delfin de los brazos.

Conducido por este hombre entró el real niño en la asamblea.

En aquel mismo instante sonaron los primeros cañonazos.

A este estruendo recordó la baronesa lo que le habia dicho su marido y se retiró al gabinete indicado, á donde la siguieron dos ó tres damas de la reina.

El estampido del cañon se redoblaba por instantes, y en los intervalos se oía el fuego de la fusilería. A cada descarga temblaba el palacio desde su base hasta la cúspide. Los ladrillos, hechos pedazos, caían en los aposentos; las balas

golpeaban en el enmaderamiento.

Pronto se oyeron gritos; estos gritos se acercaban, eran los de los suizos y guardias nacionales á quienes degollaban en las escaleras. Habian recibido desde la asamblea un despacho del rey, que les ordenaba suspender el fuego y capitular; ya era tarde: el palacio era tomado por asalto.

Los pasos de los fugitivos empezaron á resonar en las habitaciones; y la lucha, despues de haber tenido lugar en las escaleras, se renovó de cámara en cámara, La baronesa, aplicando el oido á la puerta del gabinete, escuchaba acercarse el alboroto, y cada grito que oia se le figuraba ser el último lamento de su marido. De repente la puerta, estremecida por un violento empuje, cedió. Tres guardias nacionales de la Butte-des-Moulins se precipitaron en el gabinete implorando socorro, donde encontraron á la baronesa y á sus compañeras en el mayor desconuelo. La baronesa preguntó por su esposo, cliviéndose de sí misma para no pensar mas que en él; pero ninguno le conocia, y no pudo saber nada.

Además, á la vista de esos hombres, cuyos vestidos hechos girones estaban cubiertos de sangre, se apoderó el terror de las pobres mu-

geres. Este gabinete tenia una puerta que daba á un corredor, del cual se bajaba por una escalera secreta á las habitaciones inferiores. Una de las mugeres propuso este medio de evasión, que fué adoptado tanto mas vivamente, cuanto que se oian los tiros de fusil y los gritos de los moribundos en la cámara que precedia á la biblioteca. Hombres y mugeres revueltos se lanzaron al corredor, y en seguida á la escalera que bajaron rápidamente. Solo la baronesa, en el momento de seguirlos, se habia detenido sobre el primer escalon. Su esposo le habia dicho que le esperase donde estaba, y aun en lo mas escesivo de su terror, esta recomendacion se habia presentado en su mente y deteniéndola en su puesto.

Un instante creyó salvadas á sus compañeras. Inclínada sobre el pasamano, las seguia con la vista en la escalera, y con el oido en los corredores. El ruido de sus pasos se estinguió; pero en breve se oyeron tres ó cuatro tiros de fusil seguidos de gritos, á los que sucedió el rumor causado por cinco ó seis personas que huian: eran las compañeras de la baronesa y los guardias nacionales, que habiendo tropezado en el extremo del corredor con un peloton de marseleses,

que se habian destacado en su persecucion, vol-
vian á buscar un asilo al gabinete donde la ba-
ronesa siempre aguardaba.

En la escalera cayó uno de los guardias na-
cionales, atravesado de un balazo recibido en la
última descarga: las mugeres se vieron precisa-
das à pasar por encima de su cadáver.

En aquel momento la mortandad se acerca-
ba por dos lados; ya no habia forma de perma-
necer en el gabinete: oíanse rugir á los marse-
lleses en el corredor. No habia esperanza de fu-
ga por la biblioteca, porque allí se pasaba á de-
güello. Las mugeres se arrodillaron, y los hom-
bres cogieron sillas para morir á lo menos defen-
diéndose.

En este momento, por una claraboya que da-
ba á una pequeña cámara secreta, un hombre,
vestido á la usanza de los artilleros de la Cruz-
roja, se descuelga y viene á caer en medio de
las mugeres que dan un grito de terror, y de los
guardias nacionales que se disponen á romperle
la cabeza con sus sillas, cuando de repente la
baronesa lanza un grito, y estiende sus manos
hácia este hombre: era el baron.

Al instante le reconocen las mugeres, y los

dos guardias nacionales saben que tienen en su favor un amigo.

En dos palabras el baron los pone al corriente; arrojado de su puesto, perseguido de cámara en cámara, ha encontrado en la puerta del gabinete contiguo el cadáver de un artillero de la Cruz-roja; le ha echado dentro, ha vestido su uniforme, y por la claraboya que sabia comunicaba con la biblioteca, se ha reunido á su muger.

Dada apenas esta esplicacion, los marseleses, que perdieron de vista á los fugitivos, pero que los han seguido por las huellas de sangre, se presentan en la escalera. El baron toma una resolucion rápida, súbita, completa, y se lanza á su encuentro.

—Por aquí, amigos, dijo, por aquí.

—Artillero de la Cruz-roja? gritan los marseleses.

—Sí, hermanos, estos dos bravos guardias nacionales y yo, fuímos hechos prisioneros; íbamos á ser degollados cuando estas mugeres nos han escondido en este gabinete. La vida para ellas, porque ellas han salvado la nuestra!

—Pues bien, que griten: Viva la nacion!

Las pobres mugeres gritaron todo cuanto quisieron.

En seguida los marseleses se esparcieron por las habitaciones, llevando consigo á los dos guardias nacionales.

—Y estas desdichadas mugeres que nos han salvado, exclamó el baron, las abandonaremos á otros que, ignorando los servicios que nos han hecho, las degollarán tal vez?

—No, dijeron los marseleses retrocediendo; pero qué quereis que hagámos de ellas?

—Que se les conduzca á sus casas en recompensa de su adhesion.

—Pues que tomen nuestros brazos, y nos digan donde viven.

—Donde vives tú, ciudadana? preguntó el baron á su esposa.

—Calle de Verneuil, número 6, respondió madama de Marsilly.

—Camarada, dijo el baron á uno de los marseleses que le parecia tener mejor fisionomia, te recomiendo á esta; es la que mas particularmente se ha interesado por mí, y vive enfrente; no hay mas que atravesar el Sena.

—Tranquilizate, dijo el marseles, llegará á

puerto de salvamento, te respondo de ella.

—Pero tú, ciudadano, exclamó la pobre muger agarrándose del brazo de su marido, qué vas á hacer?

—Yo, dijo el baron afectando un language y unos modales en armonia con el trage que momentáneamente habia vestido, yo voy un rato á ver lo que ha sido del rey.

La baronesa dió un suspiro, soltó el brazo de su esposo, y se alejó tomando el de su protector.

En seguida el baron volviendo á pasar por la claraboya al gabinete inmediato, revistió su uniforme que por un instante abandonó con la esperanza de que, gracias á este disfraz, podria salvar á su esposa.

La baronesa aguardó vanamente á su marido los dias 10 y 11.

El 11 por la noche, cuando recogian los cadáveres del patio de los suizos, un portero que ayudaba á echarlos en los carros que los trasportaban, reconoció al baron, hizo que condujeran el cuerpo á su cuarto, y fué á noticiar á madama de Marsilly, que habia llegado sana y salva á su casa, que su esposo acababa de ser reconocido entre los muertos.

5.

La marquesa de la Roche-Berland

GRANDE fué el dolor de la baronesa: pero como era un alma sencilla y fuerte á la vez, ofrecióle un eficaz consuelo la convicción de que su esposo habia muerto en el cumplimiento de su deber.

Por otra parte, importábale vivir para su madre y su hija.

Habitar en Paris con la marquesa era esponerse á mil peligros. Tenia la marquesa uno de esos caracteres que no admiten ningun disimulo, no por fortaleza de ánimo ó por convicción polí-

tica; sino porque nacida en cierta grandeza y educada de una especial manera, le era imposible ocultar ni un solo instante ni su nacimiento, ni sus opiniones, ni sus ódios, ni sus simpatías. Empero los tiempos se hacian cada vez mas tempestuosos; el rey y la reina estaban en el Temple; los asesinatos parciales continuaban en las calles aguardando el asesinato general que germinaba ya. Finalmente. Mr. Guillotin acababa de obsequiar á la asamblea legislativa con el filantrópico instrumento que habia tenido la dicha de inventar: ya era tiempo, como se ve, de dejar la Francia.

Pero dejar la Francia no era cosa fácil. Las mas severas penas aguardaban á los que intentasen emigrar, y no era prudente al sustraerse de un peligro, arrojarse en otro todavia mayor.

La marquesa queria dirigirlo todo; hablaba de berlina, de caballos de posta, de pasaportes imposibles que pretendia obtener por la proteccion de embajadores estrangeros, que en nombre de sus soberanos, decia, obligarian á todos los villanos á dejarla salir con su hija y nieta. La baronesa le suplicó que la dejase gobernar este negocio, y á fuerza de instancias alcanzó de

su madre que no se mezclaria en nada.

Asi pues ella lo dirigió todo.

Poseia el baron una hacienda situada entre Abbeville y Montreuil, la cual estaba arrendada por un colono, cuyos padres, por espacio de doscientos años habian sido arrendatarios de los abuelos de M. de Marsilly. La baronesa creia con razon, poder contar con este escelente hombre: envióle un anciano criado, que habia educado al baron, y que hacia cuarenta años que habia entrado á servirle; este antiguo servidor, por temor á las pesquisas, no llevaba ninguna instruccion escrita; pero habia recibido de la baronesa advertencias verbales, y sabia perfectamente cuanto tenia que decir.

Componiase justamente la familia del arrendador de su madre y de su muger, acordóse que vendrian á Paris, y que la marquesa y la baronesa saldrian de la capital con los vestidos y pasaportes de las dos aldeanas.

Durante este tiempo la baronesa de Marsilly hizo todos sus preparativos de marcha.

En esta época en que todo el numerario habia sido convertido en asignados, habia muy poco dinero contante aun en las casas mas ricas; sin

embargo, la baronesa llegó á reunir unos veinte mil francos, que unidos á otros ochenta ó cien mil en diamantes pertenecientes á la marquesa, aseguraban de antemano á las emigradas sobre sus primeras necesidades. Por otra parte, todos juzgaban que el estado de las cosas no podia ser duradero, y esta emigracion, hasta á los ojos de los pesimistas, debia tener término antes de tres ó cuatro años.

Las dos pobres mugeres se ocuparon en los preparativos de su viage.

Por lo que toca á la baronesa no fueron prolijos, y se hicieron con la inteligente sencillez que formaba la base de su carácter; pero no fué asi por parte de la marquesa. Cuando su hija pasó á su habitacion, la encontró en medio de una multitud de cajas, baules y paquetes, suficientes para ocupar tres carros; no habia querido dejar ninguno de sus trages, llevándose consigo hasta la ropa de mesa.

—Madre mia, le dijo la baronesa meneando tristemente la cabeza, os tomáis un trabajo inútil. A fin de no despertar sospechas, no podemos llevar mas que la ropa que tengamos encima, y en cuanto á ropa blanca, uno solo de nuestros

pañuelos bordados y con encages, seria suficiente para que nos reconociesen y prendieran.

—Pero sin embargo, querida mia, dijo la marquesa, no podemos marcharnos sin ir vestidas.

—Sí, madre mia, teneis razon, respondió la baronesa con su inalterable dulzura; pero no nos marcharemos sino con la condicion de ir vestidas de cosas sencillas y en armonía con nuestro estado aparente. No olvideis, añadió procurando sonreirse, que somos aldeanas, madre y muger de aldeano; que os llamais Gervasia Arnoult, y yo Catalina Payot.

—Oh! qué tiempo! Dios mio! qué tiempo! murmuró la marquesa; si su magestad desde el primer momento hubiera reprimido los abusos, si hubiera mandado ahorcar á M. Necker, y fusilar á M. de Lafayette, no nos veriamos como nos vemos.

—Pensad en otras desventuras todavia mayores que la nuestra, madre mia, y que esta comparacion os de paciencia. Pensad en el rey y la reina prisioneros en el Temple, pensad en el desgraciado niño el Delfin, y compadeceos, sino de nosotras, á lo menos de Cecilia, que si nos

perdiera, se quedaria huérfana.

Eran demasiado justas estas razones para que no cediese la marquesa, cedió, pues, aunque suspirando. Ella habia nacido en el lujo; se habia acostumbrado á vivir con él, en él contaba morir, y las cosas supérfluas sobre todo se le habian hecho de absoluta necesidad.

Pero todavia fué peor cuando la baronesa le envió la parte que le tocaba de la ropa que acababa de hacerse, la que, sin ser enteramente basta, era sin embargo bastante tosca al lado de la tela de Hungría y de la batista que usaba habitualme: sobre todo, las camisas la ecsasperaron, y declaró que jamás usaria tal lienzo, bueno, si acaso, para los patanes.

—Ay! madre mia, respondió entristecida la baronesa, dichas de nosotras si durante ocho dias conseguimos hacer creer que pertenecemos á esa clase que tanto menospreciais, y que hoy es omnipotente.

—Pero esto no subsistirá! exclamó la marquesa, yo espero que no durará mucho!

—Y yo tambien lo espero, madre mia; pero ello es asi, y si lo quereis, mientras llega el dia de nuestra partida, me pondré la ropa que os es-

tá destinada, á fin de gastar su primera aspereza.

Esta proposicion enterneció á la marquesa, cuyo corazon era escelente en el fondo, hasta el punto de consentir en todo, y se convino que á los numerosos sacrificios que ya habia hecho añadiria este último, que era para ella, segun afirmaba, el mas penoso de todos.

Entretanto, llegaron el arrendador, su madre y su muger; recibiólos la baronesa como á personas que venian á salvarle la vida, y la marquesa, como á personas á quienes queria hacer el honor de deber la suya.

Además del trage que vestian traian consigo sus vestidos mas lindos, los vestidos de los dias de fiesta: estos eran para la baronesa y la marquesa.

Afortunadamente, con poca diferencia, las estaturas eran iguales. La noche misma de la llegada se atrancaron las puertas, cerráronse los postigos y se probaron los vestidos.

La baronesa se prestó maravillosamente á las incomodidades relativas á su nuevo trage; pero la marquesa prorrumpió en lamentos; el gorro no se sostenia sobre su cabeza, los suecos le lastimaban los pies.

La baronesa le aconsejó que conservase puesto aquel traje hasta el momento de partir, para que se habituase á él; pero la marquesa respondió que mejor queria morir que llevar semejantes atavios una hora mas del tiempo estrictamente necesario.

La partida se fijó para de allí á dos dias.

Durante este tiempo, Catalina Payot confeccionó á la pequeña Cecilia un vestido completo; la niña estaba encantadora con su nuevo traje, y sobre todo encantada: la variacion es la felicidad de la infancia.

La víspera de la partida, se ocupó Pedro Durand en hacer que le visaran el pasaporte. El negocio ofreció menos dificultades de lo que se esperaba; habia entrado con su madre, su muger, su carro y su caballo; salia cinco dias despues con su madre, su muger, su carro y su caballo, luego nada habia que oponer. Se pensó en agregar la niña á las personas inscritas; pero como temieran que esta adiccion pudiera despertar las sospechas de los municipales, se acordó, despues de una madura deliberacion, que no se hablaria mas del caso.

A las cinco de la mañana del siguiente dia,

el pequeño carro, enganchado ya, estaba en el patio de la casa. La marquesa, acostumbrada á irse á la cama á las dos y á levantarse á las doce del dia, habia preferido no acostarse; la baronesa, por su parte, habia pasado la noche cosiendo el oro en su corsé, y los diamantes en las alforzas del traje de Cecilia.

A las cinco entró la baronesa en el cuarto de su madre y la halló preparada; solamente habia conservado, vestida completamente de aldeana como estaba, unos pendientes de diamantes en las orejas, y una magnífica esmeralda en el dedo; se hubiera dicho que iba á algun baile de máscaras, y que habia tomado todas sus precauciones para que se conociese claramente que aquello no era mas que un disfraz.

Despues de una ligera discusion obtuvo de ella la baronesa que se quitase los zarcillos y la tumbaga, operacion que no tuvo cumplido efecto sin que la marquesa ecsalase un profundo suspiro.

Pero cuando se suscitó la verdadera lucha, fué cuando se trató de subir al carro: la marquesa no habia visto todavia el volúmen destinado á trasportarla fuera de Francia, y se habia

figurado que seria una cosa semejante á un coche de alquiler, ó á un simon todo lo mas. A la vista del carrocin quedó anonadada. Sin embargo, como las estremas circunstancias inspiran estremas resoluciones, la marquesa hizo sobre sí un violento y último esfuerzo, y subió al carruage.

La baronesa lloraba silenciosamente al dejar su casa donde tan feliz habia sido, á sus criados que le habian servido con tanta fidelidad, y á las buenas aldeanas que le daban tan grande prueba de afecto.

En cuanto á la pequeña Cecilia, no hacia mas que repetir:

—Pero dónde está papá y porqué no viene con nosotras?

Todo fué bien hasta la barrera de san Dionisio, donde tuvo lugar la escena que hemos referido, la que, en vez de echarlo todo á perder, como se creyó primeramente tuvo resultados tan felices para la pobre familia emigrante.

En efecto, como lo habia previsto el buen municipal, gracias á su nuevo pasaporte mas en regla que el antiguo, se puso poco embarazo á los viajeros; por otra parte, para mas seguridad,

no se detuvieron, segun convenia á personas de su aparente condicion, sino en los mezquinos mesones de lugar. El caballo era bueno, y andaba sus doce leguas cada dia; de suerte que en la noche del sexto, estaban los fugitivos en Boloña.

Al pasar por Abbeville, Pedro Durand llevó á visar el pasaporte para continuar su camino.

Pasémos en silencio los lamentos de la marquesa cuando se vió precisada á acostarse entre las sábanas de un meson, y á encender velas de sebo.

La baronesa sufrió todos estos aristocráticos arranques con su angelical dulzura.

Por lo que toca á Cecilia estaba encantada: ella veia árboles, flores y campos. Los niños son como los pájaros, y no ecsigen mas.

Durante la noche llegaron á Boloña, y se apearon en el hotel de Francia, calle de Paris.

El hotel era pertenencia de madama Ambon, realista en el fondo de su alma, y cuyas señas habia tomado la baronesa como las de una muger con quien se podia contar. En efecto, apenas se le descubrió la baronesa, cuando su huésped le respondió de todo, prometiéndole que á la noche del siguiente dia, si el viento era

favorable; partiria para Inglaterra?

En seguida dió à las viageras humildes habitaciones convenientes para unas aldeanas, pero de un aseo tan notable, que la marquesa misma dió momentáneamente tregua á los suspiros que no habia cesado de ecsalar desde que salió de su casa.

Efectivamente, al dia siguiente por la mañana, madama Ambron, que tenia relaciones con todos los barqueros de la costa, trató de ajuste con el patron de una pequeña chalupa, el cual, por la suma de cien luises, se comprometió á conducir á Douvres á las tres fugitivas.

La vista de la baronesa estuvo fija durante todo el dia en una veleta situada en frente de sus ventanas. El viento era contrario, y ya hacia cinco ó seis dias que soplaba obstinadamente de la misma parte. Pero como si Dios, juzgando á la pobre familia suficientemente probada con la pérdida de aquel que era su cabeza, la mirase al fin con piedad, á la caida de la tarde varió la veleta, y vino la huéspeda llena de gozo á decir á la baronesa que se dispusiera para salir antes que cerrasen las barreras.

En efecto, á las cinco, la marquesa, la baro-

nesa y Cecilia ocuparon su puesto en el carrocin, y Pedro Durand sobre la vara, como si regresáran á Montreuil, y sobre todo, merced al nuevo refrende, salieron sin obstáculo. Pero como á media legua de la ciudad tomaron una trocha que conducia à una casita de campo que habia comprado madama Ambron, situada à un cuarto de legua del mar. En esta casa era donde ordinariamente venian à recoger à los viajeros que deseaban pasar à Inglaterra, y donde, mediante el procedimiento que acababa de emplear la marquesa, debian esperar el momento de embarcarse.

Madama Ambron quiso asistirles en persona, y esta digna muger fué la que recibió, éuando llegaron, á la baronesa, á su madre y á su hija; eran las diez de la noche, y aguardaron hasta las doce.

A media noche llamaron á la puerta: era el patron de la chalupa. Segun las condiciones estipuladas, la baronesa le pagó cincuenta luises adelantados, debiendo serle abonados los cincuenta restantes al desembarcar en la costa de Inglaterra.

Las dos mugeres se cubrieron con sus ropo-

nes; madama Ambron se encargó de sostener á la marquesa, á quien esta media legua á pié y á la mitad de la noche causaba un terror mortal; Pedro Durand tomó á Cecilia en sus brazos, y partieron.

A medida que adelantaban, se oía el mar que se estrallaba contra la costa con ese prolongado y triste murmullo que parece la respiracion del Océano. La marquesa temblaba á la idea de embarcarse así en un pequeño esquife, y hablaba de permanecer oculta en provincia.

De cuando en cuando la baronesa miraba á la tierna Cecilia que se habia dormido en los brazos del arrendador, y, sin decir palabra, enjugaba una lágrima.

Llegaron el acantilado: era preciso bajar. No se veía mas que una especie de muro cortado á pico: la marquesa dió desaforados gritos.

Un corto camino de dos pies de ancho se extendía por todo lo largo de este muro; la baronesa tomó á su hija de los brazos de Pedro Durand y se lanzó la primera; madama Ambron la siguió agarrándose á la mano del arrendador; la marquesa cerró la marcha sostenida por el patron.

Llegaron al muro.

La baronesa tuvo un instante de terror. En todo lo que alcanzaba la vista no se percibían ni hombres, ni barca; pero el patron tocó un pito, y pronto se vió aparecer un bulto negro que se aumentaba al acercarse, era una canoa y dos remeros.

Madama de Marsilly al volverse por última vez para dar gracias à madama Ambron, y un postrer adios à Pedro Durand: encontró al buen arrendador dando vueltas al sombrero entre sus manos, con el aspecto evidentemente embarazado de un hombre que quiere hablar y no se atreve.

—Teneis algo que decirme, amigo mio? preguntó la baronesa.

—Perdonadme, disculpadme, señora baronesa, dijo Pedro Durand, porque á mí no me toca meterme en vuestros negocios.

—Sin embargo, hablad, mi querido Pedro, todo cuanto digais será bien acogido.

—Pues yo queria decir, señora baronesa, continuó Pedro, que al partir asi en el momento en que menos lo esperabais, y para un pais tan caro como la Inglaterra, sin saber cuanto tiempo permanecereis en ella...

—Y qué? dijo la baronesa, viendo que Pedro vacilaba nuevamente.

—Pues bien, la señora baronesa, prosiguió el arrendador, no ha reunido tal vez todos los fondos que le son necesarios?

—Pedro, amigo mio, replicó la baronesa apretándole la mano, os comprendo.

—Y, continuó Pedro, si la señora baronesa... como nos quedan todavía seis años de arrendamiento, y que, como espero, la señora baronesa nos lo renovará; digo pues, que si la señora baronesa quisiera permitirnos que le anticipásemos dos años de arriendo... además de hacernos con esto un beneficio, atendido á que los ladrones podrian robarnos ese dinero, y que estaria mas seguro en poder de la señora baronesa que en el nuestro... En fin, aceptando estos diez mil francos, la señora baronesa nos daria un gran contento. Ahí los teneis en un saquito, todos en viejos luises. Oh! la señora puede tomarlos con confianza: no hay siquiera uno recortado.

—Sí, amigo mio, sí, acepto, dijo la baronesa, nos volverémos á ver en tiempos mas felices, y, tranquilizaos, Pedro, no olvidaré vuestros favores.

—Vamos, á bordo! á bordo! gritó el patron, mirad que si á un aduanero se le antojara por casualidad rondar, y nos viera, eramos perdidos.

La recomendacion era justa. La baronesa estrechó por última vez su blanca y delicada mano con la mano callosa de Pedro Durand; abrazó á madama Ambron, y saltó al barco donde la esperaban ya la marquesa y Cecilia.

En este momento se oyó una voz que gritaba:

—Quien vive?

—Mar adentro, dijo el patron, y boguémos, hijos míos, boguémos con viveza.

Y él mismo, al saltar al barco, lo botó de una patada al mar.

Diez minutos despues estaban á bordo de la chalupa, y á la mañana del dia siguiente las tres fugitivas desembarcaban en Douvres.



6.

La quinta.

LA baronesa, así que saltaron en tierra, quería desde luego tomaran carruaje para Lóndres; pero la marquesa declaró, que puesto que había tenido la dicha de salir de Francia y de encontrarse en parage seguro, no daría un paso mas con el ridículo traje con que la habían obligado á disfrazarse. Como la cosa no ofrecía ningun grave inconveniente, consintió en ello la baronesa; por otra parte, por mas extravagante que fuesen muchas veces las ecsigencias de ma-

dama de la Roche-Bertaud, la baronesa suscribía casi siempre á ellas con esa sumision filial, que todavia se encuentra con frecuencia en las grandes familias que han conservado las tradiciones del siglo XVII.

En su consecuencia, la baronesa se hizo conducir á la mejor posada de Douvres, y allí, á pesar de la fatiga del camino, antes de tomar ningun descanso, abrió la marquesa una caja que habia ocultado en el carrocin, sacó de ella su ropa y sus vestidos habituales, y despues de haber arrojado con desprecio lejos de sí los atavios populares que le eran tan molestos, comenzó su tocador que no dió por terminado sino cuando estuvo peinada y empolvada como si se tratara de ir aquella misma noche al círculo de la reina.

En cuanto á la baronesa, toda su solicitud estaba concentrada en la tierna Cecilia, que felizmente habia soportado las incomodidades del mar; sin embargo, como tenia prisa por llegar á Lóndres y escoger una residencia, hizo que le reservaran el mismo dia todo el interior de un *coach* que partia á las nueve de la mañana siguiente para la capital.

Es cosa sabida la comodidad con que están

fabricados los carruajes ingleses; la marquesa no puso pues dificultad en montar en este, sobre todo cuando vió, que por el celo de su hija, se hallaria aislada del resto de los viajeros.

El camino de Douvres á Lóndres se hizo con la rapidez ordinaria; las viageras pasaron casi sin detenerse por Cantorbéry y Rochester, y el mismo dia llegaron á Lóndres.

La baronesa estaba demasiado abismada en su dolor para prestar atencion á lo que pasaba en derredor suyo; pero la marquesa estaba encantada: veia libreas, escudos de armas y polvo, cosa que hacia dos ó tres años que ya no veia en Francia, de suerte que miraba á Lóndres como la ciudad mas hermosa del mundo, y á los Inglaterra como la nacion mas grande de la tierra.

Las dos viageras se apearon en una posada que les habia indicado madama Ambron, en Golden-Square, á algunos centenares de pasos de Regent's-street; la baronesa envió inmediatamente una carta á la duquesa de Lorges participándole su llegada.

La misma noche acudió la duquesa de Lorges. La baronesa y ella habian estado muy relacionadas; venia á ofrecerle sus servicios en el ca-

so de que quisiera quedarse en Londres.

Pero no era esta la intencion de madama de Marsilly; contaba con vivir en un absoluto retiro durante su permanencia en el extranjero; asi pues, preguntó lisa y llanamente á la duquesa si conocia algun bonito pueblo que pudiese habitar, á fin de consagrarse enteramente á la educacion de su hija. La duquesa le designó á Hendon como una de esas deliciosas residencias que reunen á la procsimidad de la capital, la soledad del campo, y la baronesa se propuso ir de allí á dos dias á visitar el pequeño paraíso que le recomendaba su amiga.

Al dia siguiente la baronesa y su madre pagaron á la duquesa la visita que habian recibido de ella. La primera diligencia de la baronesa fué informarse de madama Duval. Recuérdesse que al celo de su marido debian probablemente madama de Marsilly y su madre el haber llegado á Boloña sin ser molestadas. La duquesa la mandó llamar, y algunos instantes despues entró madama Duval, acompañada de su hijo, hermoso niño de seis años, que se dió al punto por compañero de juego de la pequeña Cecilia.

Despues de haber referido la baronesa á ma-

dama Duval los favores que debia á su marido, desempeñó la comision de que habia sido encargada. La pobre muger escuchó todas sus palabras con un verdadero reconocimiento; hacia mas de tres meses que no recibia noticias de su marido, quien, no atreviéndose á esponer sus cartas al correo, no podia comunicárselas sino en ocasiones que cada dia eran mas raras. Y como desde aquella fecha habian tenido lugar los asesinatos del 10 de Agosto, y del 2 y 3 de Setiembre, la infortunada muger, privada de noticias, ignoraba completamente si habia sido su marido del número de las víctimas.

Cuando supo lo contrario, llamó á su hijo, que acudió llevando á la tierna Cecilia por debajo del brazo.

—Eduardo, le dijo, pide á la señora baronesa permiso para besarle la mano, y dale gracias de lo íntimo de tu corazon porque viene á asegurarme que todavia tienes padre.

—Y mi papá, preguntó la pequeña Cecilia; donde está, mamá?

La desventurada baronesa se deshizo en lágrimas, y tomando á los dos niños en sus brazos, los confundió en el mismo abrazo, con gran es-

cándalo de la marquesa.

A la noche recibió la baronesa una carta de la duquesa, en la que le anunciaba que no quería permitir que fuese sola á Hendon, y que la llevaria al dia siguiente en su carruage para visitar con ella la pequeña poblacion que habia de ser su residencia.

En efecto, la duquesa de Lorges estaba en casa de la baronesa á las diez de la mañana siguiente: esta y Cecilia se hallaban dispuestas; pero la marquesa no había acabado aun su tocador.

Habia algunas leguas solamente de Lóndres á Hendon, y se hizo el viaje en dos horas. La baronesa estaba encantada de ese aspecto pacífico y modesto de las reducidas casas inglesas: muger de un gusto sencillo y de fruiciones interiores, habia soñado, y con especialidad desde la muerte de su marido, el aislamiento y la soledad en una de esas casitas como las que encontraba á cada paso en el camino. Le parecia que, en semejantes mansiones, debia ser la ecsistencia, si no siempre feliz, á lo menos casi siempre tranquila.

Llegaron á Hendon: era esactamente como

habia dicho la duquesa, una de esas deliciosas poblaciones inglesas, de las que no se encuentra, aun en Holanda y Bélgica, mas que un pobre remedo. La baronesa se informó de si algunas de aquellas lindas casas que veia estaban desalquiladas; y le indicaron cinco ó seis que, segun las designaciones que hizo, podian convenirle perfectamente.

Tenia la baronesa tanto empeño en poseer una de esas preciosas quintas, que al momento se dedicó á indagar, y desde la primera que vió quiso ajustarla, no acertando á creer que aquella no fuese la mas linda y mejor distribuida de todas. Pero la duquesa, mas al corriente que ella de la distribucion interior de aquellos pequeños alojamientos, le aseguró que encontraria otras mucho mas convenientes que la que ella creia una maravilla, y en esta confianza continuó madama de Marsilly sus investigaciones.

En efecto, á la quinta ó sesta que ecsaminaron, se les presentó una tan deliciosa, que la duquesa misma se vió obligada á confesar que siendo difícil hallar otra mejor, debia tratarse de su ajuste. Madama de Marsilly obtuvo el derecho de entrar en posesion de ella el mismo dia, si lo

tenia á bien, mediante la suma de ochenta libras esterlinas.

Era una casita de dos cuerpos, blanca, con persianas verdes, á lo largo de las cuales se extendia un enrejado del mismo color todo guarnecido de enredaderas, cuyas anchas hojas se adornaban, en la época del año en que precisamente se estaba, con los matices de la mas bella púrpura; llegábase á la fachada de aquella casa por un pequeño patio, en cuyos lados se elevaba un montecillo de flores. Tres escalones conducian á una puerta del color de las persianas, en medio de la cual brillaba un aldabon de cobre bruñido y resplandeciente como si fuera de oro. Luego que se abria esta puerta se llegaba á un corredor que atravesaba toda la casa, hasta dar por el lado opuesto á un delicioso jardincito como de media fanega de tierra, con un bello prado verde, de los que solo se ven en Inglaterra; una calle circular velada de cuando en cuando por algunos bosquecillos de acacias, árboles de India y lilas, un pabellon rústico al extremo, amueblado con una mesa y cuatro sillas, en fin, un arroyuelo que murmuraba agradablemente salpicando sobre unas rocas en miniatura, deba-

jo de las cuales formaba un pequeño estanque, que un rayo del sol de mediodia pudiera beberse en un solo dia.

Por lo que toca al interior de la casa, era de una extrema sencillez.

Cuatro puertas daban al corredor del piso bajo: la puerta del corredor, la de la sala, la de una alcoba, y la de un gabinete de trabajo.

El corredor y la sala tenian comunicacion, como tambien la alcoba y el gabinete de trabajo.

El piso principal tenia una distribucion diferente: la escalera que conducia á él daba á una antesala en la que se abrian tres puertas; en frente la de una bonita sala, y á cada lado la de una alcoba y una pieza de tocador en forma de retrete.

El piso superior estaba reservado á los criados, y además de sus cuartos, contenia un guardarropa.

La marquesa encontraba la casa muy reducida y mezquina, y buena lo mas para una temporada de verano; pero la baronesa le dijo sonriéndose que irian á pasar el invierno á Londres, y mediante esta promesa, que madama de la Roche-Bertaud tomó por lo sério, aprobó la e-

lección de su hija.

Pero la quinta, como es de suponer, no tenía mueble alguno; era necesario comprarlo ó alquilarlo todo. La duquesa de Lorges y marquesa de la Roche-Bertaud, que continuamente veían á la Francia castigada como merecía por la coalición estrangera, á los emigrados vueltos á Paris, y á los príncipes legítimos repuestos en el trono, estaban por un arrendamiento liso y llano; pero madama de Marsilly que veía las cosas con lo mas profundo de un dolor real, y por consiguiente bajo un punto de vista infinitamente mas positivo, calculó que tres años de arrendamiento equivaldrian á la compra; por lo que se decidió á comprar todos los muebles y utensilios indispensables, invitando á su madre á que escogiese el aposento que le conviniera, con el objeto de poder arreglarlo sin tardanza, y tan á su gusto como fuese posible. Pareciale á la marquesa que la casa entera no era bastante capaz para ella y para su ropa: tenía, decia, en su palacio de Turena, armarios en los cuales se podían encerrar todas las habitaciones de la humilde quinta, era verdad; pero no se estaba en Turena, sino en Inglaterra: era urgente tomar un partido

y decidirse. Despues de haber subido y bajado veinte veces la escalera, y registrado todos los rincones y escondrijos de su futura mansion, decidióse la marquesa por la alcoba y el gabinete del piso inferior.

Hecha esta eleccion, regresaron á Lóndres.

Como la baronesa de Marsilly deseaba instalarse lo mas pronto posible en su casa, desde el siguiente dia envió madama de Lorges á su tapicero á que tomase las medidas.

La baronesa protestó contra este modo aristocrático de proceder, confesando francamente á la duquesa que toda su fortuna en aquel instante se limitaba á unos cien mil francos, con inclusion de los diamantes de la marquesa; pero la duquesa respondió que con cien mil francos y alguna economia, podia madama de Marsilly aguardar perfectamente cinco ó seis años. Además, era evidente que no tendria ni aun ese tiempo que esperar, estando las tropas aliadas á cincuenta leguas escasas de la capital.

Por otra parte, teniéndolos arrendadores, poseyendo sus tierras, y contando con recursos, se extraeria algun dinero de Francia.

Todas estas razones parecian tan sólidas á la

duquesa y á la marquesa, que no comprendian como la baronesa no se conformaba con ellas en el mismo instante: la baronesa hizo una concesion, aceptó el tapicero, pero se encargó de la compra de los muebles.

Ocho dias despues, la quinta estaba en disposicion de recibir á sus huéspedes: todo era de una suma sencillez; pero de una curiosidad y de un gusto maravilloso.

Por lo demas, habia sido preciso comprarlo todo: lienzo, plata, muebles, vestidos, etc., de suerte que por mas economia que empleó la baronesa, le costó la instalacion veinte mil francos.

Era la quinta parte del total que poseia; no le quedaba ya en dinero contante mas que las diez mil libras de Pedro Durand, mas, los sesenta ú ochenta mil francos en diamantes que, como hemos dicho, pertenecian á la marquesa.

Pero con esto se podia vivir cinco ó seis años, y á pesar de la duda que la pasada desgracia habia suscitado para el porvenir en el corazon de madama de Marsilly, no podia dejar de repetir secretamente lo que su madre y madama de Lorges:

«En el espacio de cinco ó seis años suceden

muchas cosas.»

En afecto, estos cinco ó seis años estaban destinados á ver cumplirse muy graves acontecimientos.

Mas por ahora no tenemos por conveniente otra cosa que ocuparnos de nuestra quinta y de sus habitantes.



7.

La educacion.

LA marquesa, como es fácil de comprender, habia sido completamente inútil á su hija para todas las disposiciones interiores de su casa; durante todo este tiempo habia permanecido en casa de la duquesa de Lorges, la que, en cambio, suplicó á madama Duval que auxiliara la instalacion de su amiga.

Madama Duval era inglesa, segun dijimos, de humilde cuna, pero de una educacion esmerada, puesto que, mediante esta educacion, ha-

bia podido dedicarse al profesorado. Además de la simpatía que una desgracia común inspiraba á la baronesa hácia ella, se agregó también el reconocimiento de mil favores recibidos; de aquí resultó que durante cinco ó seis días que estuvieron juntas ambas mugeres, ocupadas en la dirección del mueblaje de la casa, se estableció entre ellas cierta intimidad, en la que, por otra parte, guardó siempre madama Duval, con un tacto esquisito, la distancia que las conveniencias sociales habían señalado entre ella y la baronesa.

Los dos niños, que todavía ignoraban todo eso, ya se arrastraban sobre el césped del prado ó sobre la alfombra del salón, ya corrían uno tras otro ó se llevaban de la mano por la calle circular del jardineito.

Al cabo de ocho días todo estaba arreglado. Madama Duval, al volverse á Londres, se encargó de proporcionar á la baronesa una muger que al mismo tiempo que entendiese algo de cocina, pudiera cuidar del gobierno de la casa.

Esta separación apesadumbró mucho á los dos niños.

El día siguiente llegó la duquesa de Lorges, conduciendo en su carruaje á la marquesa de la

Roche-Rertaud, y á una doncella francesa que esta habia tomado para su servicio particular.

La baronesa vió con dolor este aumento de servidumbre con que no habia contado; pero conocia las costumbres aristocráticas de su madre, y como esta tenia necesidad de que la sirvieran, pensó que seria cosa cruel privar á la marquesa de aquel lujo, mayormente cuando ya habia hecho tantos sacrificios en su posicion.

A la verdad, esta posicion era muy independiente de la voluntad de la baronesa; madama de Marsilly, como su madre, estaba habituada á todas las comodidades de una vida espléndida y elegante, y por consiguiente, como ella, sufria todo el tedio de la sujecion en que, comparativamente á su pasada opulencia iba á encontrarse; pero hay caracteres generosos que se olvidan siempre de sí mismos para no pensar sino en los demás. Madama de Marsilly era uno de esos caracteres privilegiados del dolor, y su única preocupacion era para su madre.

En cuanto á la tierna Cecilia, nada sabia aun de las cosas de este mundo: dolor y felicidad eran para ella vanas palabras que pronunciaba como un eco, sin tener la conciencia de su va-

lor, y sin hacer todavia diferencia alguna en el acento con que las pronunciaba.

Por lo demás, era una adorable niña de tres años y medio, bella y dulce como los ángeles, con todos los instintos encantadores de la naturaleza femenina; sonriendo á las buenas impresiones como una flor de primavera sonrie al sol; naturaleza feliz que solo espera que la fecunde el amor materno para reunir todas las virtudes.

Asi la baronesa, que habia apreciado esta dichosa organizacion, se reservó para sí sola el cuidado de desarrollarla.

Por otra parte, este cuidado le fué abandonado fácilmente por la marquesa, la que, á decir verdad, tambien amaba á su nieta. A primera vista, para miradas poco espertas, tenia hasta la apariencia de amarla mas que su madre. La llamaba de un extremo á otro de la habitacion, hacia que se la llevasen á lo último del jardin para abrazarla con pasion; pero al cabo de diez minutos que la tenia consigo, la niña le importunaba, y se la volvia á su madre. La marquesa, á los cuarenta y cinco años, amaba á Cecilia como cuando niña habia amado á su muñeca, es decir, para jugar con ella á la maternidad. Cecilia

no era para ella lo que para su madre, una necesidad del día y de la noche, sino una simple distracción de algunos instantes. La marquesa en un momento de entusiasmo hubiera dado la vida por su nieta; pero por su nieta, como por cualquiera otra persona del mundo, no se hubiera impuesto ocho días de privaciones.

Sin embargo, desde el primer día se suscitó una grave discusión entre la baronesa y su madre sobre el género de educación que debía darse á Cecilia.

La marquesa quería una educación brillante y digna en todo del rango que su nieta sería llamada á ocupar en el mundo, suando el rey, vengado de sus enemigos, y restablecido en su trono, hubiera vuelto á la baronesa, enaltecéndola aun mas por los intereses del reconocimiento, la fortuna que habia perdido; por consiguiente, maestros de lenguas, de dibujo y de baile, eran los que, según ella, debían ponerse á Cecilia.

La baronesa por su parte, difería enteramente de dictámen con la marquesa sobre este punto: mujer de sentido y de razón antes que todo, miraba las cosas bajo su verdadero aspecto. Los reyes estaban prisioneros en el Temple; su ma-

dre y ella desterradas; el porvenir le parecia pues muy incierto, y mas cargado de sombríos vapores que de resplandores dorados; luego para este incierto porvenir convenia educar á Cecilia. Una educacion que hiciese de ella una muger sencilla, sin necesidades y contenta con poco, era la que momentáneamente le parecia mas oportuna; libre era en lo sucesivo, si los tiempos cambiaban y se hacian mejores, de esparcir sobre el escelente fondo que habria tejido, el bordado de una brillante educacion.

Además que para dar á su hija maestros de baile, de dibujo y de lenguas, era necesario la fortuna que se habia tenido, y no la que se poseia actualmente. Es verdad que la marquesa ofrecia consagrar una parte de sus diamantes á esta educacion; pero esta vez tambien la baronesa, que veia mas lejos que ella, al mismo tiempo que le daba las gracias con lo íntimo de su corazon por el amor que profesaba á su nieta, amor que la arrastraba á hacer el sacrificio de lo que le era mas caro en el mundo, le suplicó que guardase ese recurso para una necesidad estrema, necesidad que, si las cosas continuaban marchando en Francia de la misma suerte, no

tardaria en dejarse sentir.

Al contrario, encargándose ella misma de esta educacion, podia dar á Cecilia las primeras nociones de todos los artes y de todos los conocimientos necesarios á una jóven, y lo que es mas, cubriéndola enteramente con su vigilancia maternal, desarrollar los instintos escelentes que la naturaleza habia colocado en aquel tierno corazon, alejando á la vez los malos principios que una influencia estraña pudiera inocular en su espíritu.

La marquesa, que por otra parte no era amiga de discutir, cedió prontamente á los argumentos de la baronesa, y madama de Marsilly con el consentimiento tácito de su madre, se halló encargada de la educacion de Cecilia.

Al momento puso manos á la obra. Las grandes y santas almas encuentran un consuelo á su dolor en el cumplimiento de sus deberes; el dolor de la baronesa era profundo; pero el deber que se habia impuesto era muy dulce.

El empleo del tiempo fué arreglado por la baronesa; estaba convenido de que una niña puede aprender jugando los primeros elementos de lo que la muger debe saber algun dia. Ofre-

ció á Cecilia el trabajo bajo el aspecto de un placer, y la niña se dejó dirigir tanto mas fácilmente, cuanto que aquel trabajo le era señalado por su madre, á quien adoraba.

Asi, la mañana estaba consagrada á la lectura, escritura y dibujo; la tarde á la música y al paseo.

Estos diversos ejercicios del pensamiento y del cuerpo, eran interrumpidos por tres comidas, despues de las cuales el salon del piso bajo se hacia, por un tiempo mas ó menos dilatado, un lugar de reunion.

No se ha dicho, que pasado cierto tiempo dejó la marquesa de asistir al almuerzo, que haciéndose á las diez de la mañana, desordenaba todas sus costumbres. Durante treinta años se habia levantado entre once y doce, y ni una sola vez se habia presentado á persona alguna, incluso su difunto esposo, sin sus polvos y lunares. Era por consiguiente una gran molestia para ella someterse á esta disciplina; ecsimióse de ella, y como en la casa de Verneuil, se le llevó el chocolate á la cama.

Por lo que respecta á la baronesa, el cuidado de la casa y la educacion de su hija ocupaban

todo su tiempo. La marquesa que no era ni maestra ni ama de casa, pasaba el suyo encerrada en su cuarto leyendo los cuentos de Marмонтel y las novelas de Crébillon, hijo, mientras que la señorita Apasie [este era el nombre de la doncella francesa] que no tenia ya nada que hacer desde que habia vestido á su señora, bordaba ó conversaba con ella, y elevada al rango de dama de compañía, llenaba con su conversacion los intervalos que dejaban las diferentes lecturas de la marquesa.

Esta habia intentado entablar alguna comunicacion con sus vecinos de campo; pero la baronesa, al propio tiempo que dejó sobre este punto en entera libertad á su madre, declaró que por su parte viviria aislada.

Asi se pasó el invierno. El interior de la pequeña familia, arreglada por la baronesa, no se habia desordenado una vez siquiera. Solo la marquesa introducía de cuando en cuando alguna disension en el empleo del tiempo; pero casi al punto por la constancia y plácida voluntad de la baronesa, recobraba todo su marcha acostumbrada.

Entretanto las nuevas que llegaban de Fran-

cia eran cada vez mas desastrosas para los emigrados. Un dia mas terrible que todos los anteriores, un dia ante el cual el 10 de Agosto y el 2 de Setiembre se eclipsaban, habia amanecido no solamente para la Francia sino para la Europa; este dia era el 21 de Enero.

El golpe fué terrible para la pobre familia aislada. La muerte del rey presagiaba la de la reina. Además, era el último vínculo roto entre la revolucion y el trono, y quizá tambien entre la Francia y la monarquia. La marquesa no queria creer esta sangrienta nueva; no asi la baronesa: ella habia visto siempre el porvenir por el lado sombrío, porque lo veia al través de su afliccion. La desgracia acostumbra á la desgracia; asi lo creyó todo, y no creyó mas que la verdad.

Viendo llorar á su madre como la habia visto hacia seis meses, preguntó la pequeña y angelical Cecilia:

—Ha escrito acaso papá que ya no viene?

Sin embargo, los horrorosos sucesos que acontecian en Francia, á escepcion de las nuevas lágrimas que le costaban, no alteraban en nada la vida ordinaria de la baronesa. La tierna Cecilia crecia visiblemente, y semejante á las flores

del jardín, se disponia á florecer con la primavera.

Y en efecto, habian llegado los primeros dias de la primavera, y todo el rededor de la casita habia recobrado un aspecto festivo: el jardín desplegaba toda su pompa, los zarzales de rosas se cubrian de hojas y se cargaban de capullos, las lilas empezaban á mostrar sus racimos de púrpura, las acacias sacudian al viento sus perfumados penachos; el arroyuelo, al que los hielos del invierno habian aprisionado en su curso subterráneo, reaparecia tiritando todavia; en fin, hasta la casa, merced á sus flores de enredaderas, habia recobrado cierta apariencia de vida, de juventud y de júbilo de que la habia despojado el invierno.

Era una época de felicidad para la tierna Cecilia. Durante todo el invierno, ese invierno sombrío, frio y lluvioso de Lóndres, la habia tenido encerrada su madre con el mayor esmero, y la niña, habituada á la vida de Paris y á las ecsigencias de la casa de la calle de Verneuil, no habia encontrado una gran diferencia entre este invierno y el precedente, que por otra parte ya habia olvidado quizá; pero cuando vió venir la

primavera, esta huésped desconocida de Paris, y que pudo en cierto modo tocarle con las manos, cuando vió que todo nacia, se animaba y florecia, fué inmenso su regocijo: y todo el tiempo que no dedicaba á sus cortos estudios infantiles, lo pasaba en su jardin.

Su madre la dejaba obrar: mostrábale el cielo despejado poco á poco de su nebuloso velo, y cuando un rayo de sol se deslizaba por cualquiera hendija de una nube dejando percibir el azul del firmamento, decia á la inocente Cecilia que aquel rayo del sol era la mirada de Dios que se fijaba sobre la tierra, y que esta mirada divina hacia que floreciese el mundo.

Por lo que hace á la marquesa, no habia para ella ni primavera ni invierno. Levantábase siempre á las once y media, tomaba su chocolate en la cama, se vestia, se peinaba, empolvaba, colocaba sus lunares, y volvía á leer por la vigésima vez los cuentos de Marmontel y las novelas de Crébillon, hijo, cuyas bellezas comentaba con la señorita Aspásie.

La baronesa oraba por su esposo y por el rey que habian muerto, y por la reina y el Delfin que iban á morir.

Despues se oia decir que los ejércitos repub-
licanos habian conseguido alguna gran victoria,
y los nombres de Fleurus y de Valmy llegaban
á resonar hasta en lo interior de la quinta.



8.

Dios en todo.

GRACIAS á esta vida aislada que observaba la baronesa, y á esa vida escéntrica que guardaba la marquesa, la pequeña Cecilia se encontró educada con condiciones enteramente particulares.

Segun hemos dicho, como consecuencias del sistema de educacion adoptado por la baronesa, ningun estudio se habia ofrecido á la niña bajo el aspecto de un trabajo; sin embargo, cuando su imaginacion habia estado ocupada por una lectura, por una leccion de piano ó de dibujo,

pensaba su madre que le convenia una distraccion, y entonces la puerta del jardin se abria para la niña.

Este jardin era para ella el paraíso.

Primeramente lo cuidaba la baronesa por sí misma, y habia reunido en él las mas hermosas flores que pudo encontrar, tales como espesuras de lirios, zarzales de rosas, bosquecillos de ogia-canta y de bolas de nieve capaces de encantar la vista y el olfato. La niña Cecilia con media pierna desnuda, su traje corto, sus rubios cabellos flotantes y sus mejillas aterciopeladas, parecia una flor mas en medio de aquel cuadro.

Ademàs, este jardin no era solamente el dominio de los lirios y de las rosas, era tambien un pequeño mundo completo; bellos insectos bullian debajo del césped, y de cuando en cuando atravesaban alguna calle, semejantes á vivas esmeraldas; espléndidas mariposas de nacaradas alas parecian llovidas del cielo, y revoleteaban con un curso desigual y caprichoso, por encima de aquella brillante alfombra; finalmente, gilgueros y silvias saltaban de rama en rama llevando el cebo á sus hijuelos, que sacaban el pescuezo y alargaban el pico fuera de sus nidos

de musgo y de yerbas secas.

Como la baronesa no recibia á nadie, y que Cecilia estaba enteramente aislada de la sociedad de los niños de su edad, el jardin se hizo su universo, y las flores, las mariposas y los pájaros fueron sus amigos. A la primera palabra que sobre esto dijo á su madre, esta le habia explicado como cada cosa provenia de Dios, y recibia su vida de Dios. Habiale mostrado la mirada del sol animando á la naturaleza, y le hacia observar que las flores que se abrian por la mañana se cerraban á la tarde; que las mariposas que acudian á las horas calurosas del dia, desaparecian mucho tiempo antes de la noche; en fin, que los pájaros que se despertaban con el alba, se dormian con el crepúsculo, escepto algun ruiseñor, cuyo canto velaba como una oracion, como un himno nocturno, como un eco melodioso. Pues bien, esos gorgoros de la mañana y de la tarde, los rápidos vuelos de esas flores volantes que llaman mariposas, los suaves perfumes de esas estrellas de la tierra que se denominan flores, todo esto, merced al espíritu religioso y poético de la baronesa, no era otra cosa que las oraciones de los seres y de las cosas, y la mane-

ra con que los pájaros, mariposas y plantas alababan y cantaban al Señor.

Pero entre todas sus amigas, las que mas amaba Cecilia eran las flores. Cuando ella corria tras de alguna bella mariposa de alas de oro, la mariposa se le resbalaba de entre los dedos; cuando queria sorprender á algun pájaro que gorgeara en su zarzal, el pájaro volaba é iba á acabar su cancion sobre cualquier árbol donde la niña no pudiese alcanzarlo; pero sus flores, sus queridas flores se dejaban abrazar, acariciar y hasta cojer. Es verdad que una vez cogidas perdian su color y su perfume, desfallecian lentamente, y morian al fin.

Asi, á propósito de una rosa sobre su tallo, y de un lirio quebrado, la baronesa hizo comprender á su hija que la primera era la imágen de la vida y la segunda la de la muerte.

Desde entonces Cecilia no cogió ya ninguna flor.

Esta conviccion de una ecsistencia real oculta bajo una aparente insensibilidad, estableció entre la niña y las flores, sus amigas, relaciones en las cuales cada cosa se esplicaba. Asi sus flores estaban para ella enfermas ó saludables, tris-

tes ó alegres; se enternecía con las unas, se alegraba con las otras; si estaban enfermas, las cuidaba y sostenia; si tristes, las consolaba. Un dia que entró en el jardin mas temprano que de costumbre, habiendo hallado sus lirios y jacintos cubiertos de rocío, volvió anegada en lágrimas diciendo que sus flores tenian algun pesar y que lloraban; otra vez la sorprendió la baronesa dando de comer un pedazo de azúcar á una rosa que se le habia enganchado al pasar, queriéndola consolar porque le habia caído algunas hojas.

Así es, que entre los dibujos que naciau bajo el lápiz de la niña, y entre los caprichos que naciau bajo su aguja, las flores eran siempre sus elejidas; cuando veía florecer un lirio mas bello que los otros, sacaba su retrato como se saca el retrato de un amigo; cuando veía una rosa mas viva de colores, mas rica de pimpollos, la copiaba sobre su tapiceria para no perder su recuerdo. De este modo, durante la primavera, el verano y el otoño, vivia con la realidad, y durante el invierno con la imágen.

Despues de sus flores, lo que mas amaba Cecilia eran los pájaros; como los gorriones de Juana de Arc que venian á posarse sobre su espal-

da, y buscaban su alimento hasta en el corsé de la vírgen de Vaucouleurs; los pájaros del jardin de la casita se habian habituado poco á poco á Cecilia. En efectó, para ahorrar á los padres viajes demasiado largos, venia Cecilia dos ó tres veces al dia á derramar granos al pie de los árboles donde sus armoniosos huéspedes habian establecido su nido, y como respetaba sus hijuelos, los padres no se espantaban de ella; resultando de aquí, que los pajarillos, acostumbrados á ver á la niña, no concebian ningun temor, habiéndose vuelto para ella el jardin una verdadera jaula, cuyos habitantes cantaban sus dulces árias desde el momento que la divisaban, siguiéndola como las gallinas siguen á sus amas, y revoleteando al rededor de ella cuando conversaba con sus flores ó leia debajo de su emparrado.

En cuanto á las mariposas, á pesar de sus vivos colores, le fueron muy pronto indiferentes; en efecto, por mas avances que la niña probó á hacer á estas inconstantes joyas de los aires, siempre se mostraron insensibles; por otra parte, dos veces habia intentado cojer, primero una magnífica Atalanta de aterciopelado veste, y otra vez un soberbio Apólo con talle de oro, y todas

ellas se habian quedado entre las manos de la niña algunos fragmentos de sus alas, comprendiendo en su incierto vuelo, luego que las soltaba, que lo que ella habia considerado como una caricia de su parte, era para ellas una herida.

He aquí pues el mundo en que vivía Cecilia: su abuela, que la amaba por humoradas, y que la asustaba algunas veces en la espresion de su amor; su madre, siempre tranquila, serena, religiosa y reflexiva; sus flores, cuyos dolores y gozos comprendia; sus pájaros cuyos cantos escuchaba; y sus mariposas cuyos vuelos seguia.

De cuando en cuando sin embargo, la soledad de la pequeña familia era turbada, ya por una visita de la duquesa de Lorges, que venia mas particularmente para la marquesa, ya por la llegada de madama Duval, que venia con mas especialidad por la baronesa.

Los primeros dias, estas visitas de madama Duval habian sido una fiesta para Cecilia, por que siempre traia consigo á Ednardo. Entonces los dos niños se paseaban, jugaban, corrian por el jardin, hollando ambos yerba, plantas y flores, escondiéndose en los bosquecillos, pisoteando los acirates, quebrando las ramas de los ár-

boles sobre que intentaban subir, espantando los pájaros, y persiguiendo las mariposas. Pero poco á poco, como hemos dicho, se habia relacionado Cecilia con los huéspedes de su paraíso; de suerte que cuando venia Eduardo, no sin una grande inquietud, lo introducía en su pequeño universo. Primero habia querido hacer comprender á su turbulento compañero las sensaciones de sus flores, los gorgoros de sus pájaros y la inconstancia de sus mariposas; pero el insulso estudiante se habia echado á reir, sustentándole que las flores eran cosas insensibles, que no tenian ni amor, ni odio, ni alegría, ni dolor. Por lo que toca á los pájaros, Eduardo queria cogerlos para encerrarlos en una jaula, aunque Cecilia le opusiera que el buen Dios que les concedió alas, no les habia hecho semejante dádiva para saltar de caña en caña en el estrecho espacio de una enrejada prision, sino para hender el aire é irse á posar en la cima de los álamos ó en la cúspide de las casas. En fin, una última circunstancia habia acabado de perder á Eduardo en el concepto de su jóven amiga. Un dia mientras que ella hablaba con sus rosas de asuntos tan importantes que habia olvidado á su compañero, se le a-

cercó este con una magnífica mariposa que, atravesado el cuerpo con un alfiler y clavado en su sombrero, se resistía dolorosamente. Entonces Cecilia lanzó gritos de dolor; pero estos gritos admiraron á su vez profundamente á Eduardo, que la aseguró que poseía ya mas de tréscientas mariposas clavadas así y ordenadas cimbétrica-mente en unas cajítas, donde se conservaban como si estuvieran vivas.

Desde este día se propuso Cecilia que Eduardo no había de entrar nunca en su jardín; y en efecto, á su primera visita, la niña bajo diferentes pretextos le entretuvo en las habitaciones, poniendo á su disposición cuantos juguetes tenía, y permitiéndole que rompiese muñecas, tiendas y mueblecitos de casa; pero sin querer que se burlase mas de sus flores, que atormentase sus pájaros, ni torturase sus mariposas.

La baronesa de Marsilly advirtió esta afectación de su hija en alejar á Eduardo del jardín; y luego que hubo partido le preguntó la causa porque le había vedado la entrada. Cecilia refirió entonces á su madre lo que había acontecido durante las visitas precedentes, preguntándole si había hecho mal en obrar así.

—No, hija mia, le respondió la baronesa, todo lo contrario, lo apruebo y has tenido razon. Una de las extravagancias de nuestro orgullo es la de creer que el universo ha sido criado únicamente para nosotros, y que tenemos derecho para destrozar y destruirlo todo. Cada cosa aquí en la tierra es, por el contrario, como el hombre, obra de Dios; Dios está en la flor, en el pájaro, en la mariposa, en la gota de agua efímera como en el Océano infinito, en el reluciente gusano que brilla bajo la yerba, como en el sol que ilumina al mundo.

Dios está en todo.



9.

El tiempo marcha.

MIENTRAS que la familia proscrita se establecía lejos de todas las miradas en un estrecho rincón de la Inglaterra, inmensos acontecimientos se verificaban en el resto de la Europa.

— La muerte del rey y de la reina había producido sus frutos: sus asesinos, como los antiguos soldados nacidos de los dientes del dragón de Cadmo, se habían destruido á sí mismos. La convención había proscrito á los girondinos: después los guillotineros habían devorado á su

vez á los sentembristas, y últimamente el 9 ter-
midor habia llegado, y la Francia, todavia tras-
tornada por los sacudimientos revolucionarios,
reposaba un instante.

Cuando se declaró el terror, Luis Duval, que
segun hemos dicho, era realista en lo íntimo de
su corazon, no habia tenido valor para permane-
cer en Francia; y sacrificando la porcion de su
fortuna que aun no habia tenido tiempo de rea-
lizar, partió para Inglaterra; y un hermoso dia,
con gran contento de su esposa, llegó á Lóndres.
Pero como en Lóndres la duquesa de Lorges no
tenia necesidad de administrador, no poseyendo
ya quinientas mil libras de renta que gobernar,
y como por otra parte Mr. Duval era todavia de-
masiado jóven para estarse sin hacer nada, y no
bastante rico para vivir de su renta, entró como
cajero en una casa de banco, sirviéndole de fian-
za los cuarenta ó cincuenta mil francos que po-
seia. Muy pronto su probidad fué tan perfecta-
mente reconocida, y tan esactamente apreciada
su inteligencia, que el banquero le dió un corto
interés en su casa. Entretanto la condesa de Ar-
tois dejó la Inglaterra, llevando consigo á la du-
quesa de Lorges; madama Duval solicitó perma-

necer con su marido, lo que le fué otorgado tanto mas fácilmente, cuanto que prolongándose el destierro, precisaba á los emigrados á hacer economías. La buena familia quedó por consiguiénte toda entera en Lóndres, mientras que la duquesa de Lorges partia para Alemania.

Durante este tiempo, el mismo estado de cosas que influia sobre la familia plebeya, operaba sobre la noble familia. Contra la esperanza de la marquesa, los aliados habian sido rechazados mas ailá de la frontera, y léjos de que los emigrados pudiesen sacar recursos de la Francia, habian sido confiscados sus bienes, y declarados propiedad de la nacion, vendidos revolucionariamente. La primera cosa en que pensó la baronesa, fué en reintegrar al pobre Pedro Durand los dos años de arrendamiento que le habia anticipado en el momento de su partida: asi pues, los diez mil francos fueron devueltos al honrado arrendador con una carta en la que la baronesa al mismo tiempo que le daba las gracias, le aseguraba, que mediante á los recursos que habia sabido proporcionarse en el extranjero, no solamente no carecia de nada, sino que aun vivia en la abundancia. La baronesa pensó con razon, que

no se necesitaba mas que esta seguridad para determinar al escelente hombre á recobrar una suma, que habia ofrecido con tanta delicadeza y generosidad.

La baronesa entonces se vió reducida á los únicos recursos de algunos diamantes que poseia personalmente, y á los de su madre.

En tal estado fué á buscar á la marquesa interrumpiéndola en medio de la lectura del *Sofá*, é hizola un sucinto relato de su posicion, el que terminado exclamó la marquesa:

—Y bien, hija mia?

—Y bien, respondió la baronesa; mi dictámen seria que reuniasémos todos cuantos diamantes poseemos las dos, que los vendiéramos de una vez á fin de hacer con ellos una suma bastante respetable, é imponiéndola en el banco de Lóndres, viviéramos cuanto fuese posible con sus réditos.

Esta era, como se ve, la proposicion mas razonable; pero era preciso para ponerla en ejecucion que la marquesa se desprendiese de sus diamantes, y estos diamantes era todo cuanto le quedaba de su antiguo esplendor. De vez en cuando los sacaba de su cofrecito y aun cuando

no pudiera hacerlos admirar mas que de la señorita Aspasia, era esto un consuelo para ella.

—Pero, respondió la marquesa procurando eludir la proposicion, no seria mas prudente siendo estos diamantes de familia, los cuales naturalmente debemos tener en mucha estima, no seria mas prudente vender la cantidad estrictamente necesaria? De este modo conseguiriamos hallarnos siempre á nuestro regreso á Francia con lo que hubiera escapado de nuestro desastre.

—Del modo que van las cosas, madre mia, nuestro regreso á Francia no está cercano. y de esta suerte consumirémos lentamente nuestro capital, mientras que vendiéndolo todo de una vez, podriamos, en último término, vivir con los intereses.

—Pero, dijo la marquesa probando á atacar á su hija por el amor materno, es que te confieso que reservaba esos diamantes para que fuesen un dia al dote de mi nieta. Pebre niña, añadió meneando la cabeza y buscando en la estremidad de su párpado una lágrima que no habia, ni hubo quizá jamás.

—Madre mia, replicó la baronesa sonriendo tristemente, os haré observar que Cecilia no tie-

ne siete años todavia, que segun toda probabilidad no la casarémos antes de aquí á diez años, y que desde ahora á entonces, sino adoptais la proposicion que os hago, vuestros diamantes y los mios habrán desaparecido unos despues de otros, y esto parcialmente y sin producir ningun interés.

—Pero en fin, exclamó la marquesa acalorándose, justamente porque comprendia la esactitud de las observaciones de su hija, no tendrá dote esa pobre niña?

—Su dote, madre mia, repuso la baronesa con esa inalterable dulzura que hacia de ella en la tierra un modelo de los ángeles del cielo, su dote será un nombre sin mancha, una educacion religiosa, y si se puede añadir á estos sólidos bienes un bien tan frágil como la belleza, una belleza, digo, que me parece que debe ir siempre en aumento.

—Está bien, hija mia, está bien, dijo la marquesa; entonces... lo reflexionaré.

—Reflexionadlo, madre mia, contestó la baronesa.

Y saludando respetuosamente á la marquesa, se retiró.

Ocho dias despues volvió á la carga la baronesa; pero durante este tiempo, la marquesa que habia tenido lugar de reflexionar en la situacion, se habia provisto de un arsenal de malas razones formidables, que su hija bien conoció que ella habia tomado formalmente su partido, y desde entonces, ya no insistió mas. Al cabo, los diamantes que reclamaba la baronesa eran propiedad de su madre, y tenia derecho para dárselos ó negárselos. Solamente la desgraciada muger se retiró con el corazon oprimido, al ver que el único medio razonable de luchar contra la mala fortuna le era negado por una de esas caprichosas extravagancias que la educacion habia plantado en el génio, y no en el corazon de su madre.

Aquel mismo dia escribió la baronesa á Mr. Duval, que si el Domingo siguiente, él, su esposa y su hijo no tenian otra ocupacion preferente, los invitaba á que vinieran á pasar el dia en Hendon.

La buena familia llegó á eso del medio dia. Aunque los negocios de Mr. Duval prosperasen cada vez mas, y que estuviese ahora asociado á la casa de banco donde no era primero mas que

un oficial de escritorio, continuaba siendo lo que en otro tiempo, es decir, un hombre de corazón humilde y honrado, por lo que había merecido la confianza de la duquesa de Lorges, y la amistad de la baronesa de Marsilly.

Sin embargo, la marquesa veía con sentimiento lo que ella llamaba propensión de su hija á descender hasta la gente baja. Habíale muchas veces vituperado su demasiada intimidad con los Duval; y cuando la baronesa le recordaba el servicio capital que había sido el origen de esta intimidad, la marquesa, obligada á confesar los favores que debía al digno municipal, procuraba atenuarlos diciendo que no había hecho sino lo que todo hombre de bien en su lugar, no dejando por eso de tener cierto mérito en una época en que había tan pocos hombres de bien.

De esto resultó, que prevenida la víspera de la visita que debía tener efecto el día siguiente, en el momento en que la familia de Duval entraba en la sala, mandó á decir á su hija que le suplicaba la escusase con sus huéspedes, pero que tenía jaqueca.

Segun su costumbre, Cecilia cerró la puerta de su jardín á Eduardo que era ya un guapo

muchacho de nueve ó diez años, mas incapaz que nunca de comprender la vida de las flores, respetar la tranquilidad de los pájaros, y compadecer el dolor de las mariposas.

En cambio, merced al particular esmero que Mr. Duval habia empleado en la educacion de Eduardo, esmero sino tan poético, á lo menos tan perfeccionado como el de madama de Marsilly habia tenido con Cecilia, hacia en un instante las multiplicaciones mas complicadas y las divisiones mas fantásticas, no solamente con la pluma en la mano, sino tambien á la simple memoria.

Asi este querido niño era el orgullo de su padre.

Despues de la comida suplicó la baronesa á Mr. Duval que pasase con ella á su gabinete.

En él ya, hizole sentar, y sacando de una gaveta un cofrecito que encerraba los únicos diamantes que poseia, á saber, dos pendientes y una cruz, le esplicó, con la ingenuidad de la grandeza, el apuro en que se hallaba, rogándole, que á su regreso á Lóndres, le cambiase en dinero aquellas joyas en casa de algun honrado diamantista, y que le remitiese su valor.

Mr. Duval se apresuró desde luego á poner esta misma suma á disposicion de la baronesa sin que tuviera necesidad de vender sus diamantes; repitiéndole lo que ya le habian dicho veinte veces la duquesa de Lorges y la marquesa, esto es, que semejante estado de cosas no podia ser duradero. Pero la baronesa lo rehusó á un mismo tiempo con ese reconocimiento que no permite que nadie se resienta, y con esa energia que no tolera que se insista. Además, como la baronesa recelaba de la oficiosa delicadeza de Mr. Duval le dijo, que habiendo sido pagados los diamantes completamente engastados, en quince mil francos, no creia que pudiese esceder su valor de ocho ó nueve mil.

Esto era decir á Mr. Duval, que no admitiria el cambio, en el caso de que procurara engañarla sobre el valor de los diamantes.

Mr. Duval se vió pues precisado á renunciar en aquel mismo instante á la esperanza de hacer que recibiera la baronesa mas de lo que los diamantes valian.

Terminado este incidente volvieron á la sala, donde los dos niños jugaban juntos á la vista de madama Duval, y la conversacion recayó na-

turalmente sobre los asuntos del dia.

Habiase llegado á la época de la expedicion de Egipto. Bonaparte al alejarse de Francia, parecia haber llevado consigo la estatua de la Victoria. Los franceses privados de su gefe, eran vencidos en Italia y en Alemania. El directorio cometia multitud de simplezas en Francia. Estas exteriores derrotas y estas bobadas interiores, eran ecsageradas además en el extranjero; de aquí provenia, que al propio tiempo que la baronesa procuraba resistir á las esperanzas de los otros emigrados, no podia enteramente dudar del porvenir.

Por otra parte, dudar del porvenir con la conviccion que tenia de seguir la buena causa, era casi dudar de Dios.

Dos dias despues, recibió la baronesa por conducto de madama Duval una suma de nueve mil francos, precio de sus diamantes.

A esta suma, y para no dejar duda alguna á la baronesa, acompañaban la tasacion y el recibo de uno de los principales joyeros de Lóndres.

Síntomas.

Estos nueve mil francos bastaron á la baronesa para vivir durante dos años, en cuyo transcurso tuvieron lugar nuevos acontecimientos, los cuales en vez de causar algun alivio en la situacion de los realistas, les habian arrebatado toda esperanza.

Bonaparte habia vuelto de Egipto, y despues de hacer el 18 brumario, habia sido nombrado cónsul y ganado la batalla de Marengo.

Habia no obstante algunos optimistas que de-

cian que el jóven general trabajaba en favor de los borbones, y que, cuando hubiera acabado con los jacobinos, entregaria el cetro [estilo de la época] en manos de sus reyes legítimos; pero los que veian sanamente las cosas, no creian una sola palabra de esto.

Mientras tanto, la Europa temblaba ante el vencedor de Lodi, de las Pirámides y de Marengo.

La baronesa aguardó hasta el último momento para hacer una nueva tentativa con la marquesa, que desde el dia en que se habia tratado de los diamantes, no habia vuelto á abrir su boca, no inquietándose de manera alguna del modo con que su hija vivia, ni habiéndole preguntado una sola vez cuales eran sus recursos.

Esto fué causa de que se sorprendiera en extremo cuando su hija le habló de nuevo de sus diamantes.

Como la vez primera, apuró la marquesa todas las razones que pudo hallar en su imaginacion en defensa de sus preciosos aderezos; pero en esta ocasion habia urgencia, de suerte que la baronesa insistió al par con tanto respeto, calma y dignidad, que su madre, aunque suspirando

fuertemente, acabó por sacar de su arquita un collar que podría valer unos quince mil francos.

La baronesa persistió nuevamente en que se hiciera una sola venta de todo lo que quedaba, imponiendo los cincuenta mil francos que de ello podían sacarse en el banco: pero á esta proposición hizo tales exclamaciones la marquesa, que madama de Marsilly comprendió que toda tentativa de este género era inútil.

Ecsigió además la marquesa que de la venta del collar se le entregara una suma de mil escudos para sus gastos personales.

Madama de Marsilly se procuró los quince mil francos por el mismo conducto que los diez mil. Como anteriormente Mr. Duval le hizo todas las ofertas posibles; pero como entonces madama de Marsilly rehusó.

Entre tanto Cecilia crecía; actualmente era una hermosa doncella de doce años grave y afable, tierna y religiosa, su rostro como el de un ángel en toda su lozanía, su alma como la de su madre en toda su pureza, es decir, como era ella antes que la desgracia la hubiera marchitado.

Muchas veces la miraba su madre desde su ventana crecer y florecer en medio de sus rosas,

sus amigas, sus compañeras, sus hermanas; después pensaba que en tres años estaría la niña muy próxima á ser una muger, y entonces suspiraba profundamente; preguntándose, que porvenir estaba reservado á aquella maravillosa creacion de la naturaleza.

Una cosa tambien afligia especialmente á madama de Marsilly, no por ella, sino siempre por su hija, y era que conocia que bajo aquel clima nebuloso de Inglaterra, y en medio de esa eterna preocupacion que le inspiraban su madre y su hija, su salud empezaba á quebrantarse. Madama de Marsilly habia sido siempre débil del pecho, y aunque habia llegado á la edad de treinta y dos años sin experimentar ningun grave accidente, nunca pudo vencer enteramente ese vicio orgánico que desde algun tiempo, sobre todo por el otoño, le hacia sufrir esos vagos padecimientos, síntomas terribles de esta implacable enfermedad.

Sin embargo, era imposible que cualquiera otro que no fuera madama de Marsilly misma; pudiese reparar en esta invisible afeccion. A los ojos de los estraños al contrario, su salud debia parecer mejor que nunca: su tez, ordinariamen-

te pálida, se coloreaba de un carmin que parecia el de una segunda juventud: su palabra por lo comun algo lenta, y que la desgracia y la tristeza habian hecho grave, se animaba algunas veces con un acento rápido é incisivo que no era otra cosa que la escitacion de la fiebre, pero que se podia tomar por un exceso de vitalidad. En fin, jamás la señorita de la Roche-Bertaud, doncella, habia sido tan bella y codiciable como madama de Marsilly.

Pero estos síntomas de destruccion no se le oscurecian á ella: así es, que hácia el año de 1802 en el momento en que las puertas de Francia se volvian á abrir para los emigrados, tuvo un instante la idea de volver á su patria, aunque la casa de la calle de Verneuil estuviese vendida, y aunque sus dos haciendas de la Normandía y las tres de Turena y Bretaña hubieran pasado á vil precio á manos de especuladores que comerciaban comprando *las tierras nacionales*, como se les llamaba en aquella época. Pero era un negocio árduo este regreso á Francia sin ninguna seguridad de fortuna: una mudanza, una venta, un viage, daban un golpe terrible á los escasos recursos de la baronesa. La marquesa es-

citaba con ahinco á su hija á atravesar el mar, y á ir á recobrar su título y su rango en Paris, pretendiendo que una vez que estuvieran en la capital, buscara ella medio por sus antiguos conocimientos de hacer que restituyeran los monopolistas que se habian apoderado ilícitamente de las casas, tierras y palacios; pero la baronesa, como es de suponer, no tenia gran confianza en las tasaciones económicas de su madre, por lo que se resolvió á esperar todavía antes de tomar ninguna decision.

De esta suerte llegó el año de 1803. Cecilia tenia trece años, y representaba quince. Su corazón, al propio tiempo que adquiria los sentimientos de una doncella, habia conservado sus creencias de niña; y á escepcion de sus juegos con Eduardo, que por otra parte hacia dos ó tres años que eran infinitamente mas cautelosos, no habia hablado á otro hombre que á Mr. Duval, habiendo sido enteramente suficiente el esmero de su madre para su educacion.

Por este motivo, semejante educacion era sobre todo mas distinguida que superior; todo lo sabia, escepto el inglés y el italiano, como debe saber una muger de sociedad, es decir, para ser-

virse de ello, no para enseñar. Asi es, que dibujaba de un modo maravilloso flores y paisages; pero su ingenio que se limitaba á la aguada, jamás se habia remontado hasta el óleo. Del mismo modo tocaba el piano para acompañarse cuando su voz dulce, suave, flecsible y vibrante cantaba algun tierno romance ó algun melancólico nocturno; pero nunca se le habia ocurrido pretender causar efecto ejecutando una sonata ó atreviéndose á una gran ária. Es verdad que muchas veces sobre el piano se dejaba arrastrar á improvisaciones estrañas, á sueños maravillosos, á melodias desconocidas; pero esto era, si puede decirse asi, la música de su corazon que rebosaba á pesar suyo. Finalmente, conocia de un modo superior la historia y la geografia; pero creia formalmente no haberlas aprendido sino para contestar en caso de ser preguntada.

En cuanto à lenguas, ignoraba que fuese un talento el hablar muchas, y las hablaba indiférentemente; el italiano y el francés con su madre, y el inglés con los criados y abastecedores.

Entre tanto aquella buena familia de los Duval continuaba prosperando, merced á la industria del que era cabeza de ella; no habia inter-

rumpido sus relaciones con la baronesa. Mil veces habia invitado Mr. Duval à la marquesa, à madama de Marsilly y à Cecilia à que fuesen à pasar una semana, quince dias ó un mes en su casa de Lóndres; pero madama de Marsilly siempre se habia negado. Sabia cuan fácil de impresionarse es el alma de una doncella de catorce años, y temia introducir en la ecsistencia pacífica y tranquila de Cecilia, algun deseo que no pudiera satisfacer. Pero por otro lado, cada vez que veia à la familia de Duval le echaba en cara la rareza de sus visitas, y ora que fuese sensible á esta queja, ora que e alimentase algun proyecto de que no daba cuenta á nadie, lo cierto es que Mr. Duval empezó à concurrir con mas frecuencia al pequeño retiro, donde su llegada lo mismo que la de su esposa é hijo era siempre saludada con el mayor contento, escepto por la marquesa que, con las ideas de aristocrácia que ya le conocémos, se habia asombrado mas de una vez del afecto que su hija profesaba á toda aquella plebe. No obstante, ella habia tomado su resolucion, y desde mucho tiempo cuando la familia de los Duval venia à pasar el Domingo en Hendon, bajaba la marquesa á la comida. Pero

entonces se esmeraba en su tocado, engalanándose con los diamantes que le quedaban, magnificencia que le daba una gran superioridad sobre madama Duval, que siempre se presentaba con la mas sencilla compostura, y jamás llevaba una sola joya.

Todas estas ridículas afectaciones hacian sufrir horriblemente á la baronesa; pero no por esto se permitió para con su madre la mas ligera observacion.

Por otra parte, ni Mr. ni madama Duval parecia que reparaban en esos ímpetus aristocráticos de la marquesa, ó si los reparaban, daban á entender por su semblante que los consideraban muy naturales; solamente era fácil conocer que se congratulaban de que la baronesa fuera para ellos de distinto modo de pensar.

Por lo tocante á Cecilia, la adorable niña no tenia ninguna idea de todas esas distancias sociales; sabia que Mr. Duval habia hecho un gran servicio á su madre, se sonreia cuando entraba, le daba la mano cuando salia, abrazaba á madama Duval casi tan á menudo como á su madre, y decia que anhelaba tener un hermano como Eduardo.

Esta buena y franca cordialidad enternece á aquellas honradas personas hasta hacerlas derramar lágrimas; y á su vuelta todo el camino, y aun muchas veces todo el día inmediato eran consagrados á hablar de la baronesa y de Cecilia.

Así transcurrieron algunos meses, durante los cuales se agotaron poco á poco los recursos de la baronesa. Su madre, como hemos dicho, había ecsigido al entregar los diamantes que se le aplicara cierta cantidad; su hija se la había remitido, y ella la gastó en fruslerías.

Pero todavía ocurrió una escena mas sensible que la que dejamos referida, cuando fué necesario que madama de Marsilly diera un nuevo paso con su madre. La marquesa no comprendía como en tan corto tiempo había desaparecido el precio del collar, y fué preciso que la baronesa le recordara las fechas y le mostrase la inversion que se le había dado al dinero, para que cediera á sus ruegos; en consecuencia, entregó á su hija un broche que podría valer unos diez mil francos.

Madama de Marsilly escribió como acostumbraba á Mr. Duval, y como siempre, Mr. Duval acudió. Encontró á la baronesa horriblemente mudada, sin embargo de que apenas hacia ocho

días que la habia visto; en su rostro se notaban huellas visibles de lágrimas.

La misma Cecilia que no tenia idea alguna de la posicion de sus parientes, ignorante como estaba la pobre niña de las cosas de este mundo, habia advertido de dos ó tres días aquella parte la tristeza de su madre, tristeza que, por decirlo así, ponía de manifiesto el sufrimiento físico, oculto hasta entonces bajo el velo de su eterna serenidad.

Por esto Cecilia aguardó á Mr. Duval, y cuando entró le detuvo en el corredor.

—Oh! Dios mio! mi querido Mr. Duval, os esperaba con impaciencia; mi madre está muy triste y desasosegada. Le he preguntado que tenía; pero me trata como á una niña, y no quiere decirme nada. Mi querido Mr. Duval, si podeis alguna cosa con ella, os lo suplico, hacedlo.

—Mi querida señorita, respondió el buen hombre mirando tiernamente á Cecilia, mas de una vez he ofrecido á la señora baronesa todos cuantos servicios está en mi mano hacerle; pero siempre los ha rehusado. Ay! no soy su igual, y ved ahí porque no acepta nada mio.

—No sois su igual, mi querido Mr. Duval?

no os comprendo bien. Mi madre os recibe, cuando venis á vernos, de distinto modo del que deseais?

—Oh! no, gracias á Dios, señorita; al contrario, la señora baronesa es sumamente bondadosa conmigo.

—Por desgracia es de mí de quien teneis que quejaros, mi querido Mr. Duval? Ah! en ese caso, os lo juro, seria sin saberlo como os habria desagradado, y os pediria perdon.

—Quejarme de vos, mi querida niña! exclamó Mr. Duval impulsado por su ternura hácia Cecilia, tanto valdria quejarme de un àngel del cielo! Quejarme de vos! oh! no, no.

—Pues entonces qué tiene mi madre?

—Qué tiene? yo lo sé, yo, dijo Mr. Duval.

—Oh! si lo sabeis, decidmelo... y si puedo algo...

—Podeis mucho, niña mia.

—Oh! entonces mandad.

—Voy á ver á vuestra madre, mi querida señorita, voy á hablar seriamente con ella, y si acepta lo que le diga... ah! á ella corresponderá pedirnos la gracia de que depende quizá nuestra comun felicidad.

Admirada Cecilia abrió tantos ojos; pero Mr. Duval, sin responderle, le apretó la mano, y entró en el cuarto de madama de Marsilly.



Proyectos.

Mr. Duval encontró, como dijimos, á madama de Marsilly tan cambiada, que su primera palabra fué para preguntarle si estaba mala. Madama de Marsilly hizo señal con la cabeza de que no, y alargando la mano á Mr. Duval, hizo le sentar á su lado.

—Mi querido Mr. Duval, le dijo despues de un momento de silencio, no tengo necesidad de deciros por qué os he llamado, ya lo sospechais, no es verdad?

—Ay! sí, señora baronesa, respondió el buen industrial, y os confieso que al recibir vuestra carta me he propuesto, toda vez que lo permitais, tener una esplicacion con vos.

—Os escucho, mi querido amigo, replicó la baronesa; hemos llegado á un grado de intimidad que no permite que tengamos ya secretos para vos; por otra parte, estoy bien convencida de que solicitais esta eplieacion por interés y no por curiosidad.

—Señora baronesa, repuso Duval inclinándose, esta es la tercera vez que me dais diamantes á vender, é ignoro si os quedarán muchos todavia.

—Como una cantidad doble prócsimamente á la que ya me habeis remitido.

—Pues bien, permitidme que os haga una observacion; vendiendo el total de una sola vez, hubierais reunido de sesenta á setenta mil libras, que impuestas en el banco de Lóndres, formarían una renta como de ciento ochenta libras, á la cual agregando uno ó dos mil francos anuales, hubierais podido vivir.

—Lo sé, señor, y este fué tambien mi primer pensamiento; pero esos diamantes no son

mios, pertenecen á mi madre, y cuando le propuse este medio, se negó formalmente á adoptarlo.

—Oh! la conozco mucho, replicó Mr. Duval, era una cosa demasiado razonable para ella...

Reportándose en seguida continuó:

—Oh! perdon, señora baronesa, de lo que acabo de decir; pero se me ha escapado á pesar mio.

—No hay de qué, mi buen amigo, mi madre tiene sus ridiculeces, lo sé; pero he visto que vos, primero que todos, habeis tenido la bondad de aparentar que no lo advertiais. Pero volviendo al objeto de mi carta, aquí teneis, mi querido Mr. Duval, un broche que vale unos diez mil francos, y que os suplico me convirtais en dinero.

—Con mucho gusto, replicó Mr. Duval tomando el broche y volviéndolo y revolviéndolo en la mano; es decir, repuso, cuando digo con mucho gusto, se entiende que es un modo de hablar; porque os lo confieso, me aflige mucho el ver que os despojais asi poco á poco de los restos de vuestra fortuna.

—Qué quereis, mi querido Mr. Duval? respondió la baronesa sonriéndose con melancolia,

debemos aceptar las pruebas que Dios nos envia.

—Pero segun vuestra propia declaracion, señora baronesa, replicó Duval, y nuevamente os pido perdon si insisto, segun vuestra declaracion os habeis deshecho ya de la mitad de vuestros diamantes. Con esta mitad habeis vivido seis ó siete años; la otra mitad os mantendrá otros tantos, y despues... despues, qué será de vos?

—Lo que Dios quiera, Mr. Duval?

—Y no teneis ningun proyecto formado?

—Ninguno.

—Ninguna esperanza en el porvenir?

—Tengo la de que el rey Luis XVIII entre en Francia, y nos devuelva los bienes que nos han sido confiscados.

—Ay! señora baronesa, bien sabeis que esa es una esperanza que debe ir amortiguándose cada dia. Bonaparte, despues de haber sido general en jefe se ha hecho cónsul, en seguida primer cónsul, y posteriormente dicen, que va á coronarse emperador. Vos no sereis de los que creen que sea su ánimo entregar el trono á los borbones, no es verdad?

La baronesa movió la cabeza negativamente.

—Ahora bien, os lo repito, luego que hayan transcurrido los cinco ó seis años, qué hareis?

La baronesa lanzó un suspiro y no respondió nada.

—La señorita Cecilia tiene catorce años, aventuró Mr. Duval.

La baronesa enjugó una lágrima.

—Dentro de dos ó tres años será menester pensar en establecerla.

—Oh! mi querido Mr. Duval, exclamó madama de Marsilly, no habéis de eso; cuando pienso en la suerte que aguarda á esta querida niña, me inclino á dudar de la Providencia.

—Y hacéis mal, señora baronesa, no es posible que Dios envíe semejantes ángeles sobre la tierra para abandonarlos; ella inspirará amor á algun noble jóven que pueda proporcionarle una existencia rica y feliz.

—Ay! mi apreciable Mr. Duval, Cecilia es pobre; y las abnegaciones son raras; además, que quien ha de venir á buscarla á este sitio? En diez años que habitámos aquí, vos y Eduardo sois los únicos que han entrado en nuestra casa. A propósito, y dispensadme, mi querido Mr. Duval, pero he olvidado preguntaros por vuestra esposa

é hijo. Cómo sigue esa buena madama Duval? cómo ese apreciable Eduardo?

—Todos buenos; gracias al cielo. Gracias, señora baronesa, y muy contentos con él. Es un excelente muchacho, del que respondo como de mí mismo, y que haria, estoy seguro de ello, feliz á una muger.

—Tendria á su vista el ejemplo de su padre, dijo sonriéndose la baronesa, y lo seguirá, lo espero. Sí, teneis razon, será una muger feliz la que sea esposa de Eduardo.

—Es esa vuestra opinion, señora baronesa? preguntó vivamente Duval.

—Sin duda; qué motivo tendria yo para no deciros lo que pienso?

—Oh! juzgué que me responderiais eso como se responde otra cosa cualquiera, ó tal vez para darme esa alegria.

—No, os he respondido segun mi corazon.

—Ah! haceis bien en asegurármelo: mirad, señora baronesa, eso me alienta; pues yo he venido aquí, os lo confesaré, con ánimo de hablaros de un proyecto. En Lóndres me parecia la cosa mas sencilla; pero á proporcion que me acercaba á Hendon, comprendia todo cuanto tie-

ne de temerario, de atrevido, casi diré de ridículo el tal proyecto.

—No os comprendo, Mr. Duval.

—Prueba de que mi proyecto no tiene sentido comun.

—Aguardad, replicó la baronesa, creo sin embargo...

—Os sonreis, eso me tranquiliza; os he dicho que la señorita Cecilia haria á un hombre feliz; voz me habeis dicho que Eduardo haria muy dichosa á una muger.

—Mr. Duval...

—Perdon, perdon, señora baronesa, es un gran atrevimiento; lo conozco, y no creais que olvido la distancia que media entre nosotros; pero en verdad, cuando pienso en el acaso que ha acercado dos ecsistencias tan separadas como las nuestras, me inclino à esperar que es la Providencia la que ha querido honrar y bendecir á mi familia; además, ya lo veis, señora baronesa, esto conciliaria tantas cosas! No hablo de nuestra pequeña fortuna, ya os la he ofrecido y la habeis rehusado; pero en Inglaterra, bien lo sabeis, el comercio es honroso; pues bien, mi hijo será banquero... Oh! Dios mio! bien se que llamarse

madama Duval á secas, es muy poca cosa para la hija de la señora baronesa de Marsilly, y nieta de la señora marquesa de la Roche-Bertaud; pero aunque mi Eduardo fuese duque seria lo mismo; y ojalá que lo fuera y que tuviese millones que ofrecer á los pies de la señorita Cecilia! Los ofrecería como ofrece los tres ó cuatrocientos mil francos que poseemos, es indudable. Hola! llorais ahora?

—Sí, lloro, mi querido Mr. Duval, porque vuestra proposicion y especialmente la forma de esponerla me llega al corazon; sino tuviera que consultar mas que á mi conciencia, os tenderia la mano, mi apreciable amigo, y os diria: «Se-mejante proposicion no me admira, proviniendo de un corazon como el vuestro, y acepto;» pero debo, como conocereis, hablar de ello á Cecilia y á mi madre.

—Oh! la señorita Cecilia, replicó Duval, por su parte tal vez no haya inconveniente: desde un año que hace que la primera idea de este proyecto me vino al pensamiento, la ecsamino cuando Eduardo está con ella. No lo ama ciertamente, bien conozco que jamás habrá pasado por la imaginacion de la hija de una familia como la

de la señorita Cecilia, que pudiera amar á un hombre de la nada como mi hijo; pero en fin, ella lo conoce hace mucho tiempo, no lo detesta, y cuando sepa que la cosa es de vuestro gusto, sin duda se decidirá. Pero madama de la Roche-Bertaud, por este lado, lo confieso, desde luego me considero vencido.

—Dejadme manejar el asunto, mi querido Mr. Duval, dijo la baronesa, os doy mi palabra de arreglarlo lo mejor que pueda.

—Ahora, señora baronesa, aventuró Duval volviendo y revolviendo el broche de diamantes en sus manos, me parece que al punto en que han llegado las cosas, es inútil...

—Mi querido amigo, interrumpió la baronesa, nada hay decidido aun: ya lo sabeis, os lo he dicho. Pero aun cuando estuviera acordado, Cecilia ne tiene catorce años, y en dos años solamente podremos hablar seriamente de este proyecto. Entre tanto, os ruego me hagais el favor para el cual os he suplicado que tuvieseis la bondad de venir á verme.

Bien conoció Mr. Duval que no habia forma de anticipar la época fijada por la baronesa, levantóse y se dispuso á partir. Inútilmente quiso

la baronesa detenerlo á comer. Mr. Duval estaba impaciente por participar á su esposa las esperanzas que habia concebido. Partió recomendando nuevamente los intereses de Eduardo á madama de Marsilly.

El primer pensamiento de la baronesa luego que estuvo sola fué dar gracias al cielo; indudablemente otra cualquiera en su lugar hubiera considerado el favor mediano; pero diez años de infortunio habian enseñado á la baronesa á mirar las cosas bajo su verdadero punto de vista; desterrada de Francia, sin esperanza de volver á ella; arruinada, sin ningun medio de restablecer su fortuna; atacada de una enfermedad que raras veces perdona, no hubiera podido desear cosa mejor para Cecilia que la que se le proporcionaba. De donde procedian sus desgracias? de donde su emigracion? de donde su ruina? De su posicion elevada. La nobleza es la yedra de la dignidad real: al caer esta habia arrastrado consigo á la nobleza; y ella, pobre fragmento del gran edificio derribado, habia ido á perderse en la soledad de la desdicha y en la noche del destierro. Segun toda probabilidad, un hombre de su clase no hubiera venido á buscar á Cecilia

en su retiro. Por otra parte, y en aquel momento singularmente, los jóvenes de la nobleza aniquilados por su lucha, necesitaban ricas herederas para proseguir su tarea. Cecilia era pobre; Cecilia no llevaba mas que un noble apellido; pero el apellido de la muger, es cosa sabida que se pierde en el del marido. Luego no era por su apellido por lo que podia ser pretendida Cecilia; y lo repetimos, la pobre niña no tenia otra cosa mas que su apellido.

Sin embargo, no se crea que se resolvió sin lucha la baronesa: fué menester que se representara una por una todas las ventajas de esta union, para que pudiera fijar en ella su imaginacion sin cierto remordimiento, no habiendo querido además, como hemos visto, contraer con Mr. Duval mas que un compromiso puramente personal, cuya ratificacion estaba sometida al doble consentimiento de su hija y de su madre.

Por lo demás sucedió lo que habia pensado madama de Marsilly: Cecilia escuchó con un asombro mezclado de inquietud cuanto la baronesa le dijo de sus futuros proyectos; y despues que hubo acabado le preguntó:

—Tendré que abandonaros, madre mia?

—No, hija mia, respondió la baronesa, y aun quizá sea este el único medio de que vivamos siempre juntas.

—Pues en ese caso disponed de mí, dijo Cecilia; lo que vos hagais estará bien hecho.

Como lo habia previsto la baronesa, su hija no abrigaba hácia Eduardo mas que un sentimiento fraternal; pero la inocente niña podia engañarse respecto á este sentimiento, no habiendo visto nunca otro hombre que él y su padre, ignoraba completamente que cosa era amor.

Ella condescendió pues sin ninguna dificultad, especialmente cuando su madre le dijo que era el mas seguro medio de no separarse jamás de ella.

Pero no sucedió así con la marquesa de la Roche-Bertaud; á las primeras palabras que pronunció la baronesa en su presencia relativas al tal proyecto, declaró que era un monstruoso mal casamiento en el cual jamás consentiria.

12.

El hombre propone.

EL Domingo siguiente, como de costumbre, la familia de Duval vino á hacer su visita á la baronesa, que se encargó sola de recibirla, porque la marquesa tenia la jaqueca.

Ninguna palabra relativa al futuro matrimonio se trocó entre ambas familias: solamente madama Duval y la baronesa de Marsilly se abrazaron, Eduardo besó la mano á Cecilia, y Cecilia se sonrojó.

Era evidente que todos estaban enterados

del proyecto concebido: tambien lo era que este proyecto colmaba los deseos de Mr. Duval, de su esposa y de su hijo; los corazones de los tres rebosaban de alegria.

En cuanto á la baronesa, no dejaba de tener una sorda tristeza; quizá era la vez primera en el espacio de trescientos años que se degeneraba en su familia: y aun cuando estuviera plenamente convencida de que esta infraccion de las leyes aristocráticas que habian regido á sus nobles ascendientes, tendria por resultado la felicidad de su hija, no era dueña de su inquietud.

Cecilia miraba á su madre. Hacia algunos dias que empezaba á notar la decadencia de su salud. Este dia especialmente, sin duda por efecto de las emociones que experimentaba, el rostro de la baronesa pasaba sucesivamente de los colores mas vivos á una extrema palidez; despues de cuando en cuando una tos desgarradora se escapaba de su pecho. A los postres, la baronesa levantóse y salió. Inquieta Cecilia se levantó detrás de ella y la siguió: encontró á su madre apoyada en la pared del corredor con un pañuelo en la boca. La baronesa al ver á su hija separó ligeramente el pañuelo; pero no tanto que

Cecilia no observase en él algunas manchas de sangre. Cecilia dió un grito que la baronesa ahogó con un abrazo, volviendo en seguida ambas al comedor.

De una parte y de otra habia cierto embarazo. Madama Duval se informó con ese interés que excluye toda acusacion de curiosidad, de la causa que habia impulsado á salir sucesivamente á la baronesa y á Cecilia: la baronesa contestó que de repente se habia sentido indispuesta, y Cecilia dejó resbalar disimuladamente algunas lágrimas.

Al despedirse Cecilia de sus huéspedes suplicó á Mr. Duval que enviase el dia siguiente á Hendon bajo cualquier pretesto el mejor médico de Lóndres, y Mr. Duval se lo prometió.

Cuando Cecilia y su madre estuvieron solas, estallaron las dolorosas emociones encerradas hasta entonces en el corazon de la pobre niña: bien hubiera querido ocultar á su madre su inquietud; pero aun no sabia disimular, particularmente el dolor. Hasta aquí, Cecilia jamás habia sido desgraciada.

La baronesa no tuvo valor para ocultar á su hija sus propias inquietudes, mucho mas cuan-

do estas escusaban ese proyecto de union entre la familia plebeya de los Duval y la noble familia de los Marsilly; y he aquí que Cecilia à su vez procuró tranquilizar à la baronesa.

En efecto, hay una edad en que nada parece tan imposible como la muerte; à esta edad habia llegado Cecilia; à los catorce años todo parece eterno en la naturaleza, porque creemos tener una eternidad en el corazon.

El siguiente dia un amigo de Mr. Duval se presentó en casa de la baronesa; venia, dijo, encargado por el honrado banquero de entregar à madama de Marsilly una suma de diez mil francos que tenia que cobrar de su casa; esta cantidad la habia traído la víspera Mr. Duval en su cartera; pero cuando Cecilia le habia rogado que enviase un médico bajo cualquier pretesto, habia guardado sus billetes de banco, pensando, que mediante ellos, la introduccion del doctor seria cosa fácil, y sobre todo no preparada.

Efectivamente, el doctor insinuó en la conversacion que, viniendo à Hendon à visitar à un enfermo, su amigo Mr. Duval le habia encargado para la baronesa de la comision que le proporcionaba el honor de verla.

A esta palabra del médico aprovechó Cecilia la ocasion y representó al doctor visitador las inquietudes que abrigaba respecto á la salud de su madre; la baronesa se sonrió tristemente, porque con su instinto de enferma no habia sido ni un instante juguete de toda aquella farsa; por lo tanto, espuso francamente al doctor [que por otra parte era uno de los mejores médicos de Lóndres] todos los síntomas que le hacian temer que su salud estuviese gravemente alterada.

El médico pareció no tomar parte de ningun modo en los temores de madama de Marsilly; pero no por eso dejó de prescribir el mas severo régimen; añadiendo al propio tiempo á modo de conversacion y como hombre que no sabe si su consejo podrá ser seguido, que era probable que la baronesa esperimentase una mejoria visible, si podia pasar seis ó siete meses en Hyères, Niza ó Pisa.

Nada juzgó Cecilia mas fácil de ejecutar que esta última parte del mandato del doctor; por lo que se admiró mucho cuando, instando á su madre á que siguiese á la letra el dictámen del facultativo, le respondió esta que en todo se conformaria escepto en lo del viaje; y su admira-

eion creció cuando insistiendo en que no despreciara una recomendacion tan importante, vencida su madre por sus instancias, le contestó que eran muy pobres para hacer semejante gasto.

Cecilia ignoraba completamente que cosa era riqueza, y qué pobreza. Sus flores nacian, florecian y morian sin ninguna distincion entre sí; todas tenian una parte igual en el agua que refrescaba su tallo, y en el sol que abria sus capullos; creia que era de los hombres lo que de las plantas, y que todos tenian una parte igual en los bienes de la tierra y en los dones del cielo.

Entonces, por vez primera, la baronesa contó á su hija que habian sido ricas, pero que ya no lo eran; que habian tenido una casa, tierras y castillos, pero que todo habia sido vendido; de modo que no les quedaba otro albergue que la reducida casa de campo en que vivian; que esta tampoco era suya, sino que la poseian mediante una suma que pagaban todos los años su madre y ella; de tal suerte que si un solo año dejaban de abonar esta suma, las echarian de su habitacion sin que supiesen donde ir.

Cecilia preguntó luego á su madre de donde procedia el dinero con que habian vivido hasta

el presente, y la baronesa no le ocultó que el manantial que pronto debia agotarse eran los diamantes de su abuela. La pobre niña se informó de si podia contribuir en algo al bien estar de la familia, y si, puesto que cada uno estaba obligado á vivir ora por medio de una fortuna adquirida, ora por una retribucion cualquiera, no podia ayudar de un modo ú otro á su familia; y entonces supo que en este mundo la muger recibia su suerte y no la hacia, y que esta dependia casi siempre de un marido. Cecilia pensó por consiguiente en lo que le habia dicho su madre de un proyecto de union con la familia de Duval, y arrojándose á sus brazos, le dijo:

—Oh! madre mia! yo seré muy feliz siendo esposa de Eduardo, lo juro.

Madama de Marsilly conoció todo el sacrificio que habia en este rasgo de Cecilia; y por esta parte al menos, comprendió que no experimentaria ningun obstáculo en sus proyectos.

Los dias continuaron transcurriendo sin causar ningun cambio en la situacion de la desdichada familia, como no fuera que la baronesa se estenuaba progresivamente: entre tanto las noticias políticas eran algo favorables para los rea-

listas; el rumor de que Bonaparte debía entregar el trono á los borbones, tomaba alguna consistencia; hablábase de un rompimiento completo del primer cónsul con los jacobinos, asegurándose que el rey Luis XVIII le habia escrito sobre este particular, y que habia recibido del joven vencedor dos cartas que no le hacian perder toda esperanza.

Asi las cosas , se recibió una carta de la duquesa de Lorges; desde la víspera estaba de vuelta en Lóndres, y anunciaba á madama de Marsilly su visita para el dia inmediato.

Esta nueva causó mucho placer á la baronesa y á Cecilia; pero singularmente á la marquesa la puso en extremo gozosa. Iba pues á entrar en su esfera, á volver á ver una persona con quien tratar, y, segun decia, á sacudirse de sus Duval.

Asi pues llamó á Cecilia á su cuarto, cosa que no sucedia sino en las grandes ocasiones, y le recomendó que no dijese una palabra á la duquesa de Lorges de esos insensatos proyectos de matrimonio, de que su madre, en un momento de error, le habia hablado. Igual encargo hizo á la baronesa que, adivinando anticipadamente todas las objeciones que le haria su noble ami-

ga, no tuvo que violentarse en prometer á la marquesa todo cuanto quiso.

El siguiente dia á las dos de la tarde, y cuando la baronesa, la marquesa y Cecilia estaban reunidas en la sala, se detuvo un carruage delante de la humilde quinta, se oyó resonar el aldabon de la puerta por una mano aristocrática, y pocos segundos despues anunció la doncella á la señora duquesa de Lorges y al caballero Enrique de Sennones.

Habia ya siete ú ocho años que no se veian la baronesa y la duquesa; se arrojaron en los brazos una de otra como dos antiguas amigas cuyo afecto no ha podido entibiar el tiempo ni la ausencia. Pero en este abrazo no pudo reprimir la duquesa la dolorosa impresion que le causó la visible alteracion que se habia obrado en la fisonomia de la baronesa. Esta lo notó.

—Me encontrais muy mudada, no es verdad? dijo en voz baja á la duquesa; pero no digais una palabra, os lo suplico, desazonariais á mi pobre Cecilia. Al instante bajaremos al jardin y hablaremos.

La duquesa le apretó la mano.

—Siempre la misma, dijo.

En seguida se volvió á la marquesa que se habia puesto de lujo, le hizo muchos cumplimientos acerca del estado de su salud, y dirigiéndose al fin á Cecilia, le dijo:

—Mi bella Cecilia, habeis cumplido todo cuanto prometiais ser. Venid á abrazarme y á recibir mi enhorabuena, porque ya se por esos buenos Duval que fueron ayer á ofrecirme sus servicios, que sois verdaderamente una cumplida señorita.

Cecilia se acercó y la duquesa le dió un abrazo.

Despues, dirigiéndose de nuevo á madama de Marsilly, dijo:

—Mi querida baronesa, y vos, mi querida marquesa, permitidme que os presente á mi sobrino Enrique de Sennones, á quien por mi parte os recomiendo, como un estimable jóven.

No obstante este cumplimiento á quema-ropa, el caballero saludó con una gracia y un desembarazo impoderables.

—Ya sabeis, señoras, dijo, que la duquesa ha sido para mí una segunda madre; por consiguiente no estrañeis la ecsageracion de sus elogios.

La baronesa y la marquesa saludaron, y cuan-

do Enrique se volvió hácia Cecilia, le hizo esta una cortésia.

A pesar de la modesta abnegacion del caballero, era preciso confesar que madama de Lorges no habia ecsagerado nada: Enrique acababa de cumplir veinte años. Era un hermoso jóven en quien se distinguia esa elegancia de buenos modales de aquellos hijos que, educados por un preceptor, no han abandonado la casa paterna, conservando ese barniz de buen talento, que arrebatata en general la educacion universitaria. Por lo demás, Enrique, como la mayor parte de los emigrados, estaba pobre. Habia perdido à su madre en la cuna, su padre fué guillotinado, y no tenia otra fortuna que esperar que la de un tio que se habia retirado á Guadalupe, donde, segun decian, habia decuplicado su hacienda en altas especulaciones comerciales.

Pero por una rara particularidad de su carácter, este tio habia declarado que su sobrino no tendria nada que esperar de él, sino con la condicion de dedicarse tambien al comercio.

Es fácil de comprender que el resto de la familia reprobando semejante condicion, habia educado á Enrique de Sennones con un objeto

muy diferente del de hacer de él un negociante en azúcar y café.

Todos estos pormenores fueron trocados con ese abandono de conversacion peculiar á las personas de cierto tono, y como se deja comprender; toda la gente comercial fué tratada con mucha ligereza por madama de Lorges y su sobrina; la marquesa recargaba el cuadro. La baronesa y Cecilia, conociendo que una parte de estos epigramas reacia sobre la buena familia de que formaban su sociedad habitual, se mezclaron poco en la conversacion que bien pronto tomó un carácter tan burlesco, que la baronesa para cortarla se apoderó del brazo de la duquesa, y como se lo habia dicho al abrazarla, bajó con ella al jardin.

La marquesa, Cecilia y Enrique quedaron solos.

Apenas la marquesa habia reparado en Enrique, cuando, con su eterna oposicion á los proyectos de la baronesa, ya se habia dicho á sí misma que este era el esposo que convenia á su nieta Cecilia, y no un plebeyo como ese Eduardo Duval.

Así, tan luego como la baronesa y la duque-

sa salieron de la habitacion, cedió al deseo de hacer brillar á su querida niña, y bajo el pretesto de distraer al caballero, le mandó traer sucesivamente sus tapicerias y sus albums.

Aunque Enrique, apresurémonos á decirlo en elogio suyo, fuese un digno apreciador de las obras escelentes de aguja, de las cuales, durante las largas noches de Inglaterra y Alemania, habia visto ejecutar buen número en casa de su tia, sin embargo, debemos decirlo, los albums le causaron infinitamente mayor impresion. Estos albums, como hemos dicho, contenian especialmente los retratos de las flores mas bellas que habian nacido en el jardin de Cecilia, cada una de las cuales tenia escrito su nombre debajo. Lo que mas particularmente observó Enrique con admiracion, fué que, si es lícito decirlo así, cada una de estas flores tenia su peculiar fisonomia, armonizándose con el nombre que le habia impuesto. Entonces pidió á Cecilia la explicacion de esta singularidad, y ella se la dió sencilla é ingénuamente, refiriéndole como habia sido educada en medio de estas flores, del modo con que se habia puesto en íntimo contacto con estas amigas frescas y perfumadas como ella, de que

suerte habia llegado en fuerza de la simpatia, si asi puede decirse, á conocer los pesares y contentos de sus lirios y sus rosas, y en fin, como segun su carácteró sus aventuras, las habia bautizado con un nombre en armonia con ellas mismas.

Enrique escuchó toda esta definicion como hubiera escuchado un prodigioso cuento de hadas: con la diferencia de que el cuento era una historia, y la hada estaba delante de él. Cualquiera otra jóven que le hubiera dicho tales cosas, se le habria figurado loca ó afectada; pero no asi con respecto á Cecilia; era evidente que la casta niña revelaba su vida, sus sensaciones, sus gozos, sus pesadumbres; solo que tal vez los acomodaba á sus flores, pero de buena fé; y entre otras cosas refirió á Enrique la historia de una rosa que habia sido tan desgraciada, que casi le hizo saltar las lágrimas.

La marquesa escuchaba todo esto, y procuraba de cuando en cuando mudar la conversacion: todas estas aventuras botánicas le parecian completamente insulsas é insignificantes; pero Enrique, que no era de su opinion, volvía sin cesar al mismo tema; tan nuevo y raro le pare-

cia el asunto, figurándose que aquello no era vivir con una criatura humana, sino al contrario, con alguna fantástica creacion de Ossian ó de Goethe.

Sin embargo, como la marquesa pronunciase la palabra música y abriese el piano, Enrique que era tambien un escelente músico, suplicó á Cecilia que le cantase alguna cosa.

Cecilia no sabia lo que era hacerse rogar, ni si tenia talento ó si carecia de él; quizá tambien ignoraba que cosa era talento.

Como la pintura, la ejecucion musical de Cecilia era todo sentimental, así luego que ella cantó, con una seduccion y una gracia imponderables, uno ó dos romances y otros tantos nocturnos, Enrique le preguntó con la mayor sencillez, sino queria cantar alguna cosa suya.

Entonces Cecilia sin hacerse rogar ni escusarse, volvió á dejar caer las manos sobre el piano, y dió principio á una de esas estrañas fantasias que de vez en cuando ejecutaba ante el melodioso estudiante; un compás dulce con el registro á la sordina indicaba que era de noche; todos los rumores de la tierra se adormecian uno tras otro; un silencio casi absoluto que turbaba

solamente el murmullo de un arroyuelo, les sucedia; despues en medio de esta calma suprema de la oscuridad, se elevaba el canto de un ave melodiosa, desconocida, que no era ni la silvia ni el ruisenor, ave que cantaba en el corazon de Cecilia como un eco de las celestes melodías, y cuya voz repetia á un mismo tiempo: Esperanza, plegaria, amor.

Enrique, al escuchar esta singular sinfonia, dejó caer la frente entre sus manos, y cuando la alzó, sin cuidar de enjugar una lágrima que oscilaba en las pestañas de sus ojos, vió á Cecilia con la cabeza inclinada hácia la espalda, la mirada en el cielo, y los párpados humedecidos. Enrique estuvo á punto de arrojarle á sus pies, y adorarla como una madona.

En este momento entraron la baronesa y la duquesa.



13.

Dios dispone.

CUANDO madama de Lorges y Enrique de Senones partieron, la marquesa volvió á su cuarto y la baronesa al suyo; finalmente, cuando Cecilia se halló sola, le pareció que acababa de operarse un gran cambio en su vida.

Y sin embargo, investigando cual podria ser este cambio, no lo acertaba; no hubiera podido designarlo.

Ay! el primer sentimiento de amor acababa de invadir el corazon de la pobre niña, y seme-

jante al primer rayo del sol, hacia sensible á sus ojos una multitud de cosas perdidas hasta entonces en la noche do su indiferencia.

Desde luego creyó que tenia necesidad de aire, y bajó al jardin. El tiempo estaba borrasco, las flores se inclinaban sobre sus tallos como si el aire fuera tambien escesivamente pesado para ellas. En otro tiempo Cecilia las consolaba; hoy inclinaba á su vez la cabeza sobre el pecho, sin duda por presentimiento de alguna venidera tempestad.

Dos veces dió vuelta á su pequeño mundo; fué á sentarse debajo de su emparrado, y pretendió seguir el canto de una silvia que gorgeara en un bosquecillo de tilas; pero habia una especie de velo entre su espíritu y los objetos que la rodeaban; ya no era dueña de su pensamiento, habia en él cierta cosa desconocida para ella, en la que reflexionaba á su pesar; su pulso latia repentinamente con tanta rapidez, que se estremecia como si tuviera calentura.

Algunas anchas gotas de agua cayeron, y se dejó oir un trueno; Cecilia no oyó el trueno ni sintió la lluvia. Desasosegada su madre la llamó; pero hasta la segunda vez no reconoció su voz.

Cuando atravesó de nuevo por la sala, vió su album sobre la mesa, y el piano abierto todavía; se puso á considerar sus flores, deteniéndose en las mismas páginas en que lo habia hecho Enrique, repasando en su memoria todo cuanto habia dicho al jóven, y cuanto este le habia respondido.

En seguida sentóse en el piano; sus dedos volvieron á caer sobre las mismas teclas, y comenzó nuevamente la melodiosa fantasía, con la diferencia de ser mas profunda, mas melancólica aun que la primera.

A la última vibracion de su voz, al postrer sonido del instrumento, sintió Cecilia una mano que se asentaba sobre su hombro; era la de su madre.

La baronesa estaba todavia mas pálida y se sonreia mas tristemente que acostumbraba.

Cecilia se estremeció; creyó que su madre iba á hablarle de Enrique.

De Enrique! Por lo demás, en este movimiento de temor era la primera vez que el nombre del jóven asaltaba tan personalmente su imaginacion; hasta entonces habia cierta cosa de él defendida en todo cuanto la rodeaba; pero es-

ta cierta cosa era inmaterial como un vapor, impalpable como un perfume.

Creyó pues que su madre iba á hablarle de Enrique.

Se engañaba: la baronesa no le habló sino de lo que le habia dicho la duquesa; esta última sabia positivamente que para Luis XVIII no habia esperanza alguna de volver á Francia. El poder de Bonaparte se consolidaba mas de dia en dia, y se consolidaba por su propia cuenta; la duquesa, adicta como era á la casa de la condesa de Artois, casi habia resuelto permanecer en el extranjero; era forzoso que la baronesa tomara tambien esta determinacion.

Durante toda esta conversacion, no se habló una sola palabra de Enrique, y sin embargo se figuraba Cecilia que cada palabra que pronunciaba su madre hacia referencia á él.

Era que cada palabra que decia hacia referencia á Eduardo.

En efecto, decir á Cecilia que los acontecimientos políticos continuaban condenando al destierro á su madre y á su abuela, era manifestarle que los proyectos de enlace con la familia Duval eran mas urgentes que nunca, puesto que

Cecilia conocia ahora la situacion pecuniaria en que se hallaban la baronesa y la marquesa.

Despues madama de Marsilly añadió algunas observaciones respecto á su propia salud; entonces Cecilia se volvió hácia su madre, la miró y todo lo olvidó.

Efectivamente ya fuese resultado de sus crueles preocupaciones, ya que la enfermedad hubiese llegado á ese periodo en que los progresos son mas rápidos, la baronesa como hemos dicho, estaba horrorosamente mudada; ella notó el efecto que su vista producía en su hija, y se sonrió con tristeza.

Cecilia apoyó su cabeza sobre el hombro de su madre y se echó á llorar, murmurando en su corazon, pero sin fuerzas para decirlo con los labios.

—Oh! sí, sí, tranquilizaos, madre mia, seré esposa de Eduardo.

Este era un gran esfuerzo que se hacia la pobre niña; porque, debemos decirlo, la comparacion que, casi sin su anuencia, habia hecho su corazon entre el sobrino de madama de Lorges y el hijo de Mr. Duval, no era favorable á este último; ambos eran de una misma edad, es cierto;

ambos habian recibido una educacion distinguida; ambos, tambien, eran bellos; pero sin embargo, qué diferencia entre los dos! Eduardo á los veinte años era todavia un tímido y casi torpe escolar, mientras que Enrique era un jóven elegante y nacido para el gran mundo. Ambos habian recibido una educacion distinguida; solamente que Eduardo no habia conservado, si así puede decirse, mas que la parte material de su educacion; sabia lo que habia aprendido, esto era todo; pero su organizacion individual, su propio talento no habia añadido nada á esta ciencia adquirida; por el contrario, lo que Enrique sabia, [y á las pocas palabras habia sido fácil á Cecilia conocer que sabia mucho] podria decirse que lo habia sabido siempre, y que cada cosa, ecsaminada y corregida por su propio talento habia recibido un nuevo valor de la feliz organizacion que la ponia en ejercicio. Ambos eran bellos; pero Eduardo era bello con esa hermosura insignificante que se concilia perfectamente con la vulgaridad de la fisonomía: mientras que Enrique era bello con esa hermosura distinguida y fina que dá solo el nacimiento y que la educacion física desarrolla; para abreviar,

y decirlo en dos palabras, el uno tenia modales vulgares, el otro los de un cumplido caballero.

Pero el siguiente Domingo con especialidad, cuando Eduardo vino con sus padres, la diferencia fué sensible para Cecilia, tanto mas, cuanto que esta vez la marquesa, contra su costumbre, habia bajado, y que, ya fuese casualidad, ya cálculo, aprovechó el momento en que Mr. Duval hacia una escursion al lugar, y en que madama Duval y la baronesa se paseaban en el jardin para intentar la renovacion de la escena que habia tenido lugar con Enrique. Instintivamente, Cecilia habia ocultado siempre sus talentos á Eduardo; pero ahora, á invitacion de la marquesa, le fué forzoso sacar el album del púpitre, y esponer á la luz del dia las bellas flores que guardaba; pero Eduardo, aunque hizo á Cecilia los cumplimientos que merecia su elegante ejecucion, no comprendió, á pesar de los nombres inscritos debajo de cada página, el pensamiento que habia producido aquellas flores. Cecilia por su parte, comprendiendo que toda explicacion de este género seria inútil, no se empenó tampoco en hacer observar al jóven el oculto é íntimo sentido de que habia querido hablarle cuando e-

ra niño, y de que tanto se habia burlado. Todas aquellas flores que sucesivamente pasaron por la vista de Eduardo, no fueron por lo tanto mas que una série de imágenes mas ó menos bien iluminadas: no era así como las habia considerado Enrique.

La marquesa que no perdía de vista á los dos jóvenes, notó la impresion que producía en su nieta el prosaismo de Eduardo; aunque ella no comprendiese mucho todas las delicadezas poéticas que Cecilia sentía no encontrar en el jóven que le estaba destinado, conoció que el prosaismo le repugnaba, por lo que resolvió desenvolverlo hasta el extremo, y cuando el album fué cerrado, suplicó á Cecilia que se pusiera al piano.

Por primera vez, Cecilia resistió: nunca habia cantado en presencia de Eduardo, y aunque esto, en cada viage, hubiese visto el piano y sobre él multitud de cuadernos de música, jamás habia interrogado á la doncella sobre este particular. Sin embargo, cuando la proposición fué emitida por la marquesa la apoyó con mucha galantería, tanto que Cecilia no pudo hacer otra cosa que ceder á esta doble instancia.

Lo mismo aconteció con el cante que con la

pintura: Eduardo aplaudió y elogió como hombre que no habia comprendido. De suerte que sus fingidas alabanzas é intempestivos aplausos le perjudicaron mas en el concepto de Cecilia, que si hubiera guardado silencio.

Asi es que cuando la marquesa pidió à su nieta que tocase la sinfonia que habia ejecutado tres ó cuatro dias antes, ó á lo menos alguna cosa parecida, por esta vez, Cecilia se negó obstinadamente. Un instante apoyó Eduardo á la marquesa por política ; pero como no estaba mas que medianamente retentado de melomanía, no insistió de un modo indiscreto; además que, debemos decirlo, aunque hubiera insistido, Cecilia se habria mantenido en su negativa, pareciéndole que era una profanacion cantar delante de Eduardo lo que habia cantado á Enrique.

Por esto experimentó un verdadero sentimiento de gratitud hacia su madre, cuando entrando con madama Duval, dió fin con su presencia á las instancias con que, por primera vez y sin que pudiera ella adivinar el motivo, la importunaba su abuela.

El resto del dia se pasó, como de costumbre, si se esceptua que, por mas esfuerzo que hizo

Cecilia sobre sí, le fué imposible ocultar su preocupacion. Por lo demas, nadie lo advirtió, á escepcion de la baronesa y la marquesa.

La baronesa estaba muy fatigada y se retiró á su morada luego que los Duval partieron: Cecilia la acompañó en su habitacion, y observó que de cuando en cuando la miraba con inquietud. Por qué esa mirada inusitada? Mucho deseo tuvo Cecilia de preguntar á su madre la razon de ella; pero dos ó tres veces abiertos sus lábios para hacer esta pregunta, se cerraron sin haberla hecho.

La baronesa por su parte guardó silencio; únicamente al separarse de ella la estrechó entre sus brazos mas fuertemente que acostumbraba, y en el beso que imprimió sobre su frente, ahogó un profundo suspiro.

Cecilia salió triste y lentamente del cuarto de su madre para entrar en el suyo; pero en el comedor encontró á la señorita Aspasia, que de parte de su señora, le suplicó que pasase á su aposento.

La marquesa estaba leyendo acostada: en otro tiempo habia tenido esa presuntuosa costumbre, peculiar al siglo XVIII, de recibir en

la cama, y la habia conservado, aunque tenia sesenta años, y que ya no recibia á nadie. Por lo demás, todos estos recuerdos aristocráticos de otro tiempo eran tan naturales á la marquesa, que no la ponian de ningun modo en ridículo.

Desde que vió á Cecilia soltó sobre su almohadon el libro que leia, é hizo seña á su nieta para que se sentase junto á ella. La doncella obedeció.

—Me habeis llamado, buena mamá? preguntó Cecilia besando una mano todavia rolliza y en la cual habia dejado la ancianidad una parte de su belleza, gracias al singular esmero que cifraba en ello la marquesa; al pronto temí que estuviéseis indispuesta; pero vuestro aspecto de perfecta salud me tranquiliza.

—Pues bien, eso te engaña, mi querida niña, tengo unos flatos horribles. No puedo ver á esos Duval sin que á su simple vista no me dé la jaqueca, y con mucho mas motivo cuando los oigo.

—Sin embargo, Mr. Duval es un hombre apreciableísimo, querida y buena mamá, y á vos misma os lo he oido decir.

—Sí, es verdad, ha estado mucho tiempo al

servicio de madama de Lorges, y siempre he oído á la duquesa hacer el obsequio de su probidad.

—Madama Duval es una muger muy graciosa y distinguida.

—Oh! sí, esas inglesas! con su pálida tez, sus delgados cabellos, siempre han fingido pertenecer á cierta esfera; pero á pesar de esta apariencia, bien lo sabes, mi querida niña, madama Duval, como su marido, estaban al servicio de la duquesa.

—Como directora, mi buena mamá; es menester no confundir el profesorado con la domesticidad.

—Es verdad, lo confieso, no es precisamente lo mismo aunque sé le parece mucho. Pero si te hablo de Mr. y madama Duval, qué dirás de su hijo?

—De Eduardo? preguntó tímidamente la doncella.

—Sí, de Eduardo.

—Mi buena mamá, replicó Cecilia sumamente turbada, diré que Eduardo es un honrado y excelente jóven, laborioso, probo, que ha recibido la educacion...

—Conveniente á su esfera, hija mia, porque seria ridículo en sus padres querer educarlo de un modo superior á su clase, y pretender darle una educacion semejante á la que ha recibido el caballero de Sennones.

Cecilia se estremeció, bajó los ojos y un encendido rubor cruzó su rostro. Ninguna de estas demostraciones se escapó á la marquesa.

—Y bien, no me respondes? la dijo.

—Qué quereis que os responda, mi buena mamá? preguntó Cecilia.

—Pero me parece que podrias decirme lo que piensas de este jóven.

—Es acaso prudente, querida mamá, que las doncellas digan así su opinion sobre los jóvenes?

—No me has dicho lo que tienes con respecto á Eduardo?

—Oh! por lo que toca á Eduardo, eso es otra cosa, repuso la doncella.

—Sí, comprendo, respondió la marquesa, tú no amas á Eduardo, y...

—Querida madre mia! exclamó Cecilia como para implorar silencio de su abuela.

—Y amas á Enrique, continuó despiadadamente la marquesa.

—Oh! murmuró Cecilia ocultando su cabeza en la almohada de madama de la Roche-Bertaud.

—Y bien, dijo la marquesa, y bien, por qué esa vergüenza? De amar á Eduardo es de lo que deberias ruborizarte si lo amases, y no de amar á Enrique que es un mozo conveniente bajo todos aspectos, muy admirable caballero, á fé mia, y que se parece enteramente á ese desgraciado baron de Ambrée que se dejó asesinar en el sitio de Mahon.

La marquesa lanzó un suspiro.

—Pero, mi buena mamà, exclamó Cecilia, olvidais las intenciones de mi madre con respecto á Eduardo? olvidais?..

—Mi querida Cecilia, tu madre ha tenido siempre la cabeza algo frágil, las desgracias la han vuelto loca. Es preciso saber hacer frente á los sucesos y no ceder á ellos. Tu madre te ha dicho que casarias con Eduardo, y yo, niña mia, te digo que casarás con Enrique.

Cecilia levantó su rubia cabeza y miró á su abuela con las manos unidas y la mirada fija, al modo que hubiera mirado á una madona que le prometiera hacer un milagro que consideraba como imposible.

En este momento la campanilla de la baronesa resonó violentamente, y Cecilia se levantó asustada, salió con rapidez del cuarto de la marquesa, y se lanzó en el de su madre.

Encontró á madama de Marsilly desmayada: un violento vómito de sangre acababa de provocar este desfallecimiento.

Por segunda vez Cecilia olvidó á Enrique y á Eduardo; por segunda vez Cecilia lo olvidó todo para no pensar mas que en su madre.

Gracias á las sales que Cecilia le hizo respirar, y á las gotas de agua fresca que su doncella le roció sobre la cara, la baronesa volvió pronto en sí.

Su primer movimiento fué el ocultar á su hija aquel pañuelo lleno de sangre que habia soltado al sentirse mala. Pero era el primer objeto que habia herido la vista de Cecilia, y esta lo tenia ya en su mano.

—Pobre hija mia! exclamó la baronesa.

—Mi buena mamá, dijo Cecilia, no es nada, no es nada, ya veis que os hallais restablecida.

En este momento la señorita Aspasia llegó á preguntar de parte de la marquesa como se encontraba su hija.

—Mejor, mucho mejor, respondió la enferma, decid á mi madre que no ha sido mas que un espasmo momentáneo, y que no se inquiete por eso.

Cecilia estrechó la mano de su madre, besándola enagenada en lágrimas.

Como lo habia dicho efectivamente la baronesa, la crisis habia pasado; pero cada una de estas crisis la debilitaba asombrosamente; así por mas instancias que hizo á Cecilia, no quiso esta retirarse á su habitacion: la doncella le formó una cama de correas cerca de la de la baronesa, y pasó la noche á su lado.

Solo entonces pudo ver Cecilia lo que eran las noches de su madre, noches de agitacion, durante las cuales algunos cortos intervalos de sueño febril no podian reparar unas fuerzas agotadas por una tos continua.

A cada movimiento que hacia la baronesa Cecilia estaba junto á su lecho, porque una inquietud real y profunda se habia posesionado en la actualidad de su corazon. Así es que la baronesa procurando contenerse, aumentaba sus padecimientos.

Sin embargo, hacia la mañana, á fuerza de

estenuacion se durmió la enferma; todavia veló Cecilia un instante sobre este sueño, y al fin, la naturaleza triunfó de la voluntad, y se durmió tambien.

Entonces fué cuando Cecilia pudo comprender cuan independientes son los sueños de nuestro albedrio, porque apenas hubo cerrado los ojos olvidó todo cuanto acababa de suceder, y del cuarto de su madre se halló transportada á magníficos jardines cubiertos de flores y de aves; pero esta vez, por un extraño misterio, cuyo resultado aceptaba su imaginacion sin ecsigir su esplicacion, el perfume de las flores era un lenguaje, y el canto de las aves un idioma que comprendia perfectamente, no por instincion, como sucedia sobre la tierra, sino por una perfectibilidad mas escelente de organizacion, porque un vago sentimiento decia á Cecilia que estaba en el cielo: aves y flores alababan á Dios.

Despues de repente, sin que lo hubiera visto venir, sin que hubiera sentido acercarse, Cecilia estaba en los brazos de Enrique de Senones.

Unicamente no sentia ni su brazo ni su cuerpo, y además estaba muy pálido.

Enrique fijaba sobre ella miradas de una ternura infinita, y Cecilia reparó que podía verse en los ojos del que amaba como en un espejo; miróse en ellos, y reconoció con cierto terror que estaba tan pálida como él.

Puso la mano sobre su propio corazón: ya no latía; en seguida una voz murmuró á su oído que habian muerto los dos.

En efecto, creia Cecilia que ya no habia nada terrenal en ella. Su vista penetraba los objetos, veia del otro lado bosquecillos de árboles, las paredes parecian construidas de humo, todas las cosas eran diáfanas; se hubiera dicho que el jardin donde se paseaba no contenia sino espíritus inmateriales, que sin embargo habian conservado, fuera de la opacidad, su forma terrena.

Súbitamente le pareció que veia salir á su encuentro una muger velada, que tenia el paso de su madre. A medida que se acercaba esta muger, se fortalecia Cecilia en su opinion, aquella muger no andaba, se deslizaba; y en lugar de trage, estaba envuelta en una gran mortaja. Entonces Cecilia clavó de nuevo su vista sobre Enrique y sobre sí misma, y vió que todos tres vestian el ropage funerario. Su madre continua-

ba acercándose. En fin, Cecilia, por entre los pliegues del velo que la cubria, reconoció las facciones de su rostro.

—Oh! madre mia, exclamó intentando abrazar la sombra, creo que somos muy felices, porque hemos muerto los tres.

A estas palabras pronunciadas en su ensueño, un suspiro tan real y desgarrador se dejó oír, que Cecilia abrió los ojos.

La baronesa, á su vez, estaba de pié junto á su lecho, pálida como un espectro, vestida como una muerta, y casi transparente como una sombra.

La desdichada madre se habia despertado la primera, y velaba el sueño de su hija, como su hija habia velado el suyo, y viendo despues que alguna sombría pesadilla la atormentaba, se levantó con ánimo de despertarla; y entonces oyó la frase que hemos repetido, y que Cecilia dijo en alta voz.

Por un instante creyó Cecilia que proseguia su ensueño; pero un apretón de su madre la volvió en breve á la realidad.

—Con que eres desgraciada, pobre niña mia, preguntó la baronesa, puesto que considerabas

como una dicha el haber muerto conmigo?

—Oh! no, no, madre mia, exclamó Cecilia, y si vuestra salud estuviera restablecida, qué me faltaria para ser feliz? Creo que tenia un ensueño insensato, eso era todo. Perdonadme, perdonadme.

—Ay! hija mia, dijo la baronesa, acaso no soy yo quién debo pedirte perdon? Y sin embargo, Dios lo sabe, he hecho todo cuanto he podido para acostumbrarte á una vida humilde y sencilla. Por qué Dios ha puesto en tí las sensaciones de tu nacimiento, y no las de tu fortuna? Dime, hija mia, será, que sin saberlo, te he educado en las preocupaciones del linage, en el orgullo del rango?

—Oh! madre mia, madre mia, exclamó Cecilia, habeis procurado hacer de mí una santa como vos, y no es culpa vuestra si lo que habeis hecho ha sido una jóven orgullosa.

—Y tú le amas?... preguntó suspirando la baronesa.

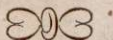
—Ay! madre mia, no sé; pero en mi ensueño, me parecia que era mas feliz muriendo con él que viviendo con otro.

—Pues cúmplase la voluntad de Dios, y no

la mia, exclamó la baronesa juntando las manos y levantando los ojos al cielo con un sentimiento de inesplicable resignacion.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

EL TRAGE DE BODA.



EL TRAGE DE BODA.

Por

ALEJANDRO DUMAS.

TRADUCCION DE D. S. C.

CONTINUACION AL ANTERIOR.



Señal.
Sádiz.

IMPRENTA DE FILOMENO F. DE ARJONA, EDITOR,
calle de la Torre, n.º 58½.

1849.

Es propiedad de la casa de Arjona.

1.

La agonía de una santa.

Y no nos equivocamos, la resignacion de la baronesa era misteriosa; todavia su preocupacion durante diez años habia sido la de aislar á Cecilia del mundo entero, á fin de conservar aquella tierna alma para ignorancia de aquella tierna pasion; su proyecto de unirla á Eduardo, proyecto que, en la conviccion de la baronesa, al mismo tiempo que sustraia à su hija á las vicisitudes de la política que en aquella época alcanzaban á los nombres y á las cabezas dema-

siado elevadas, le aseguraba una felicidad pacífica é ignorada, este proyecto, repito, desde el dia en que Mr. Duval le habia hecho su declaracion, estaba resuelto en su ánimo; ella habia previsto la oposicion de la marquesa, y estaba decidida anticipadamente á hacerle resistencia. Pero no habia pensado que el cumplimiento del referido proyecto podia ser un sacrificio doloroso para Cecilia: en efecto, hasta el momento en que la doncella vió á Enrique, no se habia oído en su corazon voz alguna contra Eduardo; al contrario, dichosa en obedecer al deseo de su madre, hemos dicho que dos ó tres veces para tranquilizarla, ella misma habia suscitado conversacion sobre este asunto; pero el acaso, ó mas bien la fatalidad, habia conducido á Enrique á Hendon. La marquesa opuesta al matrimonio desigual que su nieta estaba próxima á contraer, habia notado la mútua simpatia de los dos jóvenes. La conferencia que tuvo con su nieta ilustró á esta acerca de sus propios sentimientos, los cuales habian permanecido despiertos en medio de su sueño; y su madre, inclinada á su cabeza, sorprendió los secretos de su corazon en la indiscrecion de su ensueño.

Enrique por su parte habia sentido una viva impresion á la vista de Cecilia; grande fué su admiracion al encontrar en lo mas retirado de un miserable lugar, una doncella que, sin otros maestros que su madre, habia llegado á tal grado de distincion, que eclipsaba todo cuanto habia visto hasta entonces en el mundo. Asi aquella impresion era profunda, y durante su regreso no hizo otra cosa que hablar á su tia de Cecilia: madama de Lorges le contó entonces la dramática historia de la baronesa do Marsilly, como su esposo habia sido muerto el 10 de Agosto, y de qué modo la baronesa, su madre y Cecilia, conducidas por un aldeano y fugitivas en un carro, habian llegado, gracias al pasaporte de Mr. Duval, sanas y salvas à Inglaterra. Lo pintoresco de esta narracion, como es fácil inferir, no hizo mas que engrandecer la aureola de poesia que, à los ojos de Enrique, circuia ya á Cecilia; de tal suerte que, de vuelta en Lóndres, el jóven no tenia mas que un deseo, el de volver à Hendon; ni mas que una ocupacion, la de encontrar un pretesto plausible para una segunda visita.

Desgraciadamente no tardó en ofrecerse este pretesto; la emocion que habia sentido madama

de Marsilly al saber el naciente amor de su hija por otro que el esposo que le destinaba, habia ocasionado una nueva crisis; aquel mismo dia la baronesa, sufriendo horribilmente, se habia recogido en la cama, y la marquesa con la mayor naturalidad, sin decir palabra de las causas que la habian empeorado, escribió á madama de Lorges participándole el estado de su hija.

Tambien Cecilia escribió á Mr. Duval para que le enviase el médico, y no ocultó al banquero los temores que le inspiraba el acontecimiento de su madre.

De esto resultó que el siguiente dia, casi al mismo momento, se detuvieron dos carruages á la puerta de la quinta: el uno conducia á la duquesa de Lorges y á su sobrino, y el otro á madama Duval y su hijo.

Si Enrique y su tia hubieran venido solos, quizá Cecilia habria podido encerrarse en su cuarto, evitando asi ver á Enrique; pero la doble visita necesitaba su presencia; los dos jóvenes, no pudiendo entrar en la alcoba de la baronesa, que guardaba cama, fueron recibidos por la marquesa, que al punto mandó á decir á su nieta que viniera á acompañarla.

Cecilia que, al descubrir por entre las persianas el carruage de la duquesa de Lorges, se habia trazado su pequeño plan de retirada', se vió pues obligada á bajar, á pesar de la resolucion que habia tomado, resolucion que, forzoso es confesarlo, le era muy sensible sostener.

Encontró á los dos jóvenes en la habitacion de su abuela: Enrique y Eduardo se conocian; pero como podian conocerse el sobrino de madama de Lorges y el hijo de Mr. Duval, es decir, sin ninguna intimidad. Enrique tenia demasiado buen gusto para demostrar en nada la superioridad que le daban sobre Eduardo su nacimiento y su posicion en el mundo; pero Eduardo estaba educado por su familia en principios de muy grande sencillez, para pretender salvar en lo mas mínimo la distancia que le separaba de Enrique. En pocas palabras, delante de Enrique siempre era Eduardo, no el hijo del banquero Duval mas rico y sobre todo mas independiente en la actualidad que su antigua señora, sino el hijo del administrador de madama de Lorges.

Cecilia, como ya se comprende, no perdió ninguna de estas diferencias, que la marquesa

por otra parte, con su espíritu de minuciosidad y su voluntad de realzar mas á su protegido en el ánimo de la doncella, ayudó á poner en acción; despues, debemos decirlo, esta superioridad de Enrique sobre Eduardo no ecsistia solamente en la casualidad del nacimiento y en el privilegio de la educacion: ecsistia en todo, en el metal de la voz, en la elegancia de las maneras, en la facilidad del decir; Eduardo con el tiempo podia llegar á ser algo, Enrique ya era alguien.

Agréguese á esto que Eduardo, ya fuese por humildad ó ya por ignorancia, apenas abrió la boca; es verdad que se habló de muchas cosas que el pobre mozo no comprendia, es decir, de las córtes estrangeras. Enrique viajaba hacia tres años; su nombre y el de su tia, la lealtad de su familia á la desgracia, la benevolencia que le profesaba la augusta casa á que estaba adicta la suya, le habian abierto los palacios de los reyes de la tierra. Por consiguiente conocia, tanto como un jóven de su edad podia conocerlos, á todos los personajes distinguidos de Italia, Alemania é Inglaterra; mientras que el pobre Eduardo no conocia como personajes eminentes

mas que al banquero en cuya casa su padre, como hemos dicho, despues de haber sido cagero, habia obtenido el corto interés que tan perfectamente habia fructificado.

La marquesa, sin ser precisamente malvada, tenia sin embargo en el carácter ciertas cualidades implacables, que eran las relativas al mantenimiento de su posicion social. Por lo tanto, humilló al pobre Eduardo con tal desden, y esto por la carencia de toda atencion mas bien que por la acritud de las palabras que le dirigia, que destruyó todo el efecto que se proponia, inspirando á Cecilia una profunda compasion hácia su jóven amigo. De aquí resultó que disgustada Cecilia de esta preferencia demasiado visible, se levantó y salió so pretesto de ir á informarse en persona del estado de su madre.

La jóven se dirigió efectivamente al cuarto de la enferma; pero allí otro punto de comparacion la aguardaba. La duquesa de Lorges estaba sentada á la cabecera del lecho de la baronesa, y madama Duval al pié. Aquella habia tomado el primer sillón que halló á mano, y esta eligió una silla. Madama de Marsilly dirigia la palabra con igual afecto y urbanidad á la du-

quesa de Lorges que á madama Duval; pero esta no hablaba á la duquesa sino en tercera persona: era una antigua costumbre que no habia perdido, ó mas bien que no habia querido perder, en el sentir de su propia dignidad, que no le permitia envanecerse con su pequeña fortuna comercial.

Cecilia halló pues en la madre la misma inferioridad que habia notado en el hijo. Solamente [cosa terrible para Eduardo] en la madre era una simple inferioridad social, y en él una inferioridad de organizacion.

Asi esta visita dió en el ánimo de Cecilia el último golpe á Eduardo. Enrique, sin dirigir á Cecilia una sola palabra que pudiera hacer alusion á las sensaciones que experimentaba respecto á ella, le habia hablado ese lenguaje de los ojos en el que los juveniles corazones no se engañan, y muchas veces, en el embarazo y el rubor de Eduardo, Cecilia habia podido comprender que el jóven se formaba juicio perfectamente de la situacion en que se hallaba; asi, cuando al despedirse de madama Duval y de Eduardo, Cecilia, segun costumbre, acercó su rostro á la madre y alargó la mano al hijo, aquella corres-

pondió solamente á esta doble demostracion amistosa abrazando á la doncella. Eduardo se contentó con saludarla.

Durante esta doble visita habia llegado el médico; pero se limitó á prescribir algunos temperantes y la prosecucion del mismo régimen.

Cecilia tenia un vehemente deseo de pasar la noche en la alcoba de su madre; pero ruborizada todavia de lo que habia sucedido la noche precedente, cedió á las instancias de madama de Marsilly, y se retiró á la suya.

Sola ya consigo misma, reflexionó la doncella en los acontecimientos del dia, y el doble recuerdo de Eduardo y de Enrique se representó á su pensamiento; pero es fácil comprender que, en la posicion de los dos jóvenes, Eduardo cedió en breve el puesto y se borró poco á poco de su memoria, que luego quedó enteramente preocupada por su rival.

Sin embargo, fuerza es decirlo, tal vez en cualquiera otra circunstancia los progresos de Enrique en el candoroso é ingénuo corazon era presa de una preocupacion muy dolorosa: el retrato de madama de Marsilly que se escapaba á la insulsa frivolidad de la marquesa, se patenti-

zaba en toda su magnitud á la tierna investigacion de Cecilia. Ella conocia que su madre estaba atacada mortalmente, y allá en sí misma consideraba casi un crimen abrigar un solo pensamiento que fuese extraño á su madre.

Asi, todo cuanto el mas solícito amor filial puede inventar respecto á inteligentes y asíduos cónatos, prodigó Cecilia á su madre. En el momento de abandonar á los que amamos es cuando sentimos todo el valor de los instantes que nos quedan que pasar á su lado, y cuando se sienten amargamente las horas de indiferencia durante las cuales hemos estado léjos de su vista. Cecilia pasaba ahora su vida entera en el cuarto de la baronesa, no separándose de su cabecera sino á la hora de las comidas, y aun apenas estaba un instante en la mesa. En cuanto á la marquesa, iba de cuando en cuando á hacer una visita á su hija, pero la amaba tanto, decia, que no podia soportar mucho tiempo la vista de los estragos tan patentes que en ella hacia la enfermedad.

Casi todos dias venia Enrique á informarse de madama de Marsilly, ya acompañando á la duquesa de Lorges en su carruage, ya solo y á

caballo; en uno y otro caso, Cecilia salia rara vez á recibir al jóven; pero aunque se dijese asi misma que era una profanacion mezclar otro sentimiento al doloroso que le causaba la posicion de su madre, no podia abstenerse, á través de su cerrada celosía, de mirar á Enrique cuando llegaba y cuando partia.

Por lo que toca á Eduardo, ocupado en su bufete, no podia venir sino todos los Domingos.

Desde el dia en que se habia tratado de un proyecto de matrimonio entre los dos jóvenes, y en que madama de Marsilly, acogiendo los deseos de Mr. Duval, le habia dicho que abandonase la direccion de todo aquel negocio á su discrecion, ni una sola palabra relativa á él se habia trocado entre ambas familias: por lo tanto, la baronesa apenas podia reprimir una sensacion de embarazo real cuando recibia la visita de sus antiguos amigos, que participando tambien del mismo sentimiento de cortedad y sugestion, fué causa de que poco á poco Mr. Duval y Eduardo dejasen de hacer viajes á Hendon, y que madama Duval continuase viniendo sola.

Durante este tiempo la baronesa continuaba debilitándose; pasó el verano en las alternativas

del bien y del mal peculiares á las enfermas de pecho; pero cuando llegó el otoño, y con él las húmedas emanaciones de la tierra, empezó la dolencia de tal suerte, que no quedó duda alguna de la procsimidad del término tan temido.

Como hemos dicho, Cecilia no se separaba ya de la baronesa, y tal es el poder de un dolor profundo y real, que habia llegado á olvidarlo todo, para no pensar mas que en su madre. Enrique no interrumpia sus venidas. Al mismo tiempo que ella experimentaba una impresion de alegria cada vez que le veia, se figuraba que el afecto que profesaba al jóven habia mudado de naturaleza; en el extremo en que se hallaba, todo proyecto futuro estaba suspenso en su espíritu, y agoviada bajo el golpe del peligro presente, no tenia fuerza mas que para resistir á él. Por lo demás, madama de Marsilly, acostumbrada á leer en el corazon de su hija como en un libro abierto siempre á sus ojos, no perdia ninguna de las sensaciones que Cecilia experimentaba, y convencida para en adelante de que era mas perjudicial para su hija desposarse con un hombre á quien no amaba, que abandonar á la Providencia el cuidado de su porvenir, no le

hablaba ya de este matrimonio. Cecilia por su parte meditaba frecuentemente en lo que un día le dijera su madre; muchas veces sorprendia la mirada de la moribunda fija sobre ella con sobresalto; entonces le asaltaba un profundo deseo de arrojarle en los brazos de la baronesa, y repetirle lo que le habia dicho en otro tiempo, esto es, que seria muy feliz siendo esposa de Eduardo; pero como era tanto el poder de su respeto filial hácia las voluntades de su madre, y estaba decidida á seguirlas si se lo manifestaba, no se sentia con valor para anticiparse á ellas.

Entre tanto cada día arrebatava un resto de fuerza á la baronesa, cada noche producía una escitacion febril que la dejaba mas débil todavia; el sueño, ese gran reparador de la naturaleza, siendo para ella una série de terribles pesadillas, se le presentaba como una especie de vampiro que le chupaba la vida; en medio de todo esto conservaba un despejo admirable en sus facultades; y el mal enteramente físico que la arrebatava, parecia no sacar otro fruto con respecto á su entendimiento, que el de ecsaltar su imaginacion y poetizar su pensamiento.

De modo que al ver, si puede decirse así, a-

quel esceso de vitalidad que, en el momento de desamparar el cuerpo, abundaba en los ojos y en las palabras de su madre, Cecilia no podia llegar á creer que estuviera tan prócsima á abandonarlas. La baronesa por su parte dichosa con esta ignorancia de su hija, se guardaba mucho de decirle cuan cercano estaba el instante de la separacion. En cuanto á la marquesa, bien sospechaba lo enferma que se hallaba su hija; pero estaba mucho mas distante que Cecilia de apreciar el extremo de gravedad de la dolencia.

Madama de Marsilly habia tenido siempre muy sólidas ideas religiosas. Esas profundas convicciones de la justicia celestial y de las retribuciones que aguardan al alma en el otro mundo, eran las que, en medio de los infortunios que la habian abrumado, la sostenian pacífica y serena en este. Por lo tanto apenas comprendió el peligro de su posicion, se habia acercado á un sacerdote católico, irlandés de nacimiento, que habitaba el pueblo de Edgware, situado á dos millas escasas de Hendon. Este sacerdote, desde su enfermedad, venia á ver á la baronesa cada dos dias.

Una mañana, pocos minutos antes de la hora

en que el sacerdote acostumbraba llegar, madama de Marsilly tomó las manos de Cecilia que estaba sentada junto á su lecho, y atrayéndola hácia sí para abrazarla como lo ejecutaba veinte veces al dia:

Hija mia, la dijo, no te aflija lo que va á pasar; pero, tú lo estás viendo, yo me debilito de dia en dia; de un momento á otro puede Dios llamarme á sí, y debo prepararme á comparecer ante su trono purificada de todas nuestras manchas humanas. En su consecuencia, ayer he dicho al sacerdote que venga hoy en la santa compañía de nuestro Señor. Hoy, hija mia, comulgo; tú no te separarás de mí durante la piadosa ceremonia; no es verdad? estarás arrodillada á mi cabecera, rezarás al mismo tiempo que yo, á fin de que, si mi voz se interrumpiese, puedas tú continuar la oracion comenzada.

—Oh! madre mia, madre mia! exclamó Cecilia, oh! tranquilizaos. No os abandonaré ni una hora, ni un minuto, ni un instante, y Dios os conceda una larga ecsistencia, para que la pueda yo pasar toda entera con vos! Pero tan urgente era llamar á un sacerdote, no teniais tiempo de prepararos para esa funesta ceremonia?

La baronesa se sonrió, y atrayendo de nuevo á Cecilia contra su pecho:

—He obrado conforme al dictámen del médico, la dijo.

Cecilia se estremeció: esta última palabra le habria arrebatado toda esperanza, si hubiera podido quedarle todavia alguna.

En este momento resonó la campanilla del sacristan, y vino á despertar un doloroso eco hasta en lo mas íntimo del corazon de la doncella; despues se abrieron las puertas como por sí mismas, y entraron dos monacillos con un cirio encendido en la mano; detrás de ellos venia el sacerdote conduciendo la sagrada hostia; vióse aparecer en el corredor á la marquesa pálida y sostenida por su doncella, la antecámara se llenó de algunos pobres católicos, á quienes la baronesa, á pesar de sus necesidades, tenia costumbre de dar limosna personalmente, y enseguida á una señal de la campanilla la enferma juntando las manos se incorporó sobre su lecho, prosternándose todos los asistentes y empezó la ceremonia.

Es preciso haber asistido á semejante espectáculo, y oido murmurar las oraciones de los

moribundos á la cabecera de una persona amada, para comprender todo lo que se efectúa en el corazon de una hija que retiene el cuerpo de su madre sobre la tierra, cuando las alas de los ángeles elevan ya su alma hácia el cielo.

La baronesa escuchó las preces del ministro del altar con su calma y serenidad ordinarias, orando y respondiendo á las palabras sagradas; pero dos veces durante la coremonia se desmayó, pasando del carmin de la consuncion á una palidez tal, que en todas ellas se le hubiera creido muerta, si la agitacion de su pulso no demostrára que aun vivia, y que el ardor de la fiebre no habia secado todavia esa fuente de vida que Dios ha escondido en lo profundo de nuestro corazon.

En fin, la baronesa recibió el santo viático. El sacerdote se retiró con la misma formalidad que á su venida, seguido de los asistentes, estinguiéndose poco á poco el sonido de la campanilla que habia producido tan profunda impresion en el corazon de la doncella.

A partir desde este instante pareció la baronesa mas tranquila, y que se habia operado tambien una sensible mejora en su estado. Cecilia

con la vista fija incesantemente sobre su madre, se asió á este rayo de esperanza, y á ruegos de la baronesa, consintió ella en que velara en su lugar por esta noche la doncella inglesa; pero con la condicion de que si sobrevenia una crisis cualquiera, se la despertaria al punto. Tambien la marquesa hizo algunas instancias para permanecer al lado de su hija; pero ahora como siempre ésta suplicó á su madre que no se espusiera á una molestia que su edad no le permitia soportar.

La primera parte de la noche se pasó bastante tranquila; pero á la madrugada se sobresaltó Cecilia en lo profundo de su sueño: acababa de oir que la llamaban, saltó de la cama, se echó un peinador, y se lanzó á la alcoba de su madre.

La baronesa acababa de sufrir un nuevo vómito de sangre tan considerable en esta ocasion, que la doncella no se habia atrevido á dejar á la enferma para ir por su hija; además, madama de Marsilly se habia desmayado en sus brazos, y se habia visto precisada á pedir auxilio. Este grito de alarma era el que la jóven habia oido.

La primera espresion del semblante de la ba-

ronesa al volver en sí fué una sonrisa. Habia sido tan violenta la crisis que creyó morir sin volver á ver á su hija: y véase como Dios permitió que recuperase sus sentidos y que la volviese á ver.

Cecilia estaba arrodillada delante del lecho de su madre estrechando una de las manos de la moribunda, y rezando y llorando al mismo tiempo; así permaneció no obstante haber vuelto la baronesa de su desmayo, porque ésta, con los ojos que acababa de abrir elevados al cielo, y la otra mano apoyada sobre la cabeza de su hija, recomendaba mentalmente á esa bella é inocente criatura que le era forzoso abandonar.

Aunque la baronesa recibió alguna tranquilidad, fué imposible determinar á Cecilia á que se volviese á su cuarto; le parecia que si se separaba de su madre un solo momento, este seria el elegido por Dios para llamarla á sí. En efecto, era evidente que la baronesa no tenia ya mas que el aliento, y este, de un instante á otro, podia desampararla.

Amaneció el dia. A los primeros resplandores que la enferma vió deslizarse por entre las celosias, pidió que le abriesen la ventana; se hu-

biera dicho, que temiendo que aquel sol fuera el último, no quería perder ni un rayo de él.

Afortunadamente era uno de esos hermosos días de otoño que se parecen á ciertos días de primavera: un árbol elevaba sus ramas hasta la altura del techo, conservándose todavía cubierto de hojas verdes, hojas medio amarillentas, y hojas ya marchitas. A cada bocanada de aire se desprendían algunas de estas hojas, y descendían caracoleando. La baronesa las seguía melancólicamente con la vista, sonriendo cada vez que una iba á reunirse á la tierra, y pensando que muy pronto el soplo de la muerte recogería su alma, como el viento recogía aquellas pobres hojas. Viendo Cecilia los ojos de la baronesa fijos en aquel objeto, siguió esta dulce y melancólica mirada, y adivinó el pensamiento que bullía en la imaginación de su madre. Entonces quiso cerrar la ventana; pero la baronesa la contuvo.

—Déjame ver, dijo, la facilidad con que se desprende las hojas de ese árbol; abrigo la esperanza de que sucederá lo mismo con mi alma, pobre hija mía, y que se desprenderá de mi cuerpo sin hacerme sufrir demasiado.

—Con que os sentís peor, madre mía? pre-

guntó la angelical Cecilia con ansiedad.

—No, al contrario, me parece que estoy mejor; por primera vez, de mucho tiempo á esta parte, no siento ningun dolor; si la ausencia del dolor constituye la vida, creo que todavia puedo vivir.

—Oh, madre mia, que buenas palabras me decís! exclamó Cecilia, animándose al menor rayo de esperanza; quizá Dios apiadado de mis lágrimas se digne devolveros á mí.

Y Cecilia se dejó caer de rodillas con las manos unidas, orando con tal fervor, que su madre, al mismo tiempo que meneaba la cabeza, no pudo contener sus lágrimas.

—Por qué moveis la cabeza con ese aire de duda madre mia? Acaso no ha hecho Dios algunas veces milagros mas grandes que el que le pido? Y Dios lo sabe, madre mia, añadió Cecilia levantando ambas manos al cielo con una fé portentosa, jamás milagro alguno le ha sido pedido por un corazon mas serviente que el mio, ni cuando Magdalena lo imploró para su hermano Lázaro, ni cuando Jairo para su hija.

Y Cecilia se puso á rezar, mientras que la baronesa movia melancólicamente la cabeza.

Al medio día llegó la marquesa á saber de su hija. No obstante la ordinaria frivolidad de su mirada, vió todo el cambio profundo y fatal que se operaba en ella, y por primera vez únicamente comprendió lo que la piadosa ceremonia de la víspera ni aun habia podido hacerle comprender: esto es, que la muerte estaba allí.

En el transcurso del día tuvo la baronesa algunos de esos desmayos á que estaba sujeta; con la diferencia de que ahora casi no venian acompañados de dolor; cerraba los ojos, palidecia, y he aquí todo; en los dos primeros deliquios á que asistió la marquesa, dió desaforados gritos, diciendo que todo estaba acabado, y que su hija habia muerto; de suerte que Cecilia y la baronesa le suplicaron, para ahorrarse aquel doloroso espectáculo, que se mantuviera en su habitación. La marquesa se hizo rogar algunos instantes, y cedió.

Por lo que toca á Cecilia, esta alma apasible y tierna estaba en tan acorde armonia con la de su madre, que se confundian mutuamente, por decirlo así, como el perfume de dos flores semejantes que se acercasen una á otra, y se respiráran al mismo tiempo.

A la caída de la tarde se sintió la baronesa todavía mas débil; pidió que volvieran á abrir la ventana que habian cerrado durante el dia; esta ventana daba al poniente, por donde el sol estaba próximo á desaparecer.

Cecilia hizo un movimiento para obedecer á su madre; pero esta, apretándole la mano con una fuerza de que la desgraciada moribunda parecia incapaz:

—No te separes de mí, la dijo.

Cecilia miró á su madre; la fiebre habia cesado, la baronesa estaba pálida, su mano fria.

Llamó á su doncella y esta abrió la ventana.

La baronesa hizo un esfuerzo, y se volvió hácia el lado del sol poniente.

En este momento cantaba un ruiseñor en el jardin.

Era uno de esos cánticos de la noche, melodiosos, cadenciosos, y penetrantes, como de vez en cuando los dejan oír esos reyes de la armonía.

—Escucha, dijo la baronesa, atrayendo hácia sí á Cecilia.

Cecilia apoyó su frente contra el pecho de la baronesa y escuchó; oía el latido lento é irregular de su corazon.

Entonces sucedió lo que algunas veces acontece, esto es, que poco á poco dejó de escuchar el canto del pájaro para seguir aquel último síntoma de vida que palpitaba en el seno de su madre.

Le pareció que en ciertos momentos se reanimaban aquellas pulsaciones ; pero continuó siempre escuchando. Por su parte el ruiseñor habia levantado el vuelo é ido cien pasos mas distantes á proseguir su melodiosa cancion.

Pasados algunos minutos, el ave tomó un nuevo vuelo, de tal suerte, que las notas mas agudas de su canto solo llegaban á los oidos de la moribunda.

Despues el canto cesó enteramente.

Al mismo tiempo las pulsaciones cesaron tambien.

Cecilla se estremeció: una idea cruzó su mente; que el ruiseñor que acababa de enmudecer, era el alma de su madre que subia al cielo,

Levantó la cabeza; la baronesa estaba pálida é inmóvil, los lábios ligeramente separados, y los ojos entreabiertos. Cecilia se inclinó hácia ella; entonces la baronesa murmuró la palabra *adios* de un modo casi ininteligible. Cecilia sin-

tió pasar por su rostro un soplo tibio y cariñoso; los ojos de la enferma se cerraron, sus lábios se unieron, y su mano retembló suavemente, procurando estrechar la de su hija.

Aquel soplo que Cecilia habia sentido por su rostro era el alma de la baronesa que se elevaba á Dios; aquel leve estremecimiento era el pos-trer adios de la madre á la hija.

Todo estaba consumado... la baronesa acababa de espirar.

Cecilia no dió ni un grito, ni lanzó un solo suspiro; únicamente dos gruesas lágrimas surcaron sus mejillas...

En seguida, bajó al jardin, cogió un hermoso lirio lleno de lozania y de perfumes, volvió á subir, y colocó su largo tallo en las manos de su madre.

Visto así, el cuerpo de la baronesa parecia la efígie en cera de alguna bella santa del paraíso.

Entonces Cecilia se arrodilló junto al lecho, y envió á decir á la marquesa que viniese, mientras que ella oraba por el alma de su madre, á rezar tambien por el alma de su hija.

2.

La despedida.

No serémos prolijos en la fúnebre escena que no hemos hecho mas que indicar, ni en las dolorosas ceremonias que le siguieron. Apenas supieron la duquesa de Lorges y Mr. Duval la muerte de la baronesa, partió cada cual para Hendon; pero, por una delicadeza fácil de explicar, la duquesa no llevó á Enrique, ni Mr. Duval á Eduardo. Gracias á la amistad de la una y á la mediacion del otro, halló Cecilia por una parte los afectuosos consuelos de que nece-

sitaba, y por la otra el apoyo, tan indispensable en semejante circunstancia, de un hombre de negocios.

La baronesa fué enterrada en el cementerio del lugar. Hacía mucho tiempo que había elegido ella el puesto que debía ocupar, y lo había hecho bendecir por el sacerdote.

Vehemente fué el dolor de la marquesa: amaba á su hija cuanto era susceptible de amar; pero su carácter no era de los que el dolor impresiona profundamente: databa de aquella época en que la sensibilidad era todavía una excepción.

Antes de volverse á Lóndres hizo Mr. Duval todo género de ofrecimientos á Cecilia, pero sin decirle una palabra de los antiguos proyectos acordados entre él y la baronesa. Cecilia respondió con ese acento de gratitud incapaz de falsía, que si tenía algún favor que reclamar, no se dirigiría á otros mas que á él.

La marquesa y la duquesa habían tenido una larga conferencia, en la que aquella espuso á esta su intencion bien positiva de volver á Francia. La enérgica voluntad de la baronesa únicamente había tenido poder para impedir á su ma-

dre el cumplimiento de este proyecto que hacia mucho tiempo alimentaba. Ella no habia podido comprender jamás esa confiscacion de bienes, cuyas consecuencias supiera sin embargo, y creia que su procurador hallaria algun medio de anular las ventas nacionales que consideraba completamente ilícitas.

Dos dias despues del entierro de la baronesa llamó á Cecilia á su cuarto, y le anunció que se preparára á partir para Francia.

Esta nueva causó á Cecilia una profunda admiracion. Jamás se le habia ocurrido que llegaría un dia en que le fuera posible abandonar el pueblo que se le habia hecho una patria, la casita donde habia sido educada, aquel jardin en que habia pasado su juventud entre sus anémonas, sus lirios y sus rosas; aquel cuarto donde su madre, ángel de dulzura, de paciencia y de pureza, habia ecsalado el último suspiro, y en fin, el pequeño cementerio donde dormia el último sueño. Asi es que hizo repetir dos veces á la marquesa la invitacion de prepararse para la partida, y luego que estuvo perfectamente convencida de que no se engañaba, se retiró á su aposento para disponerse é la revolucion que iba

á operarse en su vida; porque en aquella vida tan serena, tan pura y pacífica, todo cambio era una revolucion.

Primero parecia á Cecilia que lo que sentia perder solamente era aquel pueblo, aquella quinta, aquel jardin, aquel cuarto y aquel cementerio; pero ahondando mas profundamente su pensamiento, halló que la imágen de Enrique estaba algo mezclada á todas las cosas que echaba menos.

Entonces principió á juzgarse muy desgraciada abandonando la Inglaterra.

Bajó inmediatamente al jardin.

Como ya dijimos, habian llegado esos últimos hermosos dias de otoño, postrer recuerdo del año que se va: cada flor que se inclinaba parecia que saludaba á Cecilia, cada hoja que caia parecia decirle *adios*. Las abrigadas de las apacibles mañanas de la primavera y de las calurosas noches del verano habian perdido todo su misterio. La vista penetraba á través de los bosquecillos, y traspasaba los emparrados. El ave no cantaba ya invisible y oculta en el follage, sino que se la veia saltando inquieta sobre la rama deshojada, como si buscára un albergue contralasnie-

ves del invierno. Por primera vez Cecilia sacó por consecuencia que era como el pájaro. El invierno iba à llegar tambien para ella, y al dejar la granja perdía su refugio maternal, su abrigo acostumbrado, sin que todavía supiera qué techo de bálago ó de pizarra le estaba reservado en el porvenir.

Y despues de su partida á qué manos iría à parar su bello jardin? Todos aquellos árboles, plantas y flores cuya vida estudiaba, cuyo lenguaje comprendia, cuyo primer pensamiento adivinaba, qué seria de ellos cuando ella ya no estuviese allí, como un centro vivo, para hacerlo ecsistir todo con su vida atrayéndolo todo á sí? Quizá aquel lindo jardin seria entregado á niños destructores y malvados que destrozarían por el placer de destruir, ó algun inquilino ignorante que no sabría ni aun el nombre de aquellas amigas cuya alma ella conocía. Sin duda encontraría en Francia otras flores, otras plantas y otros árboles; pero no serían los árboles que la habían visto crecer bajo su sombra, ni las plantas que había regado con sus propias manos, ni las flores que de generacion en generacion, si puede decirse así, habían recompensado su celo maternal

con sus mas suaves perfumes. Nó, serian estran-
geras, y la pobre Cecilia iba á ser semejante á
esas vírgenes que sacan del convento donde han
sido educadas, arrancándolas de los brazos de
sus queridas compañeras, para arrojarlas á un
mundo donde no conocen á nadie, siendo ellas
tambien desconocidas.

En aquel pequeño jardin habia todo un mun-
do de pensamiento para Cecilia; sin embargo lo
dejó; pero fué para subir al cuarto de su madre.

En él habia un mundo entero de recuerdos.

El cuarto habia sido conservado talcomo es-
taba en vida de la baronesa. Cada cosa ocupaba
su lugar; Cecilia que creyera pasar su vida en
Hendon, quiso hacerse ilusion á sí misma; y en
efecto, una vez encerrada en aquel cuarto don-
de la vida habia impreso todas sus memorias, y
donde la muerte no habia dejado huella alguna,
Cecilia podia imaginar que su madre habia sali-
do por un instante, y que debia volver de un
momento á otro.

Así desde el fallecimiento de su madre, Ce-
cilia habia venido mas de una vez á encerrarse
en este cuarto: el verdadero consuelo del dolor
ha sido dado por el Señor al hombre que ha

criado para el dolor: este consuelo son las lágrimas; pero sea cual fuere el dolor humano, hay sin embargo ciertos instantes en que las lágrimas se agotan como ciegos manantiales; entonces el pecho se oprime, el corazón se entumece, pídense lágrimas y las lágrimas consumidas no quieren venir; pero en el momento en que un recuerdo olvidado se representa á la imaginación; que un sonido, que trae á la memoria el acento habitual de la persona perdida, murmura á nuestro oído; que un objeto de su uso hiere nuestra vista; al punto la avidez del corazón desaparece, inmediatamente brotan las lágrimas con mas abundancia que antes, al instante los sollozos que nos ahogaban se lanzan, y el dolor, por su exceso, acude en auxilio de sí mismo.

Pues este recurso de lágrimas lo encontraba Cecilia á cada paso en la habitación de su madre.

En primer lugar, al entrar, y en frente de la puerta, el lecho donde habia espirado; á los pies de este, el crucifijo que habia besado al recibir los últimos sacramentos; entre las dos ventanas, en un vaso de porcelana el lirio que tenia en sus manos cuando estaba muerta, y que á su vez pálido y lánguido moria como ella; sobre la chime-

nea la bolsita de malla que contenia algunas monedas, una de ellas de oro; en las copas de los lados una ó dos sortijas; entre las copas, el péndulo que habia continuado marcando la hora hasta el momento en que, olvidado tambien en medio de la afliccion general, se habia parado como un corazon que cesa de latir; y despues finalmente en la cómoda y escaparates, la ropa blanca y los trages de la baronesa; todo estaba allí.

Y, como hemos dicho, cada una de estas cosas era un recuerdo para Cecilia; cada objeto le recordaba á su madre en una situacion particular, ó en una actitud habitual. En este cuarto en fin, era donde venia en busca de lágrimas cuando las habia agotado.

Y ved ahí que le era forzoso dejar este cuarto como dejaba su jardin, este cuarto donde su madre sobrevivía, por la memoria que cada objeto parecia haber guardado de ella. Abandonándolo, se separaba por segunda vez de su madre, Despues de la muerte del cuerpo, era la memoria en cierto modo la que moria tambien.

Sin embargo, no habia que resistir á una orden de la marquesa, porque habiendo heredado

la autoridad maternal de la baronesa, á ella pertenecía ahora encaminar la vida de Cecilia hácia el encubierto objeto que el porvenir le señalaba.

Cecilia fué á buscar su album.

Seguidamente, como si desconfiando de sí misma hubiese querido materializar su dolor, hizo un dibujo del lecho, de la chimenea, y de los muebles mas importantes de la cámara mortuoria.

Despues formó otro dibujo del cuarto mismo.

Entonces, como avanzase el dia, llamó á la doncella de su madre, y pidió licencia á la marquesa para ir á despedirse de la tumba de aquella que le habia dado el ser.

Era, segun dijimos, uno de esos cementerios protestantes sin cruz y sin tumbas, un campo comun, un asilo general, un cercado donde el polvo se tornaba en polvo sin que una sola inscripcion indicase ní la individualidad del muerto ni la piedad de los vivos. El culto protestante es de esta suerte: culto razonado, sistema algebráico que ha intentado hacer esperiencia de todo, y cuyo primer resultado ha sido matar la base de toda religion poética, la fé.

Solo el sepulcro de la madre de Cecilia se

distinguía de todos los otros, que no eran mas que montecillos mas ó menos cubiertos de césped, por una pequeña cruz negra, donde, en letras blancas, se leía el nombre de la baronesa.

Pero esta tumba y esta cruz estaban en un ángulo del cementerio debajo de hermosos árboles siempre verdes, y presentaban un pintoresco aspecto que no tenia ninguna otra parte de aquel triste campo de luto.

Cecilia vino á arrodillarse ante esta tierra recientemente removida, y la besó tristemente. Ya, como segun pensaba, era demasiado pobre para erigir un monumento á su madre, habia trasportado las mas bellas rosas y los lirios mas hermosos de su jardin sobre esta tumba: en la primavera prócsima debia venir à respirar el alma de su madre en el perfume de sus flores. Tambien tenia que renunciar á este consuelo. Jardin, cuarto, tumba, á todo le era preciso dar el último adios.

Cecilia sacó un dibujo de la tumba de su madre.

Despues, á medida que hacia este diseño, sin que supiera cómo ni porqué, aquel fantasma de Enrique, que durante los dias que acababan

de transcurrir siempre habia residido vagamente en lo profundo de su memoria, se hacia mas distinto, mas visible, mas presente, por decirlo así. Le parecia que desterrado por un instante de su vista á causa de los sucesos que acababan de turbarla, volvía á ella mas íntimo, mas necesario que antes; su pensamiento era como un lago turbado por una tempestad, que conserva por algun tiempo su agitacion; pero á proporcion que la borrasca calma recobra su pureza, y refleja nuevamente los objetos que anteriormente reflejaba.

Y á proporcion que adelantaba su dibujo, se figuraba Cecilia que no solamente vivia Enrique en su memoria, sino tambien que estaba allí materialmente y en persona.

En este momento oyó un leve ruido detrás de sí; se volvió y vió á Enrique.

Tan presente lo tenia en su imaginacion, que no se maravilló de verle.

No os ha sucedido á vosotros, á mí, á todo el mundo, sentir por un instinto magnético, ver con los ojos del alma, por decirlo así, á una persona amada acercarse á nosotros, y sin haber vuelto la vista hácia aquella parte, adivinar que

debe estar allí, y alargarle la mano?

Enrique que no pudo venir tres dias antes con su tia habia venido solo, no para presentarse en casa de la marquesa, no era esta su intencion; sino para visitar aquel pequeño rincon de tierra que conocia bien que Cecilia habria debido visitar tantas veces.

La casualidad hizo que encontrára allí á Cecilia.

Por qué no se habia ocurrido tambien á Eduardo la idea de esta piadosa peregrinacion?

Cecilia que ordinariamente apenas osaba mirar á Enrique, le alargó la mano como á un hermano.

El la tomó, y estrechándola, dijo á la jóven:

—Oh! he llorado mucho por vos, ya que no me ha sido posible llorar con vos.

—Enrique, dijo Cecilia, mucho me alegro de veros.

Enrique se inclinó.

—Sí, continuó Cecilia, porque he pensado en vos, y tengo un gran favor que pedir.

—Oh! Dios mio! en qué puedo seros útil, señorita? exclamó Enrique. Disponed de mí, os lo suplico.

—Enrique, partímos: dejamos la Inglaterra, quizá por mucho tiempo, quizá para siempre.

La voz de Cecilia se debilitó, y abundantes lágrimas surcaron sus mejillas; pero hizo un esfuerzo sobre sí misma y prosiguió:

—Enrique, os recomiendo la tumba de mi madre.

—Señorita, dijo Enrique, Dios me es testigo de que este sepulcro es tan caro para mí como para vos misma; pero yo tambien dejo la Inglaterra, quizá por mucho tiempo, quizá para siempre.

—Vos tambien?

—Sí, señorita.

—Pero dónde vais?

—Voy... voy à Francia, respondió Enrique sonrojándose.

—A Francia! murmuró Cecilia mirando al jóven.

Y despues como sintiese que tambien se sonrojaba, dejó caer la cabeza sobre su mano repitiendo en voz baja:

—A Francia!

Esta palabra acababa de mudar todo el destino de Cecilia; esta palabra acababa de ilumi-

nar todo su porvenir.

Enrique iba á Francia! Desde entonces comprendia la posibilidad de vivir en Francia, que hasta allí no habia alcanzado.

Pensó que la Francia era su tierra natal, en tanto que la Inglaterra no era mas que su patria adoptiva.

Reflecsionó que solamente en Francia se hablaba aquella lengua maternal que era su propia lengua, la lengua de su madre, la lengua de Enrique.

Discurrió que su mansion, por mas deliciosa que fuese en el extranjero, no era con todo otra cosa que un destierro. Se acordó que su madre le habia dicho antes de morir: «Hubiera anhelado sin embargo morir en Francia.»

Estraordinario poder de una palabra que descorre el velo que nos ocultaba todo un horizonte!

Cecilia no preguntó nada mas á Enrique, y como su doncella le hiciese presente que era tarde y que se acercaba la noche, saludó al jóven y se alejó.

En el momento de abandonar el cementerio lanzó una mirada atrás, y vió á Enrique sentado en el mismo lugar que ella habia ocupado.

A la puerta esperaba un criado montado en un caballo, que tenia á otro de las riendas.

Enrique, como lo habia dicho, habia venido pues espresamente para hacer esta visita á la tumba de la baronesa, é iba á volverse despues de haberla hecho.



3.

La partida.

CECILIA al entrar encontró á Mr. Duval en casa de la marquesa, y aunque el banquero y su abuela no hablasen absolutamente de negocios delante de ella, fué visible para nuestra jóven que aquel habia venido á traer dinero á madama de la Roche-Bertaud.

En la ocasion de dejar la quinta puso Mr. Duval su casa á disposicion de la marquesa à su tránsito por Lóndres; pero esta le dió las gracias diciendo que si se apeaba en casa de alguien se-

ria en la de la duquesa de Lorges que se la habia ofrecido ya; pero que como no contaba con pasar mas que uno ó dos dias en Lóndres, segun toda probabilidad, seria en la posada donde se detendria con su nieta.

Cecilia notó que al despedirse Mr. Duval de su abuela y de ella estaba muy triste; pero que esta tristeza parecia mas bien de una simpática compasion, que de inquietud personal.

La marquesa habia señalado la partida para de allí á dos dias; por lo tanto, instó á Cecilia á que eligiese entre las cosas que le eran mas necesarias ó preciosas porque Mr. Duval tenia el encargo de vender todo cuanto quedára.

A esta palabra de venta, una impresion dolorosa oprimió el corazon de Cecilia; parecióle que era una horrible profanacion dejar vender cosas que habian pertenecido á su madre. Hizo estas reflexiones á su abuela, y ésta le respondió, que era imposible llevar á Francia su pequeño ajuar por mas mezquino que fuese, atendido á que su transporte escederia del doble de su valor.

Era esta una contestacion tan materialmente justa, que no podia ser atacada sino con razones

del corazon; y, como es sabido, son estas muy santas, pero muy malas razones. Cecilia se vió pues obligada à ceder; pero se limitó á los objetos del uso personal de su madre, como por ejemplo, la ropa blanca y los trages, esponiendo que el todo podia guardarse en dos maletas, y que ella en su dolor, hallaria una delicia infinita llevando los objetos que habian sido propiedad de su madre.

La marquesa le respondió que hiciera sobre este punto lo que mas le agradare; pero que únicamente le advertia, que en las grandes familias de otros tiempos era costumbre el quemar todos los vestidos que habian pertenecido á personas muertas de tisis, en atencion á que reputándose esta enfermedad como contagiosa, esponian los dichos vestidos á la persona que los llevaba á contraer el mismo mal, y á morir de igual muerte.

Cecilia se sonrió tristemente, dió gracias á su abuela por el permiso que le concedía, y salió.

Ya habia andado algunos pasos en el corredor, cuando la marquesa la volvió á llamar.

Era para decirle que cuidase mucho de que ningun objeto que hubiese servido á la baronesa

se introdujera entre sus propios efectos.

A los sesenta años la marquesa temia mas la muerte, que su nieta á los diez y seis.

Cecilia hizo que le trageran á la habitacion de su madre las cajas que necesitaba, encerrándose despues religiosamente sin permitir siquiera que su doncella la ayudase en el piadoso deber que iba á cumplir.

Agradable y triste á un mismo tiempo fué para Cecilia esta noche que pasó toda entera en el cuarto y con los recuerdos de su madre.

Poco habituada á velar, sintió á las dos de la madrugada, que apesar suyo el sueño la aco-saba; echóse enteramente vestida sobre el lecho; pero primero se arrodilló ante el crucifijo, y como los objetos de que estaba rodeada habian llevado su amor filial al mas alto grado de ecsaltacion, rogó á Dios, que si era verdad, segun lo habia oido contar varias veces, que los muertos visitasen de nuevo á los vivos, permitiese á su madre que viniera á darle un último adios al mismo cuarto donde tantas veces le habia estrechado ella contra su corazon.

Y Cecilia se durmió con los brazos estendidos; pero Dios no permitió que para ella rela-

jasen su rigór las leyes de la muerte, y si volvió á ver á su madre, solo fué en sueños.

El dia siguiente se invirtió todo en proseguir la tarea de la partida: de la habitacion de su madre pasó Cecilia á la suya: entonces llegó la vez á todos sus recuerdos de la infancia, entre los cuales ocupaban sus albums un lugar tan preferente. Por la noche todo estaba listo.

El prócsimo dia era cuando Cecilia y su abuela dejaban la hospitalaria casita que habian habitado doce años. Luego que amaneció se levantó Cecilia para bajar por última vez á su jardín; caian torrentes de lluvia.

Cecilia se asomó á la ventana; el jardin estaba triste y asolado, volaban las últimas hojas de los árboles, las flores postreras bañaban sus encorvadas cabezas en el agua cenagosa de los arriates. Cecilia se echó á llorar; pareciale que si se hubiera separado de sus amigas en un bello dia de primavera, las hubiera sentido menos al ver que les quedaba todo el porvenir del verano, mientras que abandonándolas ahora las dejaba en la agonía é inclinadas hácia esa tumba de la naturaleza que se llama invierno.

Todo el dia se llevó Cecilia aguardando una

clara para ir al cementerio; pero todo él continuó derramando el cielo torrentes de lluvia, por lo que le fué imposible salir.

A eso de las tres llegaron el carruaje y el cochero de madama de Lorges; cargáronse los cofres; habia llegado el último momento.

La marquesa estaba impaciente por partir; en el espacio de doce años que habia pasado en aquella deliciosa quinta, no se habia creado, ni con las personas ni con las cosas; un solo recuerdo que echar de menos.

Cecilia estaba como loca; tocaba las muebles, los abrazaba, llorada; una parte de su alma iba á quedarse en Hendon.

En el momento de subir al coche estuvo á punto de desmayarse; casi fué necesario llevarla.

Quiso encargarse de la llave de la casita, que al pasar por Lóndres, debia entregarse á Mr. Duval, y la colocó sobre su corazon.

Suplicó al cochero que diese un rodeo y se detuviera delante de la puerta del cementerio. Como hemos dicho, llovía tan furiosamente, que le fué de absoluta imposibilidad el bajar; pero deslizando sus miradas por entre los barrotes de la puerta, pudo ver no obstante la tumba, la pe-

queña cruz y los elevados árboles que la resguardaban.

Pero la marquesa le rogó que no la detuviera mucho tiempo en semejante lugar, en atencion á que la procsimidad de los cementerios le causaba una de las mas desagradables impresiones.

Cecilia exclamó por última vez:

—Adios, madre mia! adios, madre mia!

Y se lanzó en el fondo del carruage.

En seguida se cubrió la cabeza con su velo negro, y no abrió los ojos hasta que el coche paró.

Estaban á la puerta de la posada del *Roi George*.

Otro carruage estaba listo y enganchado en el patio. Madama de Lorges esperaba á la marquesa en el aposento que le estaba preparado en la posada. Su sobrino Enrique, á quien habia enviado á Douvres para informarse de los buques que salian para Francia, le noticiaba que un barco estaba en franquía, y debia darse á la vela la mañana siguiente.

Si se queria aprovechar este barco, era necesario no descansar mas que algunos instantes y partir.

Cecilia solicitó ir á casa de madama Duval; pero esta vivia en la Cité, y nada mas que para ida y vuelta era menester mas de una hora. Por consiguiente la marquesa se opuso á esta visita. invitando á su nieta á que le escribiese únicamente. La infortunada niña conocia que no era por medio de una carta como debia despedirse de los antiguos y buenos amigos de su madre; pero qué podia contra la voluntad de la marquesa? Le fué preciso obedecer.

Cecilia escribió.

Cuantas tiernas excusas y profundos sentimientos pueden caber en un billete, otras tantas encerraba la carta de Cecilia. En ella habia *adioses* para todos, para Mr. Duval y para su esposa y hasta para Eduardo. Enviaba al primero la llave de la casita, diciéndole, que si fuera rica, á pesar de alejarse de ella y de abandonar para siempre la Inglaterra, conservaria aquella pequeña mansion como el santuario de su juventud; pero era pobre, y le renovaba, en nombre de la marquesa, la petition de vender los muebles que contenia, remitiendo el importe á su abuela.

Entregóse esta carta y la llave de la casa á la

duquesa de Lorges, que se encargó de remitirlas al siguiente día á su antiguo administrador. Antes de separarse de su amiga hizo madama de Lorges á la marquesa todos esos ofrecimientos de metálico que, entre las personas de distincion, no son considerados, aunque se acepten, como favores hechos; pero gracias á la venta del resto de sus diamantes, tenia la marquesa, á lo menos asi lo creia ella, mas de lo que necesitaba para aguardar la restitution de sus bienes.

En fin, llegó el momento de subir al carruaje. Cecilia lo hubiera dado todo por poder abrazar á Mr. y á madama Duval y estrechar la mano de Eduardo. Sentia en lo íntimo de su corazon que era casi una ingratitud el obrar de este modo; pero, como hamos dicho, no era árbitra de seguir las inspiraciones de su corazon. Arrodillóse, pidió perdon á su *madre*, y cuando llegaron á prevenirla que el coche aguardaba, se contentó con responder que estaba pronta.

Cosa muy triste fué tambien para Cecilia esta salida de Lóndres en una noche lluviosa, sin mas adios que el de la duquesa á quien apenas conocia.

Atravesaron á Lóndres, que Cecilia jamás

habia visto, sin que la doncella asomara siquiera la cabeza á la portezuela; mas adelante conoció en la mayor pureza del aire y en la diferencia de terreno, que entraban en el campo.

Como el coche iba en posta y no paraba sino para mudar de caballos, se anduvo rápidamente el camino, y á las cinco de la mañana habian llegado á Douvres.

Detúvose el carruage en el patio de una posada; el resplandor de dos ó tres hachas vino á herir los cerrados párpados de Cecilia; abrió los ojos atolondrada todavia del movimiento del coche, y dominada aun por la somnolencia que le es consiguiente, y su primera mirada encontró á Enrique.

Enrique que esperaba su llegada.

Cecilia sintió un rubor tan violento que se echó el velo sobre su rostro.

Enrique dió la mano á la marquesa para ayudarla á bajar del coche, y en seguida á ella: era la segunda vez que la mano de Cecilia se encontraba con la de Enrique, y el jóven la sintió tan trémula en la suya que ni aun osó apretarla.

Las habitaciones estaban preparadas en la posada aguardando la llegada de las viageras;

conociase que una previsora inteligencia lo habia arreglado todo anticipadamente. No saliendo el barco hasta las diez de la mañana, las dos viageras tenian á lo menos algunas horas para descansar.

Además que Enrique les suplicó que no se cuidáran de otra cosa mas que de estar preparadas para la hora anunciada, porque su ayuda de cámara debia ocuparse del embarco de todos los efectos; cosa tanto mas fácil cuanto que estando todo cargado en el carruage, no habia mas que agregarle las maletas y trasportarlas al buque.

En seguida saludo á la marquesa y á Cecilia, y se retiró preguntándoles si tenian algunas órdenes que darle.

Cecilia se encerró en su cuarto, y como quiera que fuese su cansancio, en vano intentó dormir; esa inesperada aparicion de Enrique habia suscitado harta perturbacion en su pobre ánimo para que el sueño pudiera acercarse á ella.

Ahora le quedaba una última duda, porque no se habia atrevido á dirigir sobre este punto ninguna pregunta á Enrique. El le habia dicho que iba tambien á Francia; partía en la misma embarcacion que ella?

Esta duda, como se deja comprender, era suficiente para impedir á Cecilia que durmiese.

Pero este insomnio no careció de deleites; por primera vez, desde la muerte de su madre, sentia Cecilia que alguien velaba por ella.

Esos criados que aguardaban su llegada, esas habitaciones preparadas para recibirlas, sus efectos que eran transportados en aquella hora al bajel sin que ellas tuvieran que molestarse; todo esto era la obra de alguna persona amiga que la protegía con su celo y oficiosidad.

Esta cierta cosa que velaba por ella, esta persona amiga que prevenía sus deseos, era el amor de Enrique.

Luego Enrique la amaba real, sincera y profundamente?

Cuán grato es sentirse amado!

Y esta idea que arrullaba á Cecilia era tan plácida, que la doncella luchaba contra el sueño, temiendo que la arrebatára la sensacion de este patrocinio que la hacia tan feliz.

Vió amanecer el dia, contó las horas; se levantó sin que tuvieran necesidad de despertarla, y levantada estaba cuando llamaron á su puerta.

Pasó á la habitacion de su abuela, y la halló tomando, segun costumbre, su chocolate en la cama; mucho deseaba preguntarle si Enrique partia al mismo tiempo que ellas; abrió dos ó tres veces la boca para comenzar la frase interrogativa; pero en todas ellas se cerraron sus labios sin haber podido pronunciar una palabra.

Entretanto se acercaba la hora: Cecilia se volvió á su cuarto para dejar á la marquesa en libertad de poderse vestir. La marquesa habia conservado sus antiguas costumbres; todas las mañanas se daba su colorete, y solo la señorita Aspasia asistia á su tocador, que no mereceria tal nombre, segun su dictàmen, sin este complemento aristocrático.

La ventana del cuarto de Cecilia daba á la calle, en cuyo extremo se divisaba el puerto, y por encima de las casas las puntas de las banderolas que ondeaban al viento. Cecilia se asomó á la ventana.

Multitud de carruages iban y venian por la calle; pero entre todos ellos, divisó Cecilia uno que venia del puerto, lo siguió con la vista. El carruage se detuvo delante de la puerta; su corazon latió; abrióse la portezuela y Enrique se

lanzó por ella; su corazon palpitó aun con mayor violencia. Retiróse prontamente de la ventana: pero no con tanta rapidez que dejara Enrique de verla al levantar la cabeza.

Cecilia permaneció de pie avergonzada y confusa en el mismo sitio en que estaba, apoyando una de sus manos contra su corazon, cuyos impulsos procuraba comprimir, y agarrada la otra á la falleba de la ventana.

Oyó los pasos de Enrique que entraba en el salon que separaba su cuarto del de la marquesa; pero allí los pasos se detuvieron. Enrique no se atrevia á entrar en el cuarto de Cecilia, y Cecilia no se atrevia á pasar al salon.

Esto duró asi diez minutos, al cabo de los cuales, Enrique llamó. Una criada subió.

—Señorita, dijo Enrique, hacedme el favor de decir á esas señoras que tengan la bondad de apresurarse; dentro de media hora da á la vela el barco.

—Aquí estoy, caballero, dijo Cecilia saliendo, sin pensar que su respuesta indicaba que habia oido la invitacion, aquí estoy, y voy á prevenir á mi abuela que estais esperando.

Y saludando á Enrique atravesó rápidamente

te el salon y entró en el cuarto de la marquesa.

La marquesa estaba casi lista; así es que cinco ó seis minutos despues salió seguida de su nieta. Enrique ofreció á aquella su brazo, bajando Cecilia detras de ellos acompañada de la señorita Aspasia, de quien la marquesa no habia querido separarse.

Una sola y misma idea atormentaba constantemente la imaginacion de Cecilia. Enrique las acompañaba solamente hasta el bajel, ó partía con ellas?

Durante todo el camino, no se atrevió á dirigir ninguna pregunta á Enrique, y este no pronunció ni una palabra relativa á este particular; únicamente su vista encontróse muchas veces con la de la doncella; ambos evidentemente se interrogaban con las miradas.

Enrique vestía un elegante traje, que lo mismo podia ser un traje de campo que de viaje; por consiguiente era imposible conjeturar nada.

Llegaron al puerto; apeáronse del carruage; una lancha estaba preparada: las tres mugeres entraron en ella, imitólas Enrique, y los remeros se dirigieron á la embarcacion.

Enrique dió la mano á la marquesa para subir á bordo, y en seguida á Cecilia. Esta vez, por mas trémula que estuviese la mano de la jóven, no pudo abstenerse aquel de apretarla suavemente. Una nube pasó por la vista de Cecilia; creyó que iba á desmayarse. Era la primer vez que de otro modo que por sus miradas la decia Enrique que la amaba.

Pero esta presion de mano seria acaso un á Dios?

Al poner el pié sobre cubierta se bamboleaba Cecilia de tal modo, que tuvo que apoyarse contra una pirámide de cofres, maletas y cajas amontonadas al pie del palo de mesana, y que los marineros, por temor al mal tiempo, iban á cubrir con un hule. Pero por mas rápida y sobre todo por mas vaga que fuese la mirada de Cecilia, descubrió sin embargo un nombre sobre el cual se fijó en el mismo instante.

Este nombre estaba inscrito en una maleta; era unas señas. Estas señas decian á Cecilia todo cuanto deseaba saber, porque estaban concebidas en estos términos:

Mr. el vizconde Enrique de Sennones, oficina de descuentos. Paris. Francia.

Cecilia respiró levantando los ojos al cielo, encontrándose al mismo tiempo con los del jóven.

Parece que todo cuanto pasaba en el corazon de la doncella estaba escrito visiblemente sobre su rostro, porque Enrique la miró con aire de reconvencion; y despues de un instante de silencio:

—Oh! Cecilia! dijo meneando la cabeza, cómo habeis creído un solo momento que podria separarme de vos?



4.

El viaje.

POR una de esas variaciones atmosféricas tan frecuentes en las costas, el tiempo había cambiado completamente, y de lluvioso que era la víspera, se tornó de una serenidad rara en aquella estación. Esto permitía á los pasajeros permanecer sobre cubierta, circunstancia de que Enrique dió gracias al cielo con lo íntimo de su corazón, porque le proporcionaba el estar cerca de Cecilia, de quien le hubiera sido forzoso separarse si algún temporal hubiera precisado á las

viageras á encerrarse en la cámara de las mujeres.

Todo lo que Cecilia veía era nuevo é interesante para ella. Acordábase como un sueño de haber bajado siendo muy niña por toda la estension de una ribera, conducida en los brazos de su madre; de haber atravesado un grande espacio de agua, que se habia grabado en su pensamiento, semejante á un inmenso espejo, y en fin, de haber visto un puerto con embarcaciones, que se balanceaban como árboles que dobla el viento; pero tenia tres años y medio cuando todos estos objetos habian herido su vista, y se conservaban en su imaginacion, vagos, indistintos y flotantes como nubes. Toda esta perspectiva, este mar, estas costas, estos buques, eran por consiguiente cosas nuevas para Cecilia que, pobre niña, y en cierto modo asida como una planta al suelo de la casita que habia habitado doce años, no habia disfrutado durante este tiempo otro horizonte que el que se divisaba desde sus ventanas ó desde las de su madre.

Despues de la muerte de esta, era la primera vez que la vista de los objetos exteriores ejercia la influencia de distraer un instante su pen-

samiento de la pérdida que habia sufrido, y como Enrique estaba junto á ella, le interrogó con curiosidad á cerca de cuanto la rodeaba. Enrique contestaba á todas sus preguntas como hombre que no ignoraba ninguna circunstancia; y ella continuaba preguntándole, quizá menos por curiosidad que por el placer de oír su voz. Pareciale que entraba en una vida enteramente nueva, y que Enrique era quien la iniciaba en esta desconocida existencia; ese bagel que la llevaba á otro pais, á su pais natal, la desprendia de lo pasado y vogaba con ella hácia el porvenir.

La travesía fué feliz. El cielo, como hemos dicho, estaba tan hermoso y despejado como puede estarlo en Inglaterra un cielo de otoño; de suerte que dos horas despues de la salida del puerto de Douvres, se divisaron las costas de Francia semejantes á una niebla, mientras que estaban las de Inglaterra todavia perfectamente visibles; pero poco á poco la Inglaterra se fué confundiendo en los vapores del horizonte, en tanto que la tierra de Francia se hizo cada vez mas distinta. Los ojos de Cecilia vagaban alternativamente de la una á la otra: cual de las dos le seria mas benigna ó mas fatal?

Como á las siete de la noche arribaron á Boloña. Habia oscurecido mucho tiempo hacia. La marquesa recordaba la posada del Correo, aunque habia olvidado el nombre de su antigua posadera: solamente retenia en su memoria la calle donde estaba situada esta posada, y que en otro tiempo se llamaba calle Real; despues de haberse llamado calle del Club de los Jacobinos, se denominaba actualmente de la Nacion.

Aunque la mar habia estado serena, la marquesa se sentia escesivamente cansada. En su consecuencia, Enrique condujo á Cecilia y á su abuela á la posada, volviéndose en seguida para presenciar el desembarco de los efectos.

Cecilia habia oido referir veinte veces á su madre los acontecimientos de la borrascosa noche de su embarco. Otras tantas oyó nombrar á la baronesa á aquella buena madama de Ambron que las habia acompañado hasta el mar con tanto afecto; y, menos olvidadiza que su abuela, habia recordado su nombre.

Asi, no bien se instaló Cecilia en su cuarto, mandó llamar á la actual posadera del Correo, y conociendo en su edad que no podía ser la misma de quien tantas veces habia oido hablar

á su madre, le preguntó si habia conocido á madama de Ambron, que tenia la posada del Correo el año de 1792, y si todavia habitaba en Boloña.

La actual posadera se llamaba tambien madama de Ambron; con la diferencia de ser nueva de la otra; habia casado con su hijo mayor, y susuegra se habia retirado dejándoles la posada.

Por lo demas madama de Ambron vivia en la casa contigua, y acostumbraba todavia á pasar la mayor parte de los dias en su antiguo domicilio.

Cecilia preguntó si podria hablarla, y le respondió que era cosa muy fácil, y que iria á prevenirla que unas viageras preguntaban por ella.

En el intervalo volvió Enrique; á causa de la aduana no se podian desembarcar los efectos hasta las doce del siguiente dia; venia á noticiar esta demora á la marquesa y á Cecilia, que primeramente habian manifestado su deseo de partir en todo el dia venidero; y entonces se resolvió prorogarlo hasta el segundo dia.

Este viage habia sido objeto de una grave discusion entre la marquesa y su nieta. La marquesa queria partir en posta inmediatamente;

pero para esto era necesario alquilar ó comprar una silla, y Cecilia, que sabia por su malograda madre los escasos recursos que quedaban á la marquesa, habia representado á su abuela lo económico que seria caminar en la diligencia; apoyó esta proposicion el posadero del Correo, que al mismo tiempo era director de carruages públicos, esponiendo á la marquesa que si tomaba el cupé para ella, su nieta y su doncella disfrutarian de tanta comodidad como en una silla ó en una berlina, é irian velozmente como por la posta.

En fin, la marquesa, hartó á su pesar, se dejó persuadir por el consejo razonable, y se inscribieron para de allí á dos dias en el artículo *cupé* los tres nombres de la marquesa de la Roche-Bertaud, de Cecilia de Marsilly y de la señorita Aspasia.

Asi que Enrique supo estas resoluciones alquiló un asiento en el interior de la diligencia.

En este momento entró madama de Ambron viniendo à ponerse, con su ordinaria actividad, á la disposicion de las personas que habian preguntado por ella.

Al ver á esta digna muger que tanto habia

hecho en favor de su abuela, de su madre y de ella, desgraciadas fugitivas, abrió Cecilia los brazos para echárselos al cuello; pero una señal de la marquesa la contuvo.

—En qué puedo ser útil á estas señoras? preguntó madama de Ambron.

—Mi querida señora, respondió la marquesa, yo soy madama de la Roche-Bertaud, y aquí teneis á la señorita Cecilia de Marsilly, mi nieta.

Madama de Ambron saludó; pero era evidente que los dos nombres que acababa de pronunciar la marquesa, eran absolutamente extraños á su memoria. La marquesa lo notó.

—Con que no os acordais, mi querida señora, la dijo, de que nos hemos hospedado otra vez en vuestra posada?

—Podrá ser que la señora me haya dispensado ya ese honor, respondió madama de Ambron; pero siento decir que no recuerdo en que época ni ocasion.

—Mi querida madama de Ambron, dijo Cecilia, vais á acordaros de nosotras, estoy muy segura. Haceis memoria de dos pobres fugitivas que llegaron una noche del mes de Setiembre

de 1792, en una carretilla, disfrazadas de aldeanas y conducidas por uno de sus arrendadores llamado Pedro?

—Sí, sí, ciertamente, exclamó madama de Ambron me acuerdo perfectamente: la mas jóven de las dos señoras tenia tambien una niña de tres ó cuatro años, un pequeño querubin, un angelíto...

—Basta, mi querida madama de Ambron, basta, replicó Cecilia sonriéndose, porque si seguís adelante, no me atreveré á deciros que esa niña, ese pequeño querubin, ese angelíto era...

—Y bien?

—Pues bien! era yo.

—Cómo, vos, pobre niña mia? exclamó la buena posadera.

—Oiga! murmuró la marquesa ofendida de esta familiaridad.

—Oh! dispensadme, continuó madama de Ambron mirando al rededor de sí como para buscar á la baronesa.

—Ay de mí! murmuró Cecilia.

—Sí, sí, prosiguió madama de Ambron comprendiendo perfectamente lo que queria decir la dolorosa exclamacion de la doncella; sí, la

emigracion es una cosa dura, y hay muchos cuya partida he visto, y de quienes no veré la vuelta. Es preciso consolarse, mi querida señorita, Dios tiene sus razones para probarnos, y como sabeis, no hiere sino á sus elegidos.

—Mi querida señora, dijo la marquesa, no hablémos de eso, soy muy sensible, y esos recuerdos me causan mucho mal.

—Pido mil perdones á la señora marquesa, respondió la excelente posadera; pero mi ánimo era probar á la señorita que me acordaba perfectamente de vuestro tránsito por mi posada. Ahora, si la señora marquesa quiere decirme con qué objeto me ha llamado...

—No soy yo, mi querida madama de Ambron, quien os ha llamado, sino mi nieta, la señorita de Marsilly; luego esplicaos con ella.

—En ese caso, si la señorita tiene á bien...

—Os he llamado, mi muy apreciable madama de Ambron, primero, para daros gracias con algunas espresiones del corazon, porque el servicio que nos habeis hecho es uno de aquellos que no se pagan sino con una eterna gratitud, y en seguida para preguntar si mañana por la mañana podriais proporcionar que alguien me con-

dujera á la orilla del mar, al mismo parage en que van á hacer doce años nos embarcamos; siempre que mi buena mamá permita que haga esta escursion, replicó Cecilia, dirigiéndose á la marquesa.

—No hay inconveniente, respondió madama de la Roche-Bertaud, con tal que madama de Ambron os destine para acompañaros una persona discreta y razonable. Yo ofreceria con mucho gusto á Aspasia; pero, bien lo sabeis, por la mañana singularmente, me seria imposible pasar sin ella.

—Iré yo misma, señora marquesa, iré yo misma, exclamó madama de Ambron; me consideraré muy dichosa en servir de guia á la señorita, y como yo, gracias á Dios, estaba allí cuando partisteis, señoras, si la señorita desea algunos pormenores, ciertamente podré yo darselos mejor que nadie.

—Y á mí, señora marquesa, dijo Enrique que habia asistido á esta escena con el mas vivo interés, no me será permitido acompañar á la señorita?

—No se me ofrece reparo, Enrique, respondió la marquesa, y puesto que gustais recuerdos

pintorescos, id, hijos míos, id en buen hora.

Y como para descargo de su conciencia hizo la marquesa á su antigua posadera una seña que queria decir:

—Os los recomiendo, madama de Ambron, vigiladlos.

Esta contestó con una señal afirmativa, y acordado el paseo para el dia siguiente, se retiró cada uno á su aposento.

Enrique y Cecilia pasaron una noche buena y apacible; se habian separado á las once de la noche, y debian reunirse á las ocho de la mañana. Para ellos que apenas se veian en Inglaterra de ocho en ocho dias, y esto en presencia de testigos, era esta una gran mudanza. Iban á verse todos los dias, y si no se veian solos, á lo menos iban á andar apoyados uno en el brazo del otro: habia sitios dificultosos en que Enrique daria la mano á Cecilia, otros mas escabrosos todavia en que la sostendria; en una palabra, para el jóven, con especialidad, este paseo era una solemne fiesta.

Así, á las seis de la mañana estaba listo, no pudiendo comprender la lentitud con que caminaba el tiempo, y acusando á todos los relojes

de Francia de estar atrasados cruelmente con los de Inglaterra. Ni su reloj, invariable hasta entonces, se libró de la imputacion de haberse desarreglado en la travesía.

Por su parte Cecilia, tambien habia madrugado bastante; pero no se atrevia à consultar á los relojes. Bien conocia por el sol que era muy temprano; dos ó tres veces habia ido desde la cama á la ventana para cerciorarse, y una de ellas vió, por entre las persianas á Enrique, dispuesto para partir é interrogando á su ventana, cuyo misterioso velo no podia penetrar, para saber si Cecilia se preparaba tambien. Apresuróse Cecilia á llamar y à preguntar la hora: eran las seis y media.

Encargó á la doncella que le avisára al punto que llegase madama de Ambron.

Pero madama de Ambron que no tenia para anticipar el momento indicado ninguno de los motivos que impulsaban á Enrique y á Cecilia, no llegó hasta la hora convenida.

Inmediatamente bajó Cecilia, encontrando á Enrique en el salon de espera. Los dos jóvenes se hicieron los cumplimientos de costumbre, y ambos confesaron que esta noche pasada en una

miserable posada era una de las mejores de su vida.

Como lo que Cecilia habia deseado ecsaminar especialmente era el parage del embarque, juzgó inútil madama de Ambrom que anduvieran los jóvenes el mismo camino que en aquella peligrosa noche, en que Pedro, para evitar sospechas, se vió obligado á tomar el camino de Montreuil; contentóse con subir hasta el fin de la calle de la Nacion, y llegados que fueron al término de la ciudad, tomaron á la izquierda una senda á campo atraviesa, que conducia á la ribera.

Tal vez para otra que no fuera á Cecilia, semejante excursion, esceptuando su objeto, sería una cosa bien sencilla é insignificante; pero para la vírgen de la granja, que nunca habia visto nada, cuyos paseos se habian limitado por una parte á las tapias de su jardin, y por otra á la puerta de la iglesia, todo era nuevo, todo extraordinario; á la manera que un pájaro fugado de su jaula, y que se vé con cierto terror en plena libertad, el mundo le parecia inmenso; de repente le asaltaba el deseo de experimentar sus pies como experimenta el pájaro sus alas, atra-

vesar aquel espacio, y buscar en él una cosa ignorada que sentia ecsistir, y que sin embargo no veia ni comprendia. Todo esto le causaba rubores instantáneos, estremecimientos súbitos que se comunicaban de su brazo al de Enrique sobre el cual iba apoyada, y á lo que este respondia con esa suave presion que tan fuerte emocion habia causado á Cecilia en el momento de subir en el puerto de Douvres al buque que habia de traerla á Francia.

En fin, llegaron á la orilla del acantilado; desde este punto descubriase la mar en toda su estension y magestad. El Océano lleva consigo una grandeza sombría, que jamás tiene el Mediterráneo ni aun en sus épocas de tempestad; el Mediterráneo es un lago, un espejo azul, es la mansion de la rubia y caprichosa Anfítrite; el Océano es el viejo Neptuno que mece un mundo en cada uno de sus brazos.

Cecilia se detuvo un instante maravillada; la idea de la muerte, la idea de Dios, la idea de lo infinito se apoderaron de ella en presencia de la inmensidad, y dos gruesas lágrimas surcaron sus mejillas.

Despues vió á sus pies el corto sendero que,

durante aquella borrascosa noche, habia bajado en los brazos de su madre.

Sin que madama de Ambron les digese que era aquel, Cecilia por sí misma entró en él.

Siguióla Enrique pronto á sugetarla por detrás si se resbalaba, porque en aquel estrecho espacio, no habia sitio para dos personas de frente.

Llegaron al muro; era el mismo parage donde las fugitivas habian esperado la pequeña embarcacion que habia venido á recogerlas. Cecilia recordaba todas estas particularidades como á traves de una nube; lo que mas le habia impresionado, á pesar de ser tan niña, era el eterno estruendo de las olas que se desplegan sobre el muro, y que parece la respiracion potente del Océano.

Las olas se desplegaban todavia, y ella encontraba aquel estruendo en lo profundo de su memoria.

Permaneció un momento inmóvil, absorta en su contemplacion; despues buscando á Enrique que estaba cerca de ella, como si ante tal espectáculo tuviera necesidad de sostenerse en alguna cosa, se apoyó en su brazo, murmurando

do estas únicas palabras:

—Qué bello! qué magnífico! qué sublime es esto!

Enrique no respondió; tenía el sombrero en la mano, manteniéndose descubierto como en una iglesia.

Dios está en todas partes; pero los dos jóvenes conocían que estaba allí mas particularmente.

Así permanecieron una hora en contemplación sin cambiar una palabra; pero apoyados uno en otro, quizá el sentimiento que ambos experimentaban era el de su fragilidad y miseria en comparación de tanta fuerza y poderío.

En presencia de semejante espectáculo Pablo y Virginia se habían jurado amarse eternamente y no separarse jamás.

Pobres alciones!

Madama de Ambron fué quien recordó á Cecilia y á Enrique que ya era hora de volver á la posada. Los dos jóvenes hubieran permanecido allí todo el día sin medir el tiempo que transcurría.

Volvieron á tomar el pequeño sendero; pero no sin pararse de diez en diez pasos, no sin lan-

zar atrás prolongadas miradas de sentimientos y de adioses, no sin haber cogido muchas de esas bellas conchitas de vivos colores, de matizadas venas, á las que el agua del mar dá tanto brillo, que se las tendria por piedras preciosas, y que dos horas despues, imágenes de las cosas de este mundo, no son mas que guijarros ordinarios.

De vuelta en la posada encontraron á la marquesa vestida ya y en conferencia con un abogado que habia llamado para consultarle sobre los derechos que creia tener á la nueva posesion de los bienes que la convencion le habia confiscado.

El abogado entonces le esplicó cosas de que ella no tenia ninguna idea: tales como que, el consulado aspiraba á la monarquia, que antes de tres meses Bonaparte seria emperador, y que, como era indispensable al nuevo trono el doble apoyo de lo pasado y del porvenir, todas las antiguas familias que se adhiriesen á la nueva dinastia serian infaliblemente bien recibidas por ella.

En cuanto á los bienes confiscados, no habia que pensar en ellos; pero en cambio y como compensacion, el imperio tenia dinero, pensio-

nes, empleos y mayorazgos que dar á los que quisieran aceptar esta compensacion y este cambio.

Esta conversacion dió mucho que pensar á la marquesa. Por lo tocante á Cecilia, no comprendia qué influencia podian tener los sucesos políticos sobre su destino.

Una cosa sobre todo pasmaba mucho á la marquesa; era esa tranquilidad con que la Francia se sometió á la dominacion de un Corso, de un triste oficial de artillería que habia ganado algunas batallas y hecho el 18 brumario; eso era todo.

La conversacion entre ella y Enrique giró mucho tiempo sobre esta materia. Enrique era adicto con lo íntimo de su corazon á la dinastía caida, á la que toda su familia habia guardado fidelidad; pero Enrique era jóven, Enrique habia soñado un porvenir de gloria, Enrique habia recibido una educacion militar, Enrique se decia allá en su interior, quizá para ahogar la secreta voz de su conciencia, que servir en Francia era servir á la Francia. Ese hombre que estaba á la cabeza del gobierno habia hecho á la nacion fuerte y gloriosa, y en eso es-

taba la absolucion de su ilegitimidad. A sus ojos Bonaparte era un usurpador; pero á lo menos poseia todas las brillantes cualidades que hacen disculpable la usurpacion.

El dia se pasó en conversaciones de esta naturaleza; Enrique acompañó á Cecilia y á la marquesa todo el tiempo que le permitió la discrecion; y la marquesa misma prolongó su visita invitándole á comer con ellas.

A la caida de la tarde solicitó Cecilia ver de nuevo el mar, y suplicó á su abuela à que viniera á pasearse hasta el muelle. La marquesa objetó que era muy léjos y que semejante paseo la estropearia indudablemente, tanto mas, cuanto que habia perdido completamente la costumbre de andar; pero Cecilia la condujo á la ventana, le mostró el puerto á dos pasos, y tanto apuró á madama de la Roche-Bertaud que acabó esta por ceder.

Enrique dió el brazo á la marquesa, y Cecilia abrió la marcha acompañada de la señorita Aspasia. A cada paso se quejaba madama de la Roche-Bertaud de la desigualdad del empedrado; despues llegada que fué al puerto, del olor de los barcos; y cuando tocó al extremo del

muelle, de la brisa del mar.

La marquesa era una de esas naturalezas que, desde que hacen algo en obsequio de los demás, tienen necesidad de hacerles sentir minuto por minuto toda la estension del sacrificio que ejecutan.

Esto demostró mas palpablemente á Cecilia la inmensa diferencia que ecsistia entre la marquesa y su madre.

Volvieron á la posada. La marquesa estaba horriblemente cansada, y quiso recogerse inmediatamente. Los jóvenes se vieron pues precisados á separarse; pero era para reunirse al siguiente dia, pues á las seis de la mañana partia la diligencia.

El dia por otra parte tenia muchos recuerdos para dejarles pasar una noche tranquila.

Al dia siguiente empezaron de nuevo las querellas de la marquesa; quien ha visto nunca ponerse en camino á las seis de la mañana? Estaba desesperada de no haber adoptado su primer pensamiento tomando una silla de posta, que le hubiera permitido partir á su comodidad á las once ó á las doce, por ejemplo, despues de haber tomado su chocolate. Pero en aquella é-

poca, lo mismo que hoy, los conductores de diligencias eran ya incesorables. A las seis era forzoso que estuviera lista la marquesa: á las seis y cinco minutos la pesada máquina se ponía en camino para Paris.

Como hemos dicho, la marquesa, Cecilia y la señorita Aspasia iban en el cupé, y Enrique en el interior; pero en cada parada se apeaba Enrique para informarse de si las señoras continuaban bien. En la primera y segunda halló á la marquesa muy desagradable; pero aunque se lamentara escesivamente de la horrible noche que iba á pasar, esto no impidió que á la tercera parada estuviese profundamente dormida.

Esto no obstante, cuando se detuvieron por la mañana para desayunarse en Abbeville, declaró que no habia cerrado los ojos en toda la noche:

Los jóvenes eran los que no los habian cerrado; pero se guardaban muy bien de decir nada, y sobre todo de quejarse.

Terminado el desayuno volvieron á ponerse en camino, y no pararon sino para comer en Beauvais. Enrique habia abierto la portezuela antes que el conductor bajara de su cabriolé. La

marquesa estaba cada vez mas encantada de él.

En la mesa no se ocupó Enrique de otra cosa que de las dos señoras, sirviéndolas con la mas solícita atencion: la marquesa al subir al carruage le dió las gracias con una presion de mano, y Cecilia con una sonrisa.

A las siete de la noche, se divisaron de léjos las luces de Paris. Cecilia sabia que se entraba por la barrera de san Dionisio, y que era costumbre que el carruage se detuviera en la aduana. Tambien sabia que era en esta aduana donde la marquesa, la baronesa y ella estuvieron á pique de ser reconocidas; no obstante su niñez, aquella estacion en esta oficina la habia impresionado, y cuando pasó el carruage pidió permiso à su abuela para visitar aquel lugar de angustias donde la baronesa y su madre habian sufrido tanto.

La marquesa se lo concedió, preguntando al propio tiempo como era posible recrearse en renovar tan tristes recuerdos.

Enrique fué á pedir al gefe de la guardia la venia para que una señorita atravesase el cuerpo de guardia, y entrara por un instante en el cuarto interior.

Como se deja entender, este permiso fué concedido al momento.

La marquesa no quiso bajar, haciéndolo solo Cecilia con Enrique.

Ella se dirigió en derecha al despacho y lo reconoció; todavía se conservaba todo como entonces; la misma mesa vieja de madera, las mismas antiguas sillas de paja.

Sobre una de estas sillas y delante de esta mesa, fué donde, por primera vez, vió al estimable Mr. Duval.

Este recuerdo renovó todos los otros. Cecilia se acordó juntamente de Mr. Duval, de su esposa y de Eduardo; Eduardo, que su madre le habia destinado, y á quien no habia vuelto á ver ni aun en el momento de su partida.

Entonces acometió á la desdichada jóven cierta cosa semejante á un remordimiento en el corazon, y la memoria de su madre que vino á unirse á todo esto, hizo brotar las lágrimas de sus ojos.

Los que acompañaban á Cecilia, esceptuando á Enrique, no comprendian que cosa tan lastimera habia en aquella vieja mesa de madera, y en aquellas derrotadas sillas de paja.

Pero para Cecilia toda su vida pasada estaba allí.

El conductor llamó á Cecilia y á Enrique, ambos subieron á la diligencia, que volviendo á caminar salvó la barrera.

Cecilia entraba en Paris, despues de doce años, por la misma barrera de san Dionisio que la habia visto salir.

Niña, lloraba al salir; jóven, lloraba tambien al entrar.

Ay! que por última vez aun debia, infortunada criatura, salir por esta misma barrera!



El duque de Enghien.

LA marquesa y Cecilia se apearon en la pesada de Paris: Enrique tomó un cuarto en la misma.

Los primeros dias se emplearon en tomar informes; la marquesa envió á buscar á su procurador. No solamente su procurador habia muerto, sino que tampoco habia ya procuradores. Vióse obligada á conformarse con un abogado, que le repitió palabra por palabra cuanto ya le habia manifestado al que habia llamado en Bolña.

Por lo demas, durante los doce años que la marquesa habia pasado en el extranjero, habia adquirido Paris un aspecto tan nuevo, que ya no reconocia ella al pueblo que habia dejado. Aspecto, modas, estilo, todo habia variado. Madame de la Roche-Bertaud esperaba encontrar á la capital triste y sombría á causa de todas esas calamidades, que en parte habia visto con sus ojos, y en parte oido referir. Todo lo contrario: París el indolente, Paris el olvidadizo, habia recobrado su ordinario semblante, y lo que es mas, tenia una apariencia de orgullo y de fiesta que la marquesa no le conocia. Paris presentia instintivamente que iba á ser no solo la capital de una Francia mas grande que lo habia sido jamás, sino tambien de una multitud de reinos que se le ponian en feudo. Paris, en fin, para servirnos de una espresion de la marquesa, se daba un aire de importancia.

He aquí lo que acontece á los emigrados; parecen que llevan consigo cierta cantidad de atmósfera personal que respiran en el extranjero, en cuyo espacio continuan representándose los sucesos que han visto y que les interesan. Para ellos la patria que abandonan permanece

siempre en el mismo estado en que la dejaron. Espíritus vehementes, creen en las mismas cosas que los preocupan; y transcurre el tiempo sin hacerlas adelantar un paso. Llega despues la hora de su regreso; porque gracias á Dios, en nuestros dias la emigracion no es eterna; y se encuentran con el atraso de todo el tiempo que han pasado fuera del pais, donde tropiezan con otros acontecimientos, otros hombres, otras ideas que no quieren reconocer, y de quienes ellos tampoco son reconocidos.

Como habian asegurado á la marquesa de la Roche-Bertaud, la república se encaminaba á la monarquía, y el primer cónsul estaba en vísperas de ascender á emperador. Todo se preparaba para este gran acontecimiento que sufria ese resto de republicanos que habian escapado á la accion y reaccion de los partidos, y contra el cual protestaban los realistas del extranjero. Asi, todo realista que consintiera entrar á servir bajo la bandera consular, toda muger noble que se decidiera á formar parte de la servidumbre de la futura emperatriz, estaban seguros de ser bien acogidos, y eran recibidos con ventajas que no tenian derecho á pretender los mas antiguos

y leales servidores; para decirlo claramente, en rigor podíase no recompensar á los antiguos amigos, lo que no era mas que una ingratitud; e i tanto que descuidar en reconciliarse con los enemigos, era un delito.

Asi es que, como no puede menos de concederse, la situacion no dejaba de ser incitante por una parte para una anciana muger á quien le restan pocos dias de vida, y por otra, para un jóven que tiene todo un porvenir delante de sí. Enrique encontraba todos los dias jóvenes de su edad, que ya eran capitanes. Madama de la Roche-Bertaud veia pasar diariamente en carruages, sobre los cuales comenzaban nuevamente á aparecer las armas, antiguas amigas que habian hallado en el imperio mas de lo que habian perdido en la revolucion. Poco á poco trabó Enrique amistad con algunos jóvenes. La marquesa renovó sus relaciones con algunos de sus antiguos conocimientos. Hiciéronse proposiciones á Enrique, hiciéronse declaraciones á la marquesa. La seduccion de la gloria por una parte, el atractivo del bien estar por la otra, todo esto trabajaba subterráneamente las muy tiernas creencias políticas de Enrique, y las muy arraigadas

de madama de la Roche-Bertaud. Unicamente no se atrevian á revelarse mutuamente su situacion. El corazon del uno era todavia demasiado puro, y el corazon de la otra estaba harto estragado para que ambos no comprendiesen que su alianza con el gobierno de Bonaparte era una apostasía. Pero ambos tenian interiormente un pretesto que reputaban como plausible, y este pretesto comun que asi servia de excusa á la ambicion de Enrique como al egoismo de la marquesa, era su amor hácia Cecilia.

En efecto, qué iba á ser de Cecilia, infeliz niña colocada entre un amante sin porvenir y una abuela sin fortuna?

Por otra parte, no hemos dicho que Enrique y la marquesa habian acogido esas razones buenas ó malas que la lealtad cansada llama siempre en su auxilio.

Así habian descubierto que Bonaparte no era, como al principio se dijo, un corso sin nacimiento, un soldado que habia conseguido medrar, un oficial de fortuna. Bonaparte pertenecia á uno de los mas antiguos linages de Italia; uno de sus antepasados habia sido Podestá de Florencia el año de 1300; su nombre estaba ins-

crito en el libro de oro de Génova hacía cuatrocientos años, y su abuelo, el marqués de Bonaparte, como continuaban diciendo los realistas puros, había escrito una descripción del sitio de Roma por el condestable de Borbon.

Podía esponderse una razón mejor que todas estas; y es, que Napoleon era hombre de génio, y todo hombre de génio merece por sí, el puesto que un pueblo le deja tomar; libre es el pueblo en devolverlo, despues de él, á aquellos á quienes se lo ha usurpado.

Asegurábase también, y en aquella época era todavía una verdad, que Bonaparte, puro de todos los escesos revolucionarios, jamás había manchado sus manos con la sangre de un borbon.

Nunca se había tratado de ningún proyecto futuro entre Cecilia y Enrique; y sin embargo, por medio de ese atractivo simpático que se apoderó de ellos á la primera vista, y que en los seis meses que se veían, en Inglaterra todas las semanas y en Francia todos los días, había tomado mayor incremento, los dos jóvenes comprendieron que se pertenecían recíprocamente: luego, qué necesidad tenían de formar proyectos y trocar promesas? Desde que se vieron, habían

hecho en lo íntimo de su corazón, como Romeo y Julieta, uno de esos juramentos que ni la misma muerte puede relajar.

Cuando hablaban del porvenir, cada uno de ellos decía *nosotros* en lugar de *yo*; á esto se reducía todo.

Pero, repitámoslo, este porvenir no ecsistía sino con la condicion de que Enrique y la marquesa se adhiriesen al nuevo gobierno. Enrique, como queda dicho, no tenía que esperar otra fortuna que la de su tío, fortuna grangeada en el comercio; de su tío que, por lo mismo que esta plebeya resolución le habia malquistado con su familia, habia declarado que no dejaría su fortuna sino á aquel de sus sobrinos que, arrojando tambien el anatema, se hiciera comerciante como él. Enrique, es indudablemente, tenía una rica y esmerada educacion; pero en aquella época, no habia mas que dos carreras abiertas á toda ambicion algo formal: la carrera de las armas y la de la diplomacia, y ambas emanaban del gobierno.

Por lo tocante á Cecilia su renuncia á los principios maternos tenia menos importancia. La muger recibe su posicion de los sucesos y de

los hombres; pero ella comprendia, aunque candorosa, que si permanecia pura y casta en su creencia, seria una viva acusacion para Enrique.

Cuando su abuela le habló de las proposiciones que le habian hecho para ella, relativas á entrar en la servidumbre de la futura emperatriz, se contentó con responder que era demasiado jóven é ignorante en asuntos políticos para tener voluntad; por consiguiente, que se limitaria á obedecerla.

Y sabiendo los combates que Enrique sostenia consigo mismo de algun tiempo á aquella parte, se apresuró á decirle el mismo dia la pregunta que le habia dirigido su abuela y la respuesta que le habia dado, gozosa por haber hecho en obsequio de su amante hasta el sacrificio de su conciencia.

Enrique no esperaba otra cosa para aceptar; en su consecuencia corrió á llevar su adhesion plena y cabal al amigo que se habia encargado de la negociacion; y aquella misma noche por primera vez, se habló en alta voz y delante de la marquesa, de un porvenir comun que prometia ser doblemente brillante por la doble posicion de los futuros; Enrique siguiendo al Empe-

rador al ejército, y Cecilia permaneciendo cerca de la Emperatriz en las Tullerías.

Cuando Enrique se hubo retirado, y Cecilia, según costumbre, fué á la cama de su abuela para abrazarla, esta la tomó de la mano, y mirándola con cierta sonrisa:

—Ahora bien, la dijo, qué piensas de este porvenir, comparado con el que te conservaba tu pobre madre?

—Ah! respondió Cecilia, si tan solo Eduardo hubiera sido Enrique!

Y en seguida se retiró llorando á su cuarto; porque el nombre de su madre había sido pronunciado con cierta reconvencion, y creía que nadie tenía derecho para acusar en lo mas mínimo á su madre.

En efecto, quién podía responder de ese porvenir? A la verdad la carrera militar era brillante; pero en aquella época especialmente, era peligrosa; se ascendía pronto, no hay duda; pero era porque la muerte destruía considerablemente. La guerra se hacía por masas, y cada campo de batalla tragaba millares de hombres. Cecilia conocía á Enrique; era valiente, fogoso, ambicioso; desearia conseguir un fin, obtener un re-

sultado; para él no habria obstáculos en el camino de su pensamiento. Si Enrique iba á perder la vida; qué seria de ella? Luego tenía razon en pensar que la oscuridad con Enrique, la escuridad en una casita como la quinta de Hendon, hubiera sido la felicidad; sí tan solo, como le habia dicho á la marquesa, Eduardo hubiera sido Enrique.

Dos dias despues entró Enrique con un elegante uniforme; era el de brigadier de guias, lo que le daba el grado de teniente en cualquiera otra arma; semejante principio revelaba que habia alcanzado un gran favor.

Con respecto á Cecilia habia sido presentada á la esposa de Bonaparte, á quien refirió todas las desgracias de su familia; es notorio el escelente corazon que poseia esta graciosa muger, que se ha conservado popular en Francia bajo el nombre de la reina Hortensia; prometió su proteccion á la doncella, y decidióse que al momento en que se formase la casa de la emperatriz, la señorita de Marsilly ocuparia en ella su empleo.

Todo parecia pues ir á pedir de boca para los dos jóvenes, y no se esperaba masque la rea-

lizacion de la promesa hecha por Josefina, cuando cierta mañana una espantosa nueva se divulgó por las calles de Paris.

El duque de Enghien acababa de ser fusilado en los fosos de Vincennes.

El mismo dia envió Enrique de Sennones su dimision, y Cecilia escribió á la esposa de Bonaparte, que le devolvía la palabra empeñada, y que podia disponer en favor de otra, del empleo que le habia prometido.

Los dos jóvenes habian ejecutado este acto sin consultarse, y cuando llegada la noche se contaron ambos vacilando lo que cada uno habia hecho; todavia se acrecentó su amor con la conviccion de que ahora mas que nunca eran dignos el uno del otro.

A los pocos dias de este suceso recibió la marquesa una carta de Mr. Duval; segun sus instrucciones, habia vendido el pequeño ajuar de la baronesa, y remitía á Cecilia y á su abuela el precio de esta venta, que ascendia á cien mil francos.

Esto era, con diferencia de unos quinientos francos, lo que el dicho ajuar habia costado nuevo; de suerte que la marquesa, no obstante lo

injusta que era con Mr. Duval, reconoció al menos que, como administrador, debía ser un hombre de gran inteligencia y fidelidad.



6.

La resolucion.



PERO en lugar de este porvenir que se frustraba, era necesario crearse otro; apuráronse sucesivamente todas las combinaciones que la imaginacion de los dos jóvenes y de la marquesa pudo sugerir; y luego que se hubo discutido, ecsaminado y reconocido todo como imposible, se recurrió á la primera idea que se habia presentado al pensamiento de todos, y que se abandonára al punto tal vez porque era la única razonable; volviéronse á tolerar las condiciones

impuestas por el tío de Guadalupe, y Enrique se decidió á hacerse comerciante.

Es verdad que hay en el mundo dos géneros de comercio: el comercio vulgar y miserable del tendero que, á la sombra de su muestra, espera al marchante con el cual, al cabo de una hora de discusion, ganará un mezquino escudo, y el comercio poético y grandioso del marino que enlaza un mundo á otro con la estela de su bagel, que en lugar de luchar en astucia con el comprador, lucha en fuerzas con el huracan, del que cada nuevo viage es un nuevo combate que dá á la mar y al cielo, y que entra en el puerto semejante á un triunfador, y guareciendo, como un rey su tienda, su nave con su pabellon. Este comercio es el de los Tirios en la antigüedad, el de los Pisanos, Genoveses y Venecianos en la edad media, y de todas las grandes naciones del siglo diez y nueve. Este comercio es compatible con la nobleza; porque la ganancia está siempre sometida á una alternativa de vida y muerte, y toda empresa que arrostra consigo un peligro supremo dignifica al hombre en lugar de humillarlo.

Pero lo que Enrique se habia dicho para a-

nimarse en su resolucion, tambien se lo habia dicho la pobre Cecilia, aunque estremeciéndose. Véase porque se habia abandonado primero esta malhadada idea de un viage á las Antillas, á la cual, por falta de mejores recursos, habia sido forzoso recurrir. Enrique, reuniendo una pequeña pacotilla por muy mediana que fuese, estaba seguro, à su llegada á Guadalupe, de ser recibido con los brazos abiertos por su tio, que doblaria y aun triplicaria el cargamento. Luego, como este tio era millonario, lo menos que podia hacer por su sobrino era ofrecerle los azares de un beneficio de ciento cincuenta á doscientos mil francos; el cual realizado, ó arriesgaria Enrique un nuevo viage, ó satisfecho con esta dorada mediocridad se desposaria con Cecilia, retirándose con ella y la marquesa á cualquier pequeño rincon de tierra donde no tendria otra cosa de que cuidarse sino de ser feliz, esperando alguna enmienda en los sucesos, algun cambio en las altas fortunas políticas que le permitiesen consagrarse á un porvenir de esplendor y fama; y si este movimiento no se operaba, Enrique, contemplando á Cecilia, y sondeando su corazon, conocia que tenia suficiente amor á u-

na existencia pacífica y á una oculta felicidad.

Una vez tomada esta resolucion, se decidió que la marcha tendria efecto en el mes de Noviembre: eran tres meses los que todavia se reservaban los jóvenes antes de su separacion; tres meses, en la edad de Cecilia y Enrique, son tres siglos. Ambos habian padecido mucho para resolverse; pero el plazo fijado les habia servido de consuelo como si tal plazo no debiera llegar nunca á su término, como si estos tres meses fueran la vida de un hombre.

Entretanto la época de la partida, lenta primero en llegar durante todo el primer mes, empezó á adelantar rápidamente luego que corria el segundo, y pareció que tenia alas cuando llegó el tercero.

A proporcion que veian aprocsimarse el momento de la separacion, recaian los jóvenes en su tristeza primitiva: todo ese porvenir, que á fuerza de voluntad, habian visto brillante é infalible, se volvia movible como las olas á que estaba sugeto, y sombrío como las tempestades de quienes dependia. De cuando en cuando, en medio de sus suspiros y de sus lágrimas, se deslizaba algun proyecto lisongero para el regreso;

pero esto casi con timidez, como si temieran que Dios los castigase por su escesiva confianza.

En cuanto á la marquesa, su carácter inso-
ciable no la abandonaba; repartida su ecsisten-
cia entre su cama, su tocador y sus lecturas,
corria tan tranquila como si descansára sobre las
bases mas sólidas. Los amores de los dos jóve-
nes pasaban á su lado castos y puros; pero de-
biendo su castidad asi propios, y no á la vigilan-
cia maternal. Afortunadamente Enrique amaba
demasiado á Cecilia, por dicha estaban ambos
muy seguros de la inmutabilidad recíproca de
su voluntad, para que tuviesen necesidad de ser
vigilados por otro que por su ángel de guarda.

Acercábanse los últimos dias del mes terce-
ro. Enrique pensaba embarcarse en Plymouth;
habia gastado el poco dinero de que podia dis-
poner, y en Inglaterra esperaba, con el ausilio
de su familia ó de sus amigos, realizar la canti-
dad necesaria para hacer su pequeña pacotilla.

No hay cosa mas triste en el mundo para los
espíritus inteligentes y para las almas elevadas,
como el ver las vicisitudes de su destino depen-
diendo únicamente de una poca de mas ó menos
fortuna. La décima parte de la antigua renta

que otro tiempo disfrutaban las familias de los dos jóvenes, hubiera bastado hoy para hacerlos completamente felices. A cada instante, que volían la vista á la calle, veían algun idiota ó algun intrigante muellemente reclinado sobre los cojines de un suntuoso carruage, y se decían que ellos, personas de un talento distinguido, de una inteligencia superior, de un nacimiento privilegiado, serían dichosos poseyendo como renta lo que aquel hombre distraía anualmente en la conservacion de su carruage que paseaba su nulidad ó impertinencia. De esta miserable suma que ellos no poseían, y que se caía de las manos de aquel sin que pensase siquiera en sentir su pérdida, dependía todo su porvenir. Para adquirir esta suma iban, pobres corazones amantes y lacerados, á separarse por seis meses, por un año tal vez; ellos que hacia cuatro meses no comprendían que les fuera posible vivir distante el uno del otro.

Y cuando algunas veces reflexionaban que despues del acontecimiento que habia desbaratado todos sus proyectos, las cosas marchaban como antes; cuando veían que todo continuaba teniendo buen écsito para ese hombre de la fa-

talidad, que parecia llevar el mundo amarrado á su poderosa voluntad; cuando pensaban que á escepcion de algunos corazones fieles y religiosos como los suyos, todos los corazones demostraban haber perdido el recuerdo de la víctima real á la que, como un fúnebre holocausto, habian sacrificado ellos su felicidad; se preguntaban sino hubiera valido mas cerrar los ojos y bajar la cabeza como todos. Pero entonces la voz de su conciencia clamaba mas alto que su egoismo; y débiles ante su desgracia, se tornaban fuertes ante la certidumbre de haber cumplido un deber.

Preguntábanse despues frecuentemente si el partido que habiase abrazado era absolutamente el único que debian tomar; sino les quedaba á cada uno, en la educacion que habian recibido, recursos artísticos. Pero ningun ramo de esta educacion habia sido elevado realmente en el uno ni en la otra á un grado de superioridad tal, que pudieran sacar de ella un recurso; por otra parte, Enrique deseaba acomodarse á todo; pero queria que su Cecilia se conservase personalmente al abrigo de estas influencias del destino.

Hay momentos en la vida en que nos senti-

mos aprisionados por la fatalidad en una red de hierro. Vanamente buscamos una senda, es necesario atravesar por la que se nos alze, que nos conduce à nuestra pérdida ó á nuestra salvacion.

Por lo tanto los desventurados jóvenes recurrían siempre á ese malhadado viaje de Guadalupe, que constantemente intentaban rechazar como Sísifo su peñasco, y que sin cesar se desplomaba sobre su cabeza.

Llegó el dia que Enrique habia señalado para su partida. Pero ninguna otra cosa le obligaba á partir en aquel mismo dia sino su voluntad, aunque fué desde la mañana á la morada de Cecilia pasando todo el dia con ella, los dos jóvenes habian llegado á la noche sin que una sola palabra de esa cruel separacion hubiera salido de sus bocas. En fin, al momento de separarse, se miraron sonriéndose con tristeza, comprendiendo ambos sus mútuos sentimientos por el que cada uno experimentaba.

—Cuando es la marcha? preguntó Cecilia.

—Jamás, respondió Enrique, jamás, lo conozco, si un poder mas fuerte que mi voluntad no me obliga á ello.

—Luego os quedareis para siempre; porque,

suponiendo que sea yo ese poder mas fuerte que vuestra voluntad, nunca tendré valor para ecsigir de vos que me dejeis.

—Y qué he de hacer en ese caso? preguntó Enrique.

Cecilia lo cogió de la mano, y lo condujo delante del pequeño crucifijo que habia descolgado de la alcoba de su madre y traído consigo. Enrique comprendió su intencion.

—Juro, dijo, por la que ha muerto con los ojos fijos sobre este crucifijo, partir de hoy en ocho dias, y no tener otro pensamiento durante mi viage que el de volver lo mas pronto posible para labra la felicidad de su hija.

—Y yo, dijo Cecilia, juro aguardar á Enrique, sin otra esperanza que la de su regreso; y sino volviese...

Enrique puso la mano sobre la boca de Cecilia, interrumpiendo el resto de la frase que esta iba á pronunciar. Y despues, en presencia de aquel crucifijo, sellaron ambos este juramento con un casto y puro beso, semejante al que dos hermanos cambian entre sí.

Al dia siguiente, Cecilia y Enrique entraron en la habitacion de la marquesa. Los dos jóve-

nes no estaban ya en el caso de ocultarse nada en órden al estado de su fortuna. Enrique habia solicitado saber lo que quedaba á Cecilia, á fin de que las dos mugeres adoptasen, durante su ausencia, las medidas convenientes. La marquesa, que detestaba ocuparse de negocios, quiso primero eludir la pregunta de Enrique y de Cecilia; pero ambos insistieron de tal suerte, que escogió un término medio para desembarazarse de esta tarea; el cual fué, entregar á Cecilia la llave de la gaveta, diciéndole que hiciese las cuentas ella misma.

Habia en la gaveta ocho mil y quinientos francos; esto era todo cuanto restaba de la fortuna de la marquesa y de la baronesa.

Alcanzaba para mantenerse año y medio prósimamente imponiéndose alguna economías, y el viage de Enrique no debia durar mas que seis meses. Por esta parte los jóvenes podian vivir bastante tranquilos.

Sin embargo, Enrique dió un consejo dictado á la vez por su prudencia y por su amor. Aconsejó á Cecilia y á su abuela, que en lugar de permanecer en la posada donde se habian apeado, alquilasen una casita amueblada que les

cóstaría infinitamente mas barata. Además, que tomando con anticipacion esta medida, á la cual seria necesario recurrir un dia ú otro, mientras que Enrique continuase en Paris, conoceria á lo menos la alcoba que habitaba Cecilia, y durante su larga ausencia, podria seguirla con los ojos del pensamiento en esta habitacion á todas las horas del dia y de la noche.

Esto era hacer valer una mediana razon á los ojos de la marquesa, que ignoraba todas esas delicadezas del corazon; pero se apoyó particularmente como necesidad económica, y cedió.

Desde el siguiente dia Enrique se dedicó á hacer las diligencias, y encontró lo conveniente en la calle de Coq-Saint-Honoré, número 5.

Empleóse el dia en la mudanza. Ajustáronse las cuentas de la posada donde se debian poco mas de quinientos francos, quedando de esta suerte reducido el capital de Cecilia á poco menos de ocho mil.

Enrique vió pues á Cecilia instalada en su nueva habitacion; colocó con ella cada mueble en el lugar que debia ocupar, clavó el crucifijo en la pared á la cabecera de la cama, puso los albums sobre las mesas, y fué acordado que todo

se conservaría de aquel modo.

Todas estas minuciosidades parecían muy fútiles á la marquesa; pero para los dos jóvenes era de la mas grave importancia.

Los dias transcurrieron. Muchas veces Enrique habia preguntado á Cecilia cual seria su ocupacion favorita durante su ausencia; y esta le habia respondido sonriéndose: «Bordaré mi traje de boda.»

La víspera de su partida Enrique llevó á Cecilia una magnífica pieza de muselina de Indias. Era para *el traje de boda*.

Ella empezó la primera flor delante de él, debiendo bordar la última á su regreso.

Los jóvenes no se separaron hasta las tres de la mañana. Era la última noche que debían pasar juntos, y no podían resolverse á separarse.

A las ocho estaban reunidos de nuevo.

Este dia tenía para ellos cierta solemnidad. Despues del juramento prestado, Enrique no habia abrigado por un instante la idea de demorar mas su partida. En su consecuencia tomó un asiento en la mala-correo de Boloña para las cinco de la tarde.

No emprenderémos describir las circunstan-

cias de este último dia. Aunque la historia que escribimos sea una obra de sensaciones y no de acontecimientos; aunque antes de todo tengamos la pretension de que esta sea sencilla y verdadera, y precisamente porque tenemos tal pretension, no nos atrevemos á escudriñar esos misterios de dos jóvenes corazones, puros y doloridos. Lágrimas, promesas, juramentos, prolongados y tiernos besos, he ahí la historia de este último dia, uno de los mas dolorosos de la vida de Cecilia, despues de aquel en que habia perdido á su madre.

Y con todo eso la hora se acercaba, rápida, inflexible, despiadada; los pobres jóvenes dirigian á cada instante su vista al péndulo y del péndulo á ellos. Hubieran ofrecido años enteros de su vida futura por un dia, y luego que llegó el momento de partir, por una hora.

En fin el reloj señaló las cinco menos cuarto, y mas adelante las cinco menos diez minutos: fueron por última vez á arrodillarse delante del crucifijo. Cuando se levantaron, no tenian tiempo mas que para cambiar un postrer ósculo.

Enrique se lanzó fuera del aposento; pero entonces Cecilia dió un grito de dolor tal, que le

obligó á volver. Una última palabra, un último juramento, una última lágrima, un último beso fueron cambiados nuevamente; en seguida Enrique se desprendió y salió.

Cecilia se inclinó sobre el pasamano siguiéndole con sus ojos, y despues corrió á la ventana para verle subir al carruage; Enrique divisándole, la saludo agitando su sombrero.

El carruage se alejó en direccion de la calle de Saint-Honoré. Un tropel de coches lo detuvo un segundo, y Enrique sacó todo el cuerpo del suyo, haciendo con el pañuelo una señal á Cecilia.

Despues de llegada la noche, percibió en la ventana una sombra y un pañuelo que se agitaba.

El carruage prosiguió su ruta; pero Enrique permaneció siempre inclinado hácia afuera, y saludando hasta que hubo torcido el ángulo de la calle; entonces cayó sentado y sollozando.

Tan separado estaba ya de Cecilia, como si todo el Océano Atlántico hubiera mediado entre los dos.

Correspondencia.

CUANDO Cecilia vió desaparecer en el ángulo de la calle de Saint-Honoré el carruage que conducía á Enrique, cayó, casi desmayada, sobre una silla.

Diez minutos despues llamaron á la puerta; era un mandadero que traia un billete. Cecilia fijó la vista en el sobrescrito, y reconoció la letra de Enrique. Dió un grito de alegría, puso en la mano del Averniano cuanto dinero tenia en su bolso, y corrió á su cuarto trémula con es-

ta felicidad inesperada.

Sí, felicidad, porque cuando se ama con ese primer amor que introduce en lo mas profundo del alma esas raices de fuego que ningun otro amor puede arrancar, los sentimientos intermedios desaparecen, y todo es felicidad ó desesperacion.

La doncella abrió pues toda trémula el billete que acababa de recibir, y leyó, medio llorando, medio sonriendo, las pocas líneas siguientes:

«Querida Cecilia, llego al patio del correo, en el momento en que la mala vá á partir, sin embargo, con un pié en el estribo del carruage, rasgo una hoja de mi cartera, y os escribo estas pocas palabras.

«Os amo, Cecilia, como ningun corazon mortal ha amado jamás. Vos lo sois todo para mí, mi esposa aquí en la tierra, mi ángel en el cielo, mi alegría y mi felicidad por dó quiera. Os amo! os amo!

«El carruage parte, otra vez adios!»

Era la primera carta que Cecilia recibía de Enrique. La leyó y volvió á leer diez veces con-

secutivas, y despues como para dar gracias á Dios, de ser amada de tal suerte, fué á arrodillarse delante del crucifijo, y oró.

Aquella misma tarde, comenzó Cecilia el dibujo de su vestido, pareciéndole que cuanto mas activára su trabajo, tanto mas acelelaría al mismo tiempo el regreso de Enrique. Este diseño fué un compuesto de las mas bellas flores que habia conservado en su album; eran sus amigas, sus compañeras, las que convidaba á su futura felicidad.

De cuando en cuando se interrumpia Cecilia para volver á leer su carta.

La misma noche se terminó el dibujo.

Acostóse Cecilia con el billete de Enrique en la mano, y la mano sobre su corazon.

Cuando despertó tuvo algun tiempo sin poder coordinar sus ideas; creia que Enrique no habia partido; despues la realidad se abrió paso en su imaginacion, quedando reducida como la víspera á su billete, su único consuelo.

El dia se pasó lento y triste. Era la primera vez hacía cinco meses que pasaba Cecilia un dia sin ver á Enrique. Con su mapa de Francia en la mano lo seguia en su camino, pretendiendo

adivinar donde estaba á la misma hora en que pensaba en él.

Por lo tocante á la marquesa era esactamente la misma, es decir, insociable y egoista. Como Enrique se ocupaba mucho mas de Cecilia que de ella, no sentia su ausencia; sin embargo, debemos decirlo, le hacia justicia, amándolo tanto como era susceptible de amar á un extraño.

De aquí se sigue que la desventurada Cecilia no tenia á nadie en el mundo á quien encomendar una porcion del peso de la ausencia; ni una boca que respondiese con una palabra de consuelo á sus palabras de dolor; ni un corazon donde desahogar el suyo; ella pues, como de costumbre, lo recogia todo en si misma; y cuando sufria con esceso, pensaba en su madre y derramaba lágrimas, ó pensaba en Dios y oraba.

El siguiente dia á las nueve de la mañana llamó el cartero á la puerta: era una segunda carta de Enrique. Cecilia reconoció la letra y se la tomó de la mano con tanta viveza, que el buen hombre se sonrió en vista de la diligencia de la doncella.

He aquí los términos en que estaba concebida esta segunda carta:

«Nos detenemos un instante, y os escribo.

«Estoy en Abbeville, en el mismo cuarto donde almorzamos juntos de camino para Paris. Querida Cecilia, me he colocado en el sitio en que estuvisteis sentada, tal vez en la misma silla, y mientras que los demas viajeros se lamentan, sin dejar por eso de comer, de la malísima comida, yo os escribo.

«Desde que me separé de vos no he cesado un instante de teneros en mi pensamiento. Es verdad que recorro el mismo camino que he andado con vos, por lo tanto todo está lleno de recuerdos para mí. Reconozco cada una de los sitios donde el carruage se detenia, y donde yo bajaba para informarme de vos. Ay! ya no tengo cerca de mí, nadie que me interese; estoy con dos viajeros que ni aun siquiera he mirado, y con los cuales no he cambiado uno sola palabra.

«Es cierto que durante todo el camino hablo con vos, Cecilia; teneis una voz en mi corazon á la que hablo y me responde; me parece que he llevado un eco vuestro conmigo. No os habré yo dejado una cosa parecida, y del mismo modo que vos estais en mí, no estoy yo tambien algo en vos?

«Segun me afirman, recibireis esta carta á las nueve de la mañana prócsima. Cecilia, á las nueve de la mañana pensad en mí, cerrad los ojos, acordaos de la playa de Boloña, yo estaré al pie del acantilado, sobre el muro, escuchando esa inmensa y poderosa mar, cuyo sordo murmullo nos impresionó tan fuertemente cuando la oimos juntos. No necesito deciros que pensaré en vos; os lo repito, estais en mí, formais parte de mi ecsistencia, os amo tanto como vivo, podría decirse que cada latido de mi corazon pronuncia una sílaba de vuestro nombre.

«Adios, Cecilia, la ausencia solo puede dar la medida del cariño.

«Os escribiré desde Boloña donde me detendré algunas horas; cuanto mas me apresuro á alejarme de vos, tanto mas aprocsímo mi vuelta.

«Vuestro ENRIQUE.»

Esta carta causó una escesiva alegría á Cecilia, en primer lugar, porque no la esperaba; en segundo porque contenia esas eternas verdades del corazon, que necesita este oír repetir continuamente; y en tercero en fin, porque le proba-

ba que Enrique pensaba incesantemente en ella, como ella pensaba constantemente en él.

La pobre niña contó las horas del día que iba corriendo y los minutos del siguiente; se diría que toda su vida estaba pendiente de esa carta de Boloña.

Después bordaba su hermoso trage; pero notaba con terror que su bordado, tal como lo había dibujado, debía necesitar á lo menos siete ú ocho meses de ejecucion. Es así que los cálculos mas severos que hicieron entre sí fijaban el regreso á los seis meses, luego Cecilia se hallaría atrasada.

En cuanto á la marquesa, hubiérase dicho que no había para ella ni espacio, ni Océano, ni tempestad; hablaba del porvenir con esa confianza de los ancianos que calculan por años, cuando apenas tienen dias.

El segundo dia, Cecilia, que se había despertado á las cinco de la mañana, que no apartaba la vista de la manilla del péndulo, y que se estremecía al menor ruido, recibió á las nueve la siguiente carta:

«Estoy en Boloña, querida Cecilia.

«He tomado la pequeña habitacion que habeis ocupado; por consiguiente todavia estoy con vos.

«Hice llamar á madama de Ambron, y he hablado de vos.

«Nosotros nos poseemos todavia por lazos invisibles pero reales; mientras que visíte los lugares donde os he visto, continuará pareciéndome que estais cerca de mí como esposa; cuando halla dejado la Inglaterra por la América, como voy á dejar la Francia por la Inglaterra, ya no estareis cerca de mí sino como ángel.

«Aquí, aun sois visible á mis ojos; allá, no lo sereis ya sino á mi corazon; pero donde quiera que yo esté miraré al cielo, bien seguro de que el cielo fué vuestra patria pasada, y será vuestra patria futura.

«Entran á advertirme que una pequeña embarcacion dá á la vela dentro de dos horas para Inglaterra; tengo pues el tiempo preciso para correr hasta esa ribera que será un triple recuerdo para mi corazon; esa ribera que habeis visto sin mí, que hemos visto juntos, y que veré sin vos.

«Así, os dejo de la mano únicamente, que-

rida Cecilia, y á mi vuelta, prosigo esta carta.

.....
«Qué cosa tan magnífica y admirable es la mar, vista con un profundo sentimiento en el corazón! de qué modo corresponde á todos los pensamientos sublimes! cómo consuela y entristece al mismo tiempo! cómo nos eleva desde la tierra al cielo! cómo nos hace comprender la miseria del hombre y la grandeza de Dios!

«Creo que hubiera permanecido eternamente sentado sobre esa ribera donde hemos vagado juntos, y en la que me parecia que si lo buscaba con esmero, aun hallaria la huella de vuestros pasos. Mi corazón se dilataba con el espectáculo que tenia ante mis ojos. No os amaba ya con el amor de los hombres; os amaba como las flores al retorno de la primavera aman al sol; como durante las apasibles noches del verano, la mar ama al firmamento; como en todo tiempo la tierra ama á Dios.

«Oh! en aquel momento, Cecilia, el Señor me perdone si es una orgullosa impiedad; pero desafiaba á los acontecimientos á que nos separasen, aunque fuese por medio de la muerte. Cómo! cuando todo se mezcla y se confunde en

la naturaleza, los perfumes con los perfumes, las nubes con las nubes, la vida con la vida, por qué la muerte no se ha de mezclar tambien con la muerte, y puesto que cada cosa al mezclarse se fecunda, por qué la muerte que es una de las condiciones de la naturaleza, uno de los eslabones de la eternidad, una de las gradas de lo infinito, por qué la muerte ha de ser estéril solamente? Dios no la hubiera hecho, sino debiera de ser en sus manos otra cosa que una máquina de destruccion, y si al desunir los cuerpos no hubiera debido unir las almas.

«Asi pues, Cecilia, ni la misma muerte tendria poder para separarnos; porque la Escritura dice, que el Señor venció la muerte.

«Por lo tanto, Cecilia, hasta mas ver, y no adios; hasta mas ver! en este mundo quizá, y en el otro ciertamente!

«Por qué me asaltan hoy estas ideas? No lo sé. Es un recuerdo? es un presentimiento?

«Hasta mas ver; vienen á buscarme; el barco está pronto. Confio esta carta á madama de Ambron, que la echará ella misma al correo.

«Vuestro ENRIQUE.»

Pasados ocho dias, llegó una nueva carta. Hemos intitulado este capítulo; Correspondencia; permítannos pues nuestros lectores justificar su título, poniendo á su vista esta cuarta carta.

«Vélais sobre mí, Cecilia, vuestro aliento me impele, vuestra estrella me ilumina.

«Escuchad, y vereis como todo tiene para nosotros un écsito feliz: esto es asombroso, Dios mio! Mejor quisiera algunas dificultades. Desearía tener un enemigo que combatir, un obstáculo que vencer, Dios mio! Indudablemente os cansaréis de tantas bondades antes que haya llegado al término de mi camino.

«Yo sabia que cuando llegára á Lóndres no encontraria ya ni á madama de Lorges ni á nadie de mi familia. En efecto, todos habian partido; pero como no era de mis parientes, harto pobres para socorrerme, con quienes yo contaba, su ausencia no me ha causado otro pesar que el de no verlos.

«Confiaba en un bueno y escelente hombre, en un antiguo servidor, deberia decir en un amigo de nuestra familia, en uno que conoceis y amais, Cecilia, en el apreciable M. Duval.

«Careciendo, como sabeis, Cecilia, de toda fortuna lo mismo que vos, no podia por lo tanto contar sino con un préstamo garantizado por mi probidad. Pero no habia mas que un hombre á quien quisiera dirigirme en reclamacion de semejante servicio: este hombre era M. Duval.

«Por lo demas, yo no habia vacilado un solo instante en recurrir á él, y partí de Paris con esta intencion. No dudaba un momento de su buena voluntad, lo conocia.

«Pero, Cecilia, vos lo sabeis, ó mas bien no lo sabeis sino que lo adivinais: hay mil modo, de hacer favores, desde el favor que se arranca, hasta el favor que se nos ofrece.

«Pobre M. Duval! Apenas le hube dicho, porque nada le oculté, Cecilia, ni mi amor hácia vos, ni nuestra posicion, ni nuestras esperanzas que descansaban enteramente en él; apenas le hube dicho todo, cuando su esposa dirigiéndose á él, exclamó:

—«Qué tal! no te habia repetido veinte veces que se amaban?

«Así, Cecilia, estas buenas gentes, habian pensado en nosotros, se habian ocupado de nosotros, y cuando nos atrevíamos á declararnos

mutuamente nuestra ternura, nuestro amor, ya no era para ellos un secreto.

«Entonces M. Duval se vino hácia mí con las lágrimas saltadas: sí, Cecilia, este escelente hombre estaba á punto de llorar, y me dijo:

—«Amadla mucho, M. Enrique, amadla profundamente, porque es una doncella noble y buena; y si personas como nosotros hubieran osado alguna vez levantar la vista hasta ella, habria sido la esposa que yo hubiera deseado para mi Eduardo.

«Y alargándome la mano, cosa que nunca se habia atrevido á hacer desde que me conocia, y apretando fuertemente la mia, dijo:

—«Os lo repito, hacedla feliz. Y ahora, continuó enjugándose los ojos y conduciéndome á su despacho, hablémos de negocios.

«Esto fué cosa de un momento, sin que hubiera necesidad de hacer desembolso alguno.

«El comercio comprendido de un modo especial es, preciso es concederlo, una gran cosa. Siempre habia oido decir que para mover algunos miserables millares de francos se necesitaba papel sellado, escrituras, escribanos, recaudadores y otra multitud de requisitos.

«M. Duval tomó una tira de papel y escribió:

«Tengo el honor de poner en conocimiento de MM. Smith y Thurnsen que garantizo al señor vizconde Enrique de Sennones por una suma de cincuenta mil francos.

«En seguida firmó, me entregó el papel, y quedamos al corriente.

«El mismo día me presentó á dichos señores: les espliqué mi anhelo de pasar á Guadalupe con una pacotilla. Cabalmente tenían un barco á la carga para las Antillas, y me preguntaron cuales eran los objetos con que queria especular. Yo les respondí que completamente extraño al comercio, les suplicaba se entendiesen en esta materia con M. Duval, y me prometieron ocuparse de esto al día siguiente.

«Volví á casa de M. Duval. Habia una cosa de que queria hablaros prolijamente, querida Cecilia, y que por lo tanto deseaba visitar: era vuestra casita de Hendon.

«Me informé, pues, de M. Duval, de quién era su nuevo propietario.

«En esta circunstancia vais á apreciar el corazon de este hombre excelente.

«El propietario era él. Comprendeis, Cecilia?

En su fidelidad por vuestra madre y por vos, ha comprado la casa y los muebles que la adornaban, á fin de que se conservase siempre como un monumento del tránsito por la tierra de *su santa* y de *su ángel*. Asi llama á vuestra madre, asi os nombra á vos.

«Quería acompañarme; pero madama Duval se lo impidió.

—«El señor vizconde querrá mejor ir solo á Hendon, le dijo. Quedaos aquí; vuestra presencia ahuyentaría todos sus recuerdos.

«Hay en el corazon de la muger, en el lugar donde se abrigan los objetos de amor, un sentimiento que el hombre mas delicado jamás encontrará en el suyo.

«M. Duval me entregó la llave de la quinta.

«Nadie vá allí, incluso ellos; únicamente vuestra antigua doncella inglesa, que ha entrado al servicio de madama Duval, está encargada de la conservacion de vuestro paraíso.

«El siguiente día por la mañana me puse en camino: en dos horas y media estuve en Hendon.

«Recordé la primera vez que fuí acompañando á madama de Lorges; con qué indiferen-

cia, diré mejor, casi con que desprecio llegué á aquella deliciosa quinta... perdonadme, Cecilia, aun no os habia visto, ni os conocía. Desde el momento en que os ví, desde el instante en que os conocí, la pequeña casa fué un templo del cual llegásteis vos á ser la divinidad, y vuestra alcoba el santuario.

«Os lo aseguro, Cecilia, jamás habia experimentado una emocion igual á la que sentí al acercarme á aquella casa. Anhelaba arrodillarme delante de su puerta, y besar su umbral.

«Entré no obstante; pero mi mano temblaba al meter la llave en la cerradura, y mis piernas flaqueaban cuando despues de haber empujado la puerta me encontré en el corredor.

«Visité primeramente el jardin: nada de flores, hojas ni sombra; todo estaba por demás triste y desolado como cuando lo dejásteis diez meses há.

«Sentéme sobre el banco del emparrado. Vuestros amigos los pájaros saltaban cantando sobre las ramas despojadas. Estos pájaros, vos los habeis visto, Cecilia; el canto que entonaban, lo habeis oido tambien.

«Permanecí escuchándolos con la vista fija

en vuestra cerrada ventana, esperando veros aparecer de un momento á otro detrás de las vidrieras; porque, como yo os he dicho, todo se ha conservado como estaba en poder vuestro.

«Subí despues la pequeña escalera de caracol, y entré en el cuarto de vuestra madre. Me arrodillé delante del sitio donde estaba el crucifijo, y recé por nosotros.

«En seguida entreabrí la puerta de vuestra habitacion. Tranquilizaos, querida Cecilia, ni aun siquiera entré; todo lo he respetado.

«En fin, me separé de aquella casita donde dejaba tan buena parte de mi vida pasada para ir á hacer una visita todavia mas santa que todas las de más. Ya comprendereis, Cecilia, que quiero hablar del sepulcro de vuestra madre.

«Como en vuestro jardin, como en vuestro cuarto, como en todas partes, por último, se vé que una mano amiga ha pasado por allí: en la primavera ha debido estar cubierto de flores, y en sus marchitos tallos, en sus secas hojas, reconocí las mismas flores que en vuestro jardin. Cogí algunas hojas de rosal y de heliótropo, únicas plantas que han sobrevivido mas bien á los ataques del invierno, y os las envio. Son las que

encontrareis en esta carta. Apenas me atrevo á deciros que, seguro de que las llevareis á vuestros lábios, he depositado en cada una de ellas un beso.

«Era necesario partir: habia invertido cinco á seis horas en esta santa peregrinacion, y tenia aquella noche una cita en casa de M. Duval con los señores Smith y Thurnsen. A las ocho estaba de vuelta.

«Estos señores llegaron con la rigurosa puntualidad comercial; conocen perfectamente á mi tío que es inmensamente rico, á lo que parece, y, salvo algunas singularidades, excelente hombre, segun ellos dicen.

«Todo quedó arreglado en la noche; un hermoso bergantin completamente cargado se encuentra en el puerto; el armador es amigo de los referidos; me dá un interés de cincuenta mil francos en su carga, y ved, querida Cecilia, como os decia, qué extraña ventura me persigue; esta embarcacion sale mañana.

«Ah! se me olvidaba deciros... Mi buque se llama *La bella Ana*; es un nombre casi tan lindo como el de Cecilia!

«Os dejo de aquí á mañana; cuando llegue

el momento de partir haré que lleven esta carta al correo.»

«Once de la mañana.

«Toda la mañana se ha empleado en mis preparativos de viage; por fortuna, en él todo se refiere á vos, y por consiguiente ninguna cosa me aparta un instante de vuestro pensamiento.

«El tiempo está increíblemente hermoso para un dia de otoño. M. Duval y Eduardo están conmigo, madama Duval me ha enviado sus deseos de mi prosperidad por conducto de su esposo y de su hijo; ambos me acompañarán hasta abordo.

«Parece que esta buena familia ha recibido ayer una importante nueva; creo haber adivinado que Eduardo estaba en cierto modo prometido á una muger hácia la cual no abrigaba sino los sentimientos de un hermano, en tanto que amaba á otra. Pero M. y madama Duval, esclavos de la palabra empeñada, no querian permitir esta union antes de desembarazarse de su antigua promesa. La nueva de que eran libres les ha llegado, como os he dicho, ayer ó antes de ayer; de suerte que, segun toda probabili-

dad, el pobre Eduardo va á casarse dentro de algunos dias con la que ama.

«Es muy feliz.»

«Medio dia, abordo de La bella Ana.»

«Como veis, querida Cecilia, me he visto obligado de nuevo á dejaros. No podia verdaderamente dejar á Eduardo y á su padre sin hacerles compañía: ambos, bien lo sabeis, abandonaron su bufete para acompañarme. No hubieran hecho otro tanto por el rey Jorge.

«El pequeño bergantin me parece ciertamente digno de su nombre; es una especie de paquebot construido así para el pasage como para el comercio, y en el cual, cosa estraña, los hombres son casi tan bien tratados como las mercancías. El capitan es un irlandés, llamado John Dikins. Me ha dado un escelente camarote, número 5. Es el mismo número, notadlo, que el de la casa que habitais.

«Ah! he aquí que ya no puedo escribiros, porque el barco empieza á aparejar, y como levantan el ancla, se causa un enorme movimiento que me impide continuar.

«Con que hasta mas ver, querida Cecilia, ó

mas bien adios, porque para mí la palabra adios no tiene la significacion que se le dá; es una recomendacion al Señor de que vele por vos; adios pues, os dejo bajo la mirada de Dios.

«Partímos bajo los mejores auspicios: todos nos presagian una feliz travesía. Cecilia, Cecilia, desearia ser fuerte, quisiera comunicaros mi fortaleza; pero me es imposible hacer alarde de estoicismo en vuestra presencia. Cecilia, mucho sufro al separarme de vos: en Boloña no abandonaba mas que á la Francia; al dejar á Lóndres abandono la Europa.

«Adios, Cecilia! adios, mi amor! adios, mi ángel bueno! orad por mí, no confío mas que en vuestras oraciones, hasta el último momento os escribo; pero ya obligan á M. Duval y á su hijo á bajar á la lancha, yo solo retardo la partida. Una palabra mas y cierro mi carta: os amo, adios, Cecilia! Cecilia, adios!

«Adios.

«Vuestro ENRIQUE.»

8.

El tío de Guadalupe.

CECILIA recibió esta carta á los cuatro días después de escrita; hacia ya dos que Enrique habia perdido de vista las costas de Francia é Inglaterra.

Es fácil de comprender la doble impresion que produjo esta carta en la desventurada niña. Aquella peregrinacion de Enrique á la quinta y al sepulcro le recordaba todas sus alegrías y todos sus dolores de lo pasado. La partida de Enrique, partida retardada tanto como habia podi-

do, y cuyas últimas angustias le explicaba la pluma del jóven, le recordaba todos sus temores y todas sus esperanzas para el porvenir.

Enrique navegaba ahora entre el cielo y la mar. Arrodillóse así que acabó de leer su carta, y pidió largo rato á Dios por él.

Pensó luego en los otros párrafos de su carta; en aquella buena familia de Duval, de quien Enrique habia ido á solicitar un apoyo, sin saber que la muger, por la cual iba á revelar su amor, debia ser la esposa de Eduardo, de Eduardo que, con otro amor en el corazon, esclavo como era del compromiso de sus padres, lo habia cumplido con la fidelidad que un comerciante observa en el pago de una letra de cambio, aun cuando tal deuda labrara su desgracia.

Entonces Cecilia corrió á su púpitre, y en el primer momento de su efusion escribió á madama Duval una larga carta, en la que le abria completamente su corazon, llamándola su madre. La hermosa organizacion de Cecilia era tan apta para sentir todo lo que es noble y grande!

Despues volvió á su trage de boda, su gran trabajo, su mayor distraccion, su única felicidad. La marquesa continuaba en su vida acos-

tumbada, pasando todas las mañanas acostada, leyendo ó haciendo que le leyeran novelas. Cecilia no la veia materialmente sino á las horas de las comidas. Un abismo entero mediaba entre estas dos mugeres: la una toda intelectual; la otra, toda sensual; la una juzgando todas las cosas por el corazon; la otra, ecsaminándolas bajo el punto de vista del entendimiento.

En cuanto á la señorita Aspasia, Cecilia sentia cierta secreta aversion hácia ella; de suerte que, para no pedirle un favor, que esta por otra parte le hubiera negado tal vez, se habia arreglado con una buena muger que habitaba las buhardillas de la misma casa, llamada madama Dubois. Esta bajaba diariamente y hacia las haciendas de la pobre niña.

Como hemos dicho, la marquesa habia conservado algunas relaciones con sus antiguas amigas, las cuales venian á verla de cuando en cuando á su humilde morada, invitándola tambien ó á ir á verlas, ó á que se sirviese de sus carruages; pero la marquesa tenia el orgullo de su pobreza. Por otra parte, el poco ejercicio á que se habia habituado hacia treinta años, la habia arrastrado hácia la obesidad. Estaba muy

gruesa , y toda mudanza la fatigaba.

Pasaba pues su vida en su cuarto, y Cecilia en el suyo.

La desdichada niña invertia todo el dia en seguir ya en su pensamiento, ya sobre el mapa, al aventurero bajel que vogaba hácia otro mundo. Habia calculado perfectamente que debian transcurrir á lo menos tres meses sin recibir carta alguna de Enrique. No la esperaba; pero esto no la impedia que se estremeciera cada vez que oia llamar á la puerta. Por un instante temblaba entonces la aguja entre sus dedos, despues aparecia la persona que habia llamado , y como esta persona nada tenia que ver con Enrique, Cecilia proseguia, suspirando , su trabajo.

Este trabajo era un prodigio de paciencia, de perfeccion y de gusto ; no era un simple bordado, sino un dibujo de relieve. Todas aquellas flores, aunque pálidas como esas de que se componen coronas para las vírgenes que se conducen al altar, ó para las doncellas que conducen al sepulcro, estaban vivas y animadas. Cada una de ellas despertaba en Cecilia un recuerdo de su infancia, y al bordarla, hablábale del tiempo en que ella tambien, hija efímera del sol

esímero de Lóndres, habia vivido.

Una mañana que trabajaba Cecilia como de costumbre, llamaron á la puerta; pero esta vez se estremeció todavia mas vivamente que de ordinario; le pareció que habia oído el modo de llamar del cartero. Corrió á abrir en persona, era él; le alargó una carta. Dió un grito de alegría: el sobre era de la letra de Enrique. Llevó la vista al sello; estaba sellada en el Havre.

A pique estuvo de desmayarse. Qué habia sucedido? Cómo despues de seis semanas de viaje prócsimamente; recibia de Enrique una carta sellada en el Havre? Habia vuelto á Francia?

Tenía la carta en la mano, y toda trémula no se atreveia á abrirla.

Reparó que el cartero estaba esperando, le pagó y corrió á su cuarto.

Cuanto le agradaba el risueño semblante de este hombre!

Abrió la carta; traia esta fecha: *En la mar.*

Enrique habia hallado una ocasion de escribirle. He aquí todo.

Leyó lo siguiente:

«Querida Cecilia:

«Ved si verdaderamente vuestras oraciones

me proporcionan felicidad; he aquí que, contra toda esperanza, encuentro una ocasion de deciros que os amo.

«Esta mañana el marinero vigía señaló una vela. Como estamos siempre alerta á causa de la guerra, el capitan y los pasajeros subieron al punto sobre cubierta; pero al cabo de pocos minutos se reconoció que la embarcacion avistada era mercante; además habia puesto la proa hácia nosotros, haciendo señales de apuro.

«No espereis una famosa aventura muy triste y dramática. No, querida Cecilia, Dios no ha querido que vuestro buen corazon pudiera entristecerse acerca de la suerte de aquellos á quienes debeis esta carta. La embarcacion, que era francesa, del Havre, habia sido detenida pocos dias despues de su salida de Nueva-York por una calma de tres semanas, y temia carecer de agua antes de arribar á Francia. El capitan mandó le enviaran una docena de pipas, y yo me puse á escribir para repetiros, Cecilia, que os amo, que á cada hora del dia y de la noche pienso en vos, y que constantemente estais cerca de mí, al rededor de mí, en mí.

«Sabeis lo que pienso, Cecilia, al ver estos

dos barcos en facha á cien prsos de distancia, de los cuales uno navega hácia Pointe-á-Pitre, y el otro hácia el Havre? Es, que si con el auxilio de una de esas lanchas que vienen y van, pasan del uno al otro, en quince dias estaria en el Havre, y á la noche siguiente á vuestros pies.

«Y para esto, no necesitaria mas que quererlo. Os volveria á ver, Cecilia. Comprendeis? Pero esto seria lo que los hombres llaman una locura, y nos perderia.

«Oh! Dios mio! cómo no hemos encontrado algun proyecto para el porvenir que no me alejara de vos? Me parece que animado por una palabra, por una mirada vuestra hubiera triunfado en todas mis empresas. Ya veis, Cecilia, que protegido por vos, triunfo tambien lejos de vos.

«Oh! os lo repito, esta estraña felicidad me espanta; temo que hayamos dejado la tierra, Cecilia, y que ambos estemos ya camino del cielo.

«Perdonad mis funestos presagios; pero el hombre ha nacido acá en el mundo para tan corta dicha, que ecsiste una duda en el fondo de cada una de sus alegrías que le impide que sea

una perfecta felicidad.

«Sabeis en qué paso los dias, Cecilia? en escribiros. Yo os llevaré un largo diario donde hallareis hora por hora todos mi pensamientos. Asi vereis que mi imaginacion no ha estado un solo instante separada de vos.

«Despues cuando llega la noche, como está prohibido conservar luz en el barco, subo sobre cubierta, y ecsaminando ese magnífico espectáculo del sol que se acuesta en el mar, sigo una tras otra todas las estrellas que se encienden en el cielo, y [cosa estraña!] el reconocimiento y la adoracion en Dios me conducen á la tristeza, porque me pregunto, si Dios que tiene que poner en accion todos esos mundos, ocupado como debe estar en seguir con la vista ese eterno conjunto, puede tener una mirada para cada individuo que levanta las manos hácia él?

«Y en efecto, qué importa á la omnipotencia y á la suprema magestad de Dios esas particularidades de nuestra miserable vida? qué le supone á ese Gran-todo los acontecimientos prósperos ó adversos de nuestra ecsistencia? qué le importa á ese rico segador que algunas espigas, de uno de sus millones de campos que cada cual

se llama un mundo, estén encorvadas por el granizo ó arrancadas de raíz por el huracan?

«Dios mio! Diosmio! sino me escuchais cuando os hablo, sino me ois cuando os suplico que me lleveis al lado de Cecilia, qué me espera!

«Mas, qué es esto! querida Cecilia, en qué pensamientos voy á perderme todavia? Cuando cada una de mis cartas debiera llevaros la fortaleza, cómo es que no os llevan sino el desaliento? Perdonadme, perdonadme.

«Me he adquirido un amigo abordo: es el piloto. Pobre mozo! tambien él ha dejado en Gravesend, una muger á quien ama. En la actitud con que miraba al cielo suspirando, reconocí un hermano de infortunio. Poco á poco me relacioné con él; me ha hablado de su querida Jenny. Y yo, Cecilia, perdonadme, le he hablado de vos.

«Ya tengo, pues, alguien á quien decir vuestro nombre, á quien decir que os amo, ya tengo un corazon que comprenda el mio!

«El corazon de un marinero? me dirán. Desgraciados de los que me digan eso!

«Este buen jóven, con quien hablo de vos todas las noches, se llama Samuel.

«Yo tambien quiero que sepais su nombre.

«Os lo recomiendo á vuestras oraciones á fin de que vuelva á ver á su Jenny. Le he prometido que lo hariais.

«Adios, Cecilia, adios, mi amor! La lancha del barco francés se vuelve á su bordo, Entrego esta carta al contra-maestre, que me promete, bajo su palabra, echarla él mismo al correo á su llegada al Havre. Adios otra vez, mi amadísima Cecilia, dentro de veinte á veinte y cinco dias, si el tiempo continúa siéndonos favorable estaré en Guadalupe.

«Adios, por la milésima vez. Os amo.

«*Vuestro* ENRIQUE.»

«P. S.—Una palabra en vuestras oraciones por Samuel y por Jenny.»

Seria imposible hacer que comprendiesen nuestros lectores la profunda impresion que produjo en Cecilia esta carta: impresion tanto mas grande, cuanto mas inesperada era la carta. Cecilia cayó de rodillas anegados sus ojos en lágrimas de reconocimiento. No fué una oracion lo

que dijo; sino que pronunció unos nombres, entre los cuales, como se lo habia suplicado Enrique, figuraban los de Samuel y Jenny.

Despues se puso á proseguir, mas animosa y mas confiada que nunca, su trage de boda.

Continuaron transcurriendo los dias, sucediéndose con su monótona regularidad, sin producir nada nuevo. Esta carta inesperada, esta bienaventurada carta habia dado á Cecilia la esperanza de que algun suceso semejante al primero le proporsionaria noticias de su amante; pero como lo habia dicho Enrique, aquel suceso era uno de esos accidentes ocasionados por una feliz casualidad, y cuya repeticion no era probable.

Durante este tiempo habian ocurrido grandes acontecimientos: la república se habia convertido en imperio; Bonaparte se habia vuelto Napoleon; la Europa aterrada habia asistido á este extraño espectáculo sin levantar siquiera la voz para protestar; todo parecia asegurar á la dinastia naciente una larga duracion; los que rodeaban á los nuevos elegidos eran ricos, brillantes, dichosos. Cuando Cecilia veia pasar alguna vez por debajo de sus ventanas á esos brillantes

caballeros y á esa elegante nobleza, mitad sometida, mitad nuevamente creada, se decia con un suspiro: «He ahí lo que seria Enrique, lo que yo seria, si hubiéramos dejado seguir su curso á los sucesos.» Pero súbitamente pensaba en esa sangre todavia fresca en los fosos de Vincennes, y se respondía con un nuevo suspiro: «La conciencia no engaña: hemos hecho bien.»

Asi se pasó otro mes. Entonces empezó Cecilia á esperar con mas impaciencia; despues una semana, cuatro dias, cada uno mas lento que el otro; en fin, la mañana del quinto aquel campañillazo tanto tiempo esperado y tan perfectamente conocido resonó. Cecilia se precipitó hácia la puerta: era una carta de Enrique.

Pongamos esta nueva carta á la vista del lector,

«Querida Cecilia:

«En primer lugar, y ante todas cosas, nuestra felicidad es la misma. He arribado á Guadalupe despues de una navegacion algo larga; pero retardada solamente por falta de tiempo y no por temporales. He hallado á mi tio, que es el hombre mas bueno y escelente del mundo, y que se

ha alegrado tanto de verme alistado en lo que él llama su regimiento, que al instante mismo me ha declarado que podia considerarme como su heredero.

«Y mi tio, sea dicho de paso, querida Cecilia, es inmensamente rico.

«Ahora, como toda cosa buena tiene su lado malo, el buen hombre me ha manifestado, que al verme se sintió poseido de tan violento amor por mí, que bajo ningun pretexto me permitirá partir antes de dos meses. Primeramente me asaltaron grandes deseos de declararle que á tal precio renunciaba á su sucesion; pero he reflexionado, mi caro amor, que esos dos meses eran con corta diferencia necesarios para la venta de mi pequeña pacotilla. Ademias que el capitan de *La bella Ana* me ha asegurado que necesita lo menos ese tiempo para hacer un nuevo cargamento, de suerte que me ha sido forzoso resignarme. Aquí me teneis pues clavado en la Pointe-á-Pitre por dos meses lo menos. Afortunadamente mañana por la mañana aparece una embarcacion, y os llevará noticias de vuestro pobre desterrado que os ama, Cecilia, mas de lo que ninguna palabra humana puede decir, mas de

lo que pensamiento alguno terrestre es capaz de espresar.

«Todo se lo he dicho, nada le he callado á mi tio; primero puso mala cara cuando le informé de que no erais de una familia comerciante; pero en fin, luego que supo cuan perfecta sois, y que le afirmé que vos lo amareis siquiera por amor de mí, se consoló con que seais de bella, buena y antigua nobleza. Debo deciros, Cecilia, que este querido tio con su mania de ser un hombre de mostrador, es la aristocr cia personificada, que á su pesar se le asoma á los lábios la partícula, y que al propio tiempo que quita su título á las personas que lo tienen, añade el *de* á los que no lo tienen.

«Qué magnífica y grandiosa naturaleza, querida Cecilia, y cuan feliz seria yo si la admirara con vos! cómo se perderia nuestro pensamiento en la estension de esta mar infinita! cómo se engolfaria nuestra vista en este cielo tan puro y límpido que la mirada cree siempre que llegar  á penetrar hasta Dios!

«Desgraciadamente toda esta naturaleza os es estraña, Cecilia. Vos no conoceis estas plantas, estas flores, estos frutos, ni ellos tampoco os co-

nocen. El otro día brinqué de júbilo al reparar en una rosa abierta, porque me recordó á Inglaterra, á Hendon, vuestra quinta, vuestra jardin y vuestra tumba.

«Qué terrible y precioso don del cielo es la memoria! En un segundo he salvado mil y ochocientas leguas, y me he encontrado sentado con vos debajo del emparrado de vuestro jardin, abarcándolo hasta con sus menores particularidades, desde vuestras magníficas compañeras las rosas, los lirios, los tulipanes, las anémonas y las violetas, hasta vuestro humilde césped verde, en el cual saltaban buscando alegremente el grano que sembrábais cada día, los bulliciosos pinzones, los pintados gilgueros y los insolentes gorriones.

«No sé en qué consiste, querida Cecilia; pero hoy tengo el corazon henchido de esperanza y regocijo; aquí todo es tan bello, tan rico, los árboles de vegetacion y los hombres de ecsistencia, que mi duda eterna comienza á desvanecerse, y mi corazon, por tanto tiempo oprimido, se dilata y respira con mas libertad.

«Van ya muchas líneas sin deciros que os amo, Cecilia; pero temo repetiroslo con demasia-

da frecuencia; si os lo dijera de boca, me parece que la espresion de mis ojos, el metal de mi voz abogarian tambien por mis eternas repeticiones que me las perdonariais.

«Pero mi tio entra y quiere absolutamente llevarme á ver sus plantaciones. Resisto; pero dice que algun día serán vuestras, y esta razon me decide á dejaros por una ó dos horas. Hasta mas ver, Cecilia.

«Sabeis, Cecilia, lo que harémos si alguna vez venis á habitar á Guadalupe? Sacarémos un diseño de la quinta, un plano del pequeño jardin, traeremos semíllas de todas vuestras flores; y despues, en medio de la hacienda de mi tio, resucitarémos el pequeño paraíso de Hendon.

«Paso mi vida en fraguar proyectos, en edificar castillos de naipes; luego, pido á Dios que no sople sobre mis sueños, y que les dé tiempo para tornarse en realidades.

«Afortunadamente casi siempre estoy solo, es decir, con vos, Cecilia; caminaís á mi lado, discuto con vos, os hablo, os sonrío; la ilusion es tan grande muchas veces, que alargo la mano para tomar la vuestra; entonces desapareceis como un vapor, os desvaneceis como una sombra.

«Así que haya partido el barco que os ha de llevar esta carta, no tendré ya probablemente ocasion de escribiros antes de un mes ó de seis semanas; las salidas son raras en este tiempo; despues dentro de dos meses, me tocará partir tambien. Cecilia, Cecilia, comprendéis qué momento será para mí ese, en que vea las costas de Francia, cuando vea á Paris, cuando vea la calle del Gallo, cuando suba esos cinco pisos, cuando llame á vuestra puerta, cuando me precipite á vuestros pies? Dios miol! Cómo sufriré semejante felicidad sin volverme loco?

«Adios, Cecilia, os escribiría así eternamente, y para qué? para deciros y repetiros cien veces las mismas cosas. Adios, Cecilia, no os digo que pensais en mí: es imposible que sea yo el único que ame como amo. Adios, Cecilia, orad, orad por mi vuelta; porque estoy cierto de que á vuestras oraciones debo hasta ahora esta combinacion de sucesos tan constantemente felices que, os lo repito por la centésima vez, me asusta tanta prosperidad.

«Adios, Cecilia, encargo á una bella nube dorada, tan resplandeciente que tiene la apariencia del carro de un ángel, que os lleve todas

mis memorias; camina suavemente hácia la Francia cruzando este cielo límpido de que no se tiene idea en nuestros climas, y, mirad, vedla que se descompone y adopta la figura de un águila con las alas desplegadas, para ir mas rápida. Gracias, mi hermosa nube, gracias; saludadla al pasar, y decidle que la amo.

«Adios, no os dejaria si me creyera, y Dios sabe á lo que me espondria; porque vos temeis tanto en lo sucesivo la llegada de mis interminables cartas, cuando yo desearia una línea, una palabra, una sílaba vuestra.

«Adios otra vez, otra vez, os amo; adios, adios!

«*Vuestro* ENRIQUE.»

Por mas larga que fuese esta carta, pareció muy corta á Cecilia; leyóla y releyóla todo el dia, y últimamente, como las otras, la aprendió de memoria. De esta suerte al mismo tiempo que trabajaba en su hermoso traje de boda, la pobre niña se repetia en secreto las frases de su amado; despues, de cuando en cuando, como estas frases no le bastaban, cogia las mismas cartas, á fin de fortalecer mas completamente su

corazon por el contacto del papel y por la vista de lo escrito.

Durante este tiempo adelantaba el vestido; era, como hemos dicho, una magnífica guirnalda de bordados que lo guarnecía todo, y que debía subir por delante hasta la cintura, dividiéndose luego en ramos de los cuales los unos continuarían acompañando aquella parte del talle que se llama la cotilla, mientras que los otros se estraviarían caprichosamente al rededor de las mangas; por lo que toca al fondo del traje habia de quedar unido.

Es así que ya estaba hecha mas de la mitad del vestido, y como segun toda probabilidad Enrique habia de tardar todavía en volver tres ó cuatro meses, estaria completamente acabado á su regreso.

De cuando en cuando pedia la marquesa noticias del viagero; pero usando el tono con que se hubiera informado de cualquier extraño. La marquesa no habia ideado este matrimonio por amistad á Enrique, sino por antipatía hácia Eduardo. No queria ver á su nieta esposa de un comisionado de banco, he aquí todo.

Y entre tanto sucedian dias á dias: Cecilia

sabia que no debia salir ninguna embarcion de Guadalupe antes de seis semanas. Enrique se lo habia dicho, se acuerda. Esperaba pues con bastante paciencia todo el tiempo indicado; pero principió á inquietarse cuando transcurrieron los dos meses. En fin, con las mismas agitaciones de felicidad, con la misma vehemencia de júbilo, recibió una mañana esta nueva carta:

«Parto, querida Cecilia, parto.

«El buque que lleva esta carta no me precederá mas que ocho dias, y aun podrá suceder que, como *La bella Ana* pasa por una escelente velera, llegue al mismo tiempo ó antes que mi carta.

«Comprendedlo, Cecilia; parto, y parto rico. He ganado ciento por ciento con mi pequeña pacotilla: en el mismo instante reembolsé á M. Duval los cincuenta mil francos. Me quedan otros cincuenta mil, y mi tio me hace un cargamento que puede valer cien mil escudos. Además me entrega cien mil francos como regalo de boda.

«Mi amadísima Cecilia, comprendéis el enagenamiento en que estoy? No ceso de preguntar

al capitan si es cierto que su viage esté acordado para el 8 de Marzo; porque este dia es cuando partimos.

«Me responde que sí, y que á no ser que los vientos se declaren contrarios, su partida está irrevocablemente fijada para dicha época; pero en este momento los vientos soplan ordinariamente con una perfecta regularidad; por consiguiente nada nos retardará, así lo espero.

«Dios mio! Dios mio! luego es verdad que voy á verla, que volveré á ver á mi Cecilia muy amada, mi ángel querido! Luego es cierto que todos mis temores eran insensatos, que vuestra bondad no se cansa, y que la fortuna que me ha acompañado hasta aquí no era sino el presagio de la que tambien debia acompañarme hasta Francia!

«Dios mio, sois bueno, sois grande, sois misericordioso; gracias os doy!

«O por mejor decir, Dios mio, no es verdad que ella que ruega, ella que vela, es la que merece por sí y por mí?

«Por lo demás, tengo un compañero de gozo y felicidad: Samuel, el pobre Samuel, ya lo sabeis, Cecilia, el piloto de quien os he hablado;

al desdichado le faltaban algunos centenares de francos para ser feliz, como á nosotros algunos millares. Comprendeis que con mil escudos he labrado la ventura de un hombre? Estos mil escudos se los he dado en nuestro nombre. A su regreso vá á casarse con Jeany; y su primer hijo si es un varon se llamará Enrique; y Cecilia, si es hembra.

«De aquí resulta que el pobre Samuel está en la actualidad tan impaciente como yo por partir.

«Ocho dias! cuan largo plazo son ocho dias! ocho dias de espera sin acercarme todavia á vos! A lo menos en un barco ó en un carruage, impelido por el ala del viento ó por buenos caballos, sentimos que nos movemos, que adelantamos, que nos acercamos; hay en el movimiento un consuelo. Nuestra madre nos mece cuando somos pequeños; la esperanza cuando somos mayores. En verdad, creo que mejor quisiera pasar quince dias de mas en la mar, y ponerme en camino al instante mismo.

«Así, casi vacilo en enviaros esta carta, Cecilia. Si me amais como yo os amo, lo que, mucho lo temo, es imposible, y nuestra embarca-

cion por vientos contrarios ó por cualquiera otro accidente se atrasa una semana, quince dias, un mes, qué suplicio vá á ser nuestra vida constantemente en espectacion! Oh! esperaros yo, Cecilia! saber que venís á reuniros conmigo y no poder salir á recibiros, no poder abreviar la distancia que nos separa lanzándome á vuestro encuentro; oh! conozco que esto seria para mí una desgracia horrorosa, imposible, inaudíta; conozco que esto sería todavia peor que no tener noticias vuestras, y sin embargo no tengo valor para dejar de clamar: Allá voy, Cecilia, allá voy; esperadme!

«Sí, esperadme, mi adorada Cecilia; sí, luego, vuelo; esperadme, aquí me teneis, estoy cerca de vos, estoy á vuestros pies. Decidme que me amais, Cecilia; yo os amo tanto!

«No mas, adios, Cecilia; dentro de ocho dias parto. Hasta mas ver, Cecilia, hasta mas ver! Aguardadme de un momento á otro. Otra vez, Cecilia, allá voy.

«*Vuestro* ENRIQUE.»

9.

El traje nupcial.

Es evidente la impresion que semejante carta produjo en la doncella. Fué á postrarse delante del crucifijo; y despues de haber hecho oracion y tributado acciones de gracias, corrió en busca de la marquesa para comunicarle esta buena nueva; pero la marquesa estaba de humor de leer una nueva novela cuyos ficticios amores le interesaban de distinta suerte que los amores reales de su nieta: con todo la dió su muy sincera enhorabuena, besándola la frente.

—Y bien, hija mia, la dijo, ya ves que tu pobre madre no tenia sentido comun cuando acordó aquel proyecto de alianza con los Duval, y que solo yo tenia razon. Luego á mí únicamente deberás tu felicidad; hija mia, jamás lo olvides.

Cecilia volvió á su cuarto con el corazón oprimido. Tal acusacion dirigida contra su desgraciada madre en aquel momento en que era tan dichosa, vibró hasta en lo íntimo del corazón. Antes se habia arrodillado para dar gracias á Dios; por segunda vez se prosternó para pedir perdon á su madre

Despues leyó y volvió á leer diez veces su carta; por último, recurrió á su trage de boda.

Se hubiera dicho que la pobre niña habia calculado el bordado para la vuelta, y que debia terminar el vestido y volver á ver á Enrique todo á un mismo tiempo; porque apenas le quedaban ocho dias de trabajo. Por lo demás, nueve meses prócsimamente habian transcurrido entre la primera y la última flor de aquel espléndido dibujo.

Pero con qué alma, qué júbilo, qué felicidad trabajaba ahora! Cómo se animaban aquellas flo-

res debajo de sus dedos! Cómo parecían, rivales de las hijas de la primavera, ser al mismo tiempo hijas del amor! Y cómo aquel bordado, confidente primero de su tristeza, era ahora, prócsimo á terminarse, confidente de su felicidad!

Oh! sí, Enrique bien lo habia dicho, las horas parecieron largas á la pobre Cecilia, y sin embargo pasaron; vino despues la tarde, en seguida la noche: Cecilia apenas pudo dormir. Cada carruage que pasaba la hacia saltar. No escribia Enrique que *La bella Ana* era buena velera, y que quizá llegára al mismo tiempo que su carta? Es verdad que esto era ecsigir demasiado: Enrique lo habia previsto, podía ocurrir una demora. Era necesario dar á lo menos ocho dias de espera: esto era razonable. Cecilia se repetía así misma que estaba loca de esperar, y sin embargo esperaba.

Y no obstante, á cada ruido de la casa corría á la escalera, á cada ruido de la calle corría á la ventana.

Así se pasó tambien el día siguiente, el inmediato y los sucesivos; pero el octavo, que Cecilia habia señalado como término de convenio á su esperanza, fué un verdadero suplicio.

Desde la víspera por la tarde habia concluido su trage de boda; la última flor se habia desplegado brillante y lozana debajo de sus dedos.

El octavo dia pasó como los anteriores. Desde las dos hasta la noche permaneció Cecilia á la ventana con la vista fija en el ángulo de la calle de Saint-Honoré, figurándose ver aparecer repentinamente el coche que le traeria á Enrique, al modo que habia visto desaparecer el que lo llevaba.

Despues, por uno de esos estraños misterios que prueban que el tiempo no ecsiste y que no es mas que una palabra, todo ese intervalo que habia pasado esperando á Enrique desaparecia borrado; parecíale que era la víspera cuando habia partido, y que durante la noche habia tenido un sueño en el que se le representára este largo viage.

Llegó la noche, la oscuridad se hizo mas espesa; sin embargo, como hacia buen tiempo, Cecilia pasó toda la noche á la ventana. A los primeros resplandores del dia, estenuada de fatiga, con el corazón oprimido y á punto de deshacerse en llanto, se decidió á acostarse.

Su sueño fué corto y agitado; á cada instan-

te despertaba sobresaltada, creyendo oir el sonido de la campanilla. El dia se pasó en las mismas angustias que la víspera.

Probó entonces á discurrir con su amor, y á persuadirse á sí misma que las dos embarcaciones podian no haberse seguido con esas metódica regularidad; *La bella Ana* podia haberse atrasado en el momento de su partida por algunos dias, y quizá por una semana; una de esas calmas tan frecuentes en los trópicos la podia haber detenido; impúsose tres dias mas, durante los cuales no tenia derecho de esperar; pero en qué ocupar el tiempo?

La infortunada Cecilia recurrió á su trage de boda y se puso á bordar un nuevo ramo en cada ángulo del bordado.

Los tres dias transcurrieron, despues otros cuatro, en fin, una semana; los cuatros ramos fueron acabados.

Enrique habia escedido ya en quince dias el término probable de su llegada; Cecilia ya no estaba solo impaciente, estaba desasosegada.

Todos cuantos delirios produce una imaginacion turbada germinaron en su espíritu; esa vasta mar cuyo sordo murmullo la habia impre-

sionado tan fuertemente en Boloña, esa mar bramadora con sus caprichos, sus tempestades, sus huracanes, qué habia hecho de *La bella Ana* y de Enrique?

Los dias de Cecilia eran terribles de inquietud y espectacion; pero mas terribles todavia se tornaron sus noches; ese incesante pensamiento que bullía en su imaginacion; pero que, durante la vela, la razon combatía; por la noche crecia como un fantasma, y cesando de ser contenido por el sentido moral, oprimía su sueño con una eterna y fantástica aparicion; apenas se dormia cuando ya su madre, ya Enrique se le aparecian; despues comenzaba todo un poema insensato de dolores inauditos que la conducian á un desvelo lleno de terrores, de suspiros y de lágrimas.

Enrique tardaba ya mas de un mes.

Cecilia para distraerse recurrió á su pobre trage de boda; resolvió salpicarle el fondo de ramos semejantes á los que habia bordado ya en los cuatro ángulos.

Otra idea que principiaba á punzar en su imaginacion la atormentaba tambien: la marquesa continuaba viviendo en su egoismo imprevi-

sor. Un día abrió Cecilia la gaveta que encerraba todo lo que su abuela y ella poseían; quedaban mil y quinientos francos.

Corrió en busca de la marquesa, y con todos los miramientos posibles le espuso la causa de sus temores.

—Y bien, le dijo la marquesa, de aquí á tres ó cuatro meses, no estará de vuelta Enrique?

Cecilia abrió la boca para decir:

—Sí, pero y si no lo está?

Las palabras espiraron en sus lábios; le parecía que no correspondía á ella dudar de ese modo de la misericordia de Dios, porque creía que dudando merecía su suerte. Volvióse á su cuarto algo reanimada por la convicción de su abuela.

Y en efecto, porqué no había de volver Enrique? El tiempo que había transcurrido no era tanto como para desesperar. Enrique tardaba hacía algunas semanas, esto era todo. Podía haber acontecido lo que él temía: sin duda *La bella Ana* no había dado á la vela el día señalado. Enrique estaba en camino, Enrique quizá tocaba la Inglaterra, Enrique entraba tal vez en Francia,

Enrique llegaría antes de acabada esa nueva labor emprendida: y Cecilia llena de un valor momentáneo y de una esperanza efímera, se volvía á su trage, y nuevos bordados nacían bajo su aguja como bajo la de una hada.

Así se pasaron tres meses. Todos los ramos estaban acabados; el vestido iba á ser una maravilla. Cuantos lo veían decían que era demasiado rico para una muger, y que era digno de ser ofrecido á Nuestra Señora del Regocijo, de Loreto ó del Cármen.

Cecilia empezó un salpicado de flores entre los ramos grandes.

Una mañana entró la señorita Aspásie en el cuarto de nuestra doncella, cosa que jamás sucedía.

—Qué quereis, Aspásie? exclamó Cecilia. Ha ocurrido algun accidente á mi buena mamá?

—No, señorita, gracias á Dios; pero ya no hay dinero en la gaveta, y venia á preguntaros donde se ha de ir á buscar.

Un sudor frio bañó el rostro de Cecilia. Había llegado el temido momento.

—Está bien, dijo, voy á hablar de eso con la señora marquesa.

Cecilia entró en el cuarto de su abuela.

—Y bien, buena mamá, la dijo, lo que yo habia previsto ha sucedido.

—Qué, niña mia? preguntó la marquesa.

—Nuestra escasa fortuna está agotada, y Enrique no ha vuelto todavía.

—Oh! volverá, hija mia, volverá!

—Pero mientras tanto, mi querida mamá, qué hemos de hacer?

La marquesa llevó la vista á su mano. Tenia en el dedo pequeño un medallon ovalado guarnecido de diamantes.

—Ay! dijo lanzando un suspiro, mucho sentiré desprenderme de esta sortija; pero en fin, ya qué es necesario...

—Madre mia, dijo Cecilia, no os desprendéis mas que de los diamantes que podreis reemplazar con un aro de oro; la sortija quedará siempre.

La marquesa exhaló un segundo suspiro, que probaba á lo menos que estimaba tanto los diamantes como el medallon, y dió la sortija á Cecilia.

La doncella no podia confiar á nadie el encargo de vender la alhaja que la marquesa aca-

baba de entregarle. Sería denunciar su próxima miseria á su confidente, y este era un secreto en el cual se cuidaba de iniciar á la señorita Aspasie menos que á nadie.

Cecilia fué, pues, personalmente á casa de un joyero, y trajo ochocientos francos, precio en que fué estimado el engaste por el mercader. Este recibió al mismo tiempo el encargo de reemplazar el círculo de diamantes por otro de oro.

Desde este momento comprendió Cecilia que inmediato á la desdicha de no ver regresar á Enrique, existía otra; así, impotente contra la una, quiso precaverse contra la otra. Al ir á los tres dias por la sortija de la marquesa, tomó sus dibujos de bordados, y como el joyero por su semblante leal le habia inspirado confianza, mostróle sus diseños preguntándole si conocia algun dibujante de bordados con quien pudiese ella sacar provecho de su habilidad. El joyero llamó á su muger, la cual despues de haber admirado los dibujos, le prometió hablar de ellos á un mercader. Tres dias despues tenia Cecilia un recurso: podia ganar de seis á ocho francos diarios.

A contar desde este instante, la pobre doncella, mas tranquila, volvió á pensar enteramente en Enrique. Los dias se sucedian sin recibirse noticia alguna; Enrique tardaba cerca de cuatro meses. Ya Cecilia ni se sonreia ni lloraba; parecia volverse cada vez mas fria é impasible; todo su dolor se habia concentrado en ella misma, aglomerándose en deredor de su corazon. En ciertas ocasiones sin embargo, se estremecia cuando llamaban á las horas en que otro tiempo llamaba el cartero, pero en el campanillazo reconocia que no era él, y volvía á caer en el sillón de donde se habia levantada á medias. Su eterna ocupacion, ocupacion que se le habia hecho casi maquinal, era su trage; la tela toda entera se cubria de bordados. Cada dia llenaba Cecilia un nuevo intervalo, cada dia una nueva flor nacia de la aguja maravillosa; así transcurrieron tres meses, y ninguna noticia vino á restituir la alegria ó las lágrimas de la desventurada niña.

Durante estos tres meses el dinero producido por la venta de la sortija se habia agotado; pero gracias al recurso que se habia creado Cecilia, nadie llegó á notarlo. Todas las semanas iba la

doncella á llevar sus dibujos al mercader, y todas ellas le entregaba este de cuarenta á cincuenta francos. En rigor, esta suma era suficiente al gobierno de la casa, y como el nuevo trabajo de Cecilia le dejaba además hueco para su bordado, continuaba trabajando en su trage; porque creia que en tanto que pudiera trabajar en él, se adheriria aun en cierto modo á lo pasado, y no estaria perdida enteramente la esperanza de ver á Enrique.

Llegó en fin un momento en que toda nueva adición era imposible: los menores huecos estaban ocupados; el trage de boda de Cecilia estaba concluido.

Cierta mañana lo tenia sobre sus rodillas moviendo tristemente la cabeza y buscando vanamente un sitio donde introducir alguna mediana flor, algun delicado arabesco, cuando de repente sonó la campanilla. Cecilia saltó de la silla, habia reconocido el modo de llamar del cartero.

Corrió á la puerta, era él en efecto. Tenia una carta en la mano; pero esta carta no era de su letra; era un cartapacio cuadrado con un sello ministerial Cecilia; tomó temblando la carta.

—Qué significa esto? dijo con voz casi apagada.

—No sé, señorita, respondió el cartero, lo que únicamente sé es, que ayer nos reunieron para preguntarnos de órden, del prefecto de policía, si conocíamos á la señorita Cecilia de Marsilly. Yo respondí que hacia algun tiempo que habia llevado muchas cartas á una persona de este nombre, que vivia calle de Goq-Saint-Honoré, número 3. Se tomó nota de mi declaracion, y esta mañana mi gefe me entregó esta carta diciéndome que os la tragera: procede del ministerio de marina.

—Oh, Dios mio! Dios mio! murmuró Cecilia, qué quiere decir esto?

—Deseo que sea una buena noticia, señorita, dijo el cartero retirándose.

—Ay! dijo Cecilia moviendo la cabeza, yo no espero buenas noticias sino de una sola letra, y no es ella la que tengo delante.

El cartero abrió la puerta para irse.

—Aguardad que os pague, dijo Cecilia.

—Gracias, señorita, respondió el cartero, viene franca de porte.

Y se retiró: Cecilia volvió á su cuarto.

Tenia la carta en la mano, y no se atrevia á abrirla; en fin, rompió el sello y leyó lo que sigue:

«Abordo del bergantin mercante *La bella Ana*, al mando del capitan John Dickins.

«Hoy 28 del mes de Marzo del año de 1805, á las tres de la tarde, estando á la altura de las Azores, en los 32 grados de latitud y 42 de longitud.

«Nos Edward Thomson, segundo del bergantin *La bella Ana*, estando de guardia abordo de la referida embarcacion, advertido por el piloto Samuel de que el vizconde Cárlos Enrique de Sennones, inscrito en el registro de los pasajeros con el número 9, acababa de morir.

«Nos hemos trasladado, acompañado del susodicho y de M. William Smith, cursante en medicina, á la cámara número 5, donde hemos hallado un cadáver que reconocimos perfectamente ser el del vizconde Enrique de Sennones.

«El testigo Samuel nos declaró entonces que á las tres menos cinco minutos, el vizconde Cárlos Enrique de Sennones habia espirado entre sus brazos; que luego, para asegurarse de la en-

tera cesacion de su ecsistencia, le habia pasado por delante de los ojos un espejo; pero que viendo que el cristal permanecia limpio, y que por consiguiente la respiracion estaba estinguida, no habia dudado de la muerte, acudiendo á prevenirnos de este accidente.

«Practicado el ecsámen del cadáver, M. William Smith, estudiante en medicina, pasajero abordo, y que habia asistido al enfermo, dijo:

—«Declaramos por nuestra alma y conciencia que el vizconde Carlos Enrique de Sennones ha muerto de la fiebre amarilla, cuyo gérmen indudablemente habia contraido al dejar á Guadalupe; que hace tres dias se declararon los primeros síntomas, y que la enfermedad ha hecho tan rápidos y terribles progresos, que á pesar de todos los ausilios del arte, ha fallecido hoy á las tres menos cinco minutos.

«En fé de lo cual hemos redactado el presente proceso verbal que, despues de su lectura, ha sido firmado por mí, por el médico que ha asistido al difunto, y por el testigo arriba nombrado.

«Dado abordo, en la mar, en el dia, mes y año ya citados.

«*Firmado:* JOHN DICKINS, capitan, EDWARD THOMSON, segundo, y WILLIAM SMITH, estudiante en medicina; en cuanto al piloto Samuel ha declarado no saber firmar; y ha hecho la señal de la cruz.»

Al terminar esta lectura, Cecilia lanzó un grito y se desmayó.



10.

Las desgracias vienen en tropel.

CUANDO volvió en sí, la señorita Aspasia le hacía respirar sales. El grito que lanzó la pobre niña fué oído hasta en el cuarto de la marquesa, quién envió á su doncella á que se informára de lo que acababa de ocurrir.

Un instante despues, viendo la marquesa que la señorita Aspasia no volvía, entró en persona.

No obstante la poca simpatia que mediaba entre ambas mugeres, Cecilia se arrojó á los bra-

zos de su abuela, mostrándole el terrible proceso verbal cuya helada lectura acababa de cortar de un solo golpe todas sus ilusiones y esperanzas.

Ese proceso verbal era la aparicion de la misma muerte despojada de todas aquellas previsiones de un amigo.

Asi Cecilla no hacia mas que repetir eternamente esta palabra: «Muerto! muerto! muerto!»

En cuanto á la marquesa estaba aterrada; habia penetrado de una sola ojeada cuan terrible era tal catástrofe para sí y para su nieta.

Todas sus esperanzas de sociego, de bienestar y de lujo venideros descansaban en Enrique de Sennones. La carta que habia escrito ocho dias antes de su partida de Guadalupe, y en la que ofrecia á su desposada el estado de su pequeña fortuna, habia servido de base á los cálculos de la marquesa. Ahora todo se habia frustrado: Enrique habia muerto, los diamantes vendidos, los recursos de la desdichada familia agotados, sin que nada le quedara, absolutamente nada, especialmente á los ojos de la marquesa que ignoraba que hacia ya tres ó cuatro meses que todos vivian del trabajo de Cecilia. Unicamente la señorita Aspasia lo habia notado, pues

ya por dos ó tres ocasiones habia manifestado á la marquesa el deseo de retirarse al campo, apoyando su peticion con el pretesto de que se debilitaba su salud y tenia al presente necesidad de mucho descanso.

El dolor de la marquesa fué poco mas grande de lo que habia previsto Cecilia, porque esta no podia leer en el fondo del corazon de su abuela las verdaderas causas de este dolor.

Resultó de esto un bien para la desventurada niña, porque un instante viendo vacilar á su abuela, se sintió fuerte para sostenerla. La marquesa habia bajado de su cama en peinador, se le condujo de nuevo á su cuarto y se volvió á acostar.

Entre tanto Cecilia no podia contentarse con ese frio anuncio de la muerte de su amor; queria adquirir algunos pormenores, queria saber cómo habia llegado esa carta. Para decirlo pronto, la pobre niña, como todo desgraciado, herido de un golpe inesperado, dudaba todavia y tenia necesidad de la certidumbre de su dolor.

La carta estaba sellada del ministerio de marina. Ocurrióle naturalmente la idea de dirigirse á dicho ministerio para adquirir las noti-

cias que deseaba. Recomendó su abuela á los cuidados de la señorita Aspasia, echó un velo sobre su sombrero, tomó la carta fatal, la guardó en su sobre, bajó, metióse en un coche de alquiler, y dijo que la condujeran al ministerio de marina.

Llegada á la puerta mostró su carta al portero, preguntándole de qué mesa procedía, á lo que este contestó que de la secretaría.

Subió Cecilia á la secretaría, y pidió hablar al empleado que habia escrito aquella carta.

No habia llegado todavia: lo esperó.

Al fin llegó: cosa estraña! desde que habia vuelto en sí Cecilia, no habia derramado una sola lágrima.

El empleado le esplicó que aquel proceso verbal habia llegado de Plymouth, donde *La bella Ana* habia anclado á su regreso de Guadalupe, y que venia acompañado de esta única noticia:

«Habiendo muerto el vizconde Carlos Enrique de Sennones á bordo de *La bella Ana* el 28 de Marzo de 1803, y no teniendo ningun pariente conocido en este momento en Inglaterra,

suplicámos al gobierno francés que notifique su muerte á la señorita Cecilia de Marsilly, de quién habia hablado con frecuencia al piloto Samuel como de su prometida. Segun toda probabilidad, esta señorita Cecilia de Marsilly reside en Francia.

«Adjunto es el proceso verbal que justifica esta muerte.»

Cecilia escuchó todos estos pormenores con el corazon despedazado, pero con los ojos secos; se hubiera dicho que el manantial de sus lágrimas estaba agotado, ó mas bien que sus lágrimas corrian interiormente.

Preguntó únicamente si se le podia decir donde habia sido transportado el cuerpo.

Respondióle el oficinista que cuando un pasajero ó marinero fallecia abordo de una embarcacion, no se transportaba su cuerpo, sino que se le arrojaba lisa y llanamente al mar.

Entonces, y como al través de un relámpago, se le representó á Cecilia ese grande Océano tumultuoso y bramador que habia venido á bañar sus pies el dia en que se paseaba del brazo con Enrique sobre el muro de Boloña.

Dió las gracias al empleado y salió.

Ahora todo estaba claro para Cecilia; ese largo tiempo que habia transcurrido despues de la muerte de Enrique, y que ella habia pasado esperándolo, fué perdido en averiguar donde vivía; por otra parte estas investigaciones habian sido practicadas como acostumbran los gobiernos en general cuando no tienen interés en ellas; habian anunciado la noticia en los periódicos; pero Cecilia no los leia; en fin, se les ocurrió un dia reunir á los carteros y dirigirse á ellos; entonces fué cuando uno de esos buenos hombres declaró haber llevado diez y ocho meses antes algunas cartas á una señorita Cecilia de Marsilly, que vivia calle de Coq-Saint-Honoré, número 5.

Cecilia entró, subió sus cinco pisos y se disponia á llamar, cuando reparó que la puerta estaba abierta; la empujó, y suponiendo que la señorita Aspasia habia ido en casa de alguna vecina, la dejó como la habia encontrado.

Su primera diligencia fué entrar en el cuarto de la marquesa: la halló acostada con la cabeza apoyada en sus dos almohadas, y durmiendo.

Cecilia se volvió á su cuarto.

Fué derecha á la gaveta que encerraba su tesoro particular, es decir, las cartas de Enrique.

Entre estas cartas buscó la que le habia escrito desde Boloña, y leyó de nuevo estas líneas:

«Qué cosa tan magnífica es la mar, vista con un profundo sentimiento en el corazon! de qué modo corresponde á todos los pensamientos sublimes! cómo consuela y entristece al mismo tiempo! cómo nos eleva desde la tierra al cielo! cómo nos hace comprender la miseria del hombre y la grandeza de Dios!

«Creo que hubiera permanecido eternamente sentado sobre esa ribera donde hemos vagado juntos, y en la que me parecia que, si lo buscaba con esmero, aun hallaria la huella de vuestros pasos. Mi corazon se dilataba con el espectáculo que tenia ante mis ojos. No os amaba ya con el amor de hombre; os amaba como las flores al retorno de la primavera aman al sol; como durante las apasibles noches del verano, la mar ama al firmamento; como en todo tiempo la tierra ama á Dios.

«Oh! en aquel momento, Cecilia, el Señor me perdone si es una orgullosa impiedad; pero desafiaba á los acontecimientos á que no separasen, aunque fuese por medio de la muerte. Cómo! cuando todo se mezcla y se confunde en la naturaleza, los perfumes con los perfumes, las nubes con las nubes, la vida con la vida, por qué la muerte no se ha de mezclar tambien con la muerte, y puesto que cada cosa al mezclarse se fecunda, por qué la muerte que es una de las condiciones de la naturaleza, uno de los eslabones de la eternidad, una de las gradas de lo infinito, por qué la muerte ha de ser esteril solamente? Dios no la hubiera hecho sino debiera ser en sus manos otra cosa que una máquina de destruccion, y si al desunir los cuerpos no hubiera debido unir las almas.

«Asi pues, Cecilia, ni la misma muerte tendria poder para separarnos; porque la Escritura dice, que el Señor venció la muerte.

«Por lo tanto, Cecilia, hasta mas ver, y no adios; hasta mas ver! en este mundo quizá, y en el otro ciertamente!»

—Sí! sí! pobre Enrique! murmuró Cecilia;

sí, tú tenias mucha razon, sí, hasta mas ver, ciertamente!

En aquel momento oyó Cecilia un grito en el cuarto de la marquesa.

Echó á correr y tropezó en el corredor con la señorita Aspasia, que pálida y sin voz corria en su busca.

—Qué hay? qué ha sucedido? exclamó Cecilia.

Y viendo que la doncella nada le respondia, se precipitó en el cuarto de su abuela.

La cabeza de la marquesa se habia resbalado de las almohadas cayendo sobre el travesero, en tanto que un brazo colgaba fuera de la cama.

—Mi buena madre! exclamó Cecilia apoderándose de aquella mano... mi querida madre!

La mano de la marquesa estaba fria.

Cecilia cogió la cabeza de su abuela en sus brazos, y descansándola sobre la almohada la abrazó repetidas veces, escortándola á que le respondiese; pero todo era inútil, la marquesa permaneció tan muda como fría; la marquesa habia dejado de existir.

Mientras que la señorita Aspasia salió por un instante, habia sido atacada de una apoplejía ful-

minante, y todo estaba terminado cuando Cecilia entrando la habia visto.

Cecilia habia creído que dormia: estaba muerta.

Pero muerta sin ningun dolor, sin pronunciar un lamento, sin hacer el menor movimiento; muerta como habia vivido, sin pensar mas en la muerte de lo que habia pensado en la vida; muerta en el momento en que la ecsistencia iba, por primera vez, á hacérsele difícil y quizás amarga.

Es cosa singular, que cuando dos grandes dolores hieren á la vez á la misma persona, el uno defiende al alma contra el otro; cualquiera de los dos hubiera anonadado á Cecilia; pero se alzó fuerte contra ambos.

Además de esto, la muerte de Enrique le habia inspirado quizá algun fatal proyecto, cuya ejecucion aceleraba el fallecimiento de su abuela.

A la vista de la marquesa difunta, la señorita Aspasia declaró que su pena era tan grande, que no queria permanecer un solo instante mas en la casa.

Cecilia se levantó del pie del lecho de su a-

buela donde oraba, ajustó las cuentas de la señorita Aspasia, y le pagó, dándole gracias de lo que dinero alguno puede pagar, es decir, por la asistencia que habia dado á la marquesa.

Despues llamó á la buena muger que le servia de criada, y le suplicó se encargase, de acuerdo con la dueña de la casa, de todos los actos fúnebres que eran consiguientes. Como Cecilia estaba muy querida en la casa, donde sin embargo de que no hablaba jamás con nadie era reputada por un modelo de castidad y de amor filial, todos se apresuraron en su obsequio en cuanto les fué posible.

Entonces volvió Cecilia á su cuarto, y abrió una gaveta de donde sacó su trage de boda.

A tal vista, sus lágrimas tanto tiempo reprimidas, brotaron al fin. Ya era tiempo: una compresion mas dilatada le hubiera despedazado el corazon.

Luego que hubo llorado largamente teniendo su precioso vestido sobre las rodillas, que besó cada ramo, cada flor, cada arabesco, luego que lo hubo elevado sobre sus dos brazos mirando al cielo y clamando: «Enrique! Enrique!» cubrió su rostro con un velo y salió.

La escasez de la señorita Aspasia habia agotado los últimos recursos de Cecilia, sin quedarle otro arbitrio, para enterrar á su abuela y llevar á cabo el proyecto que habia concebido, que vender su traje nupcial.

Encaminóse á casa del mercader de bordados que le compraba sus dibujos, y desplegó á su vista aquel prodigio de trabajo, de gusto y de paciencia sobre el que habia estado inclinada cerca de dos años; pero de buenas á primeras le declaró aquel que no podia pagar el precio que aquello valia, y se limitó á darle algunas señas.

El mismo dia hizo Cecilia varias diligencias; pero todas infructuosas.

El siguiente fué consagrado al entierro de la marquesa. Como se creia que esta, sin ser rica, poseia algunos bienes, la dueña abonó todos los adelantos y gastos del funeral y entierro.

El dia sucesivo emprendió Cecilia de nuevo su correría. Ya hemos visto cómo, despues de haber sufrido nuevas repulsas, la desventurada niña entró en casa de Fernanda, y cómo el príncipe, movido así de las lágrimas de la pobre doncella, como del deseo de satisfacer los caprichos de Fernanda, compró el maravilloso traje,

enviándole su precio el mismo día.

Luego que recibió sus tres mil francos llamó Cecilia á la dueña de su habitacion, le reintegró los anticipos que habia hecho, le pagó el plazo corriente y le declaró que partía el dia siguiente.

Pero por mas instancias que esta le hizo, Cecilia rehusó constantemente revelarle donde iba.

En efecto, el siguiente dia la desgraciada jóven dejó la casa llevando consigo su secreto.

Durante algun tiempo los que habian conocido á Cecilia se preocuparon de esta desaparicion, y continuaron hablando de ella. Despues, poco á poco su nombre se repitió con menos frecuencia en las conversaciones; y por último, como no volvió á parecer mas, fué olvidada enteramente.



EPÍLOGO.

TRES meses despues de los sucesos que acabamos de referir, un hermoso bergantin mercante hacía rumbo hácia las Antillas, buscando los vientos alisios que reinan entre los trópicos.

Este bergantin no era otro que *La bella Ana*, nuestro antiguo conocimiento.

Habia salido hacía catorce dias de Lóndres, despues de haber hecho un cargamento para Guadalupe, cuando á eso de las cinco de la tarde el marinero de vigía pronunció esta palabra,

cuya impresion es siempre tan profunda en el ánimo de los pasajeros, y aun en el de los marineros:

—Tierra!

A este grito que resonó hasta en las profundidades de la embarcacion, todos cuantos pasajeros iban abordo salieron sobre cubierta.

En el número de estos se contaba una doncella de diez y nueve á veinte años.

Dirigióse al piloto, quien al verla acercarse se quitó respetuosamente su gorra.

—Es cierto que he oido gritar, *tierra!* mi querido Samuel? le preguntó.

—Sí, señorita Cecilia, respondió este.

—Y qué tierra es?

—Las islas Azores.

—Al fin!.. dijo la jóven.

Y una melancólica sonrisa cruzó por sus labios; despues recogiendo sobre el piloto una mirada momentáneamente estraviada en el espacio continuó:

—Me habeis prometido indicarme el parage donde fué arrojado al mar el cuerpo de M. Enrique.

Sí, señorita, y os cumpliré mi palabra cuan-

do llegue el momento.

—Distamos mucho todavía?

—Como unas cuarenta millas.

—Entonces dentro de cuatro horas pasaremos por él.

—Por el mismo sitio, señorita; no parece sino que el barco sabe su camino, y no quiere separarse ni diez pasos de él.

—Y estais seguro de no equivocaros?

—Oh! no, señorita, la primera isla forma ángulo con la segunda, y como la noche está clara, podeis estar completamente tranquila, reconoceré bien el parage.

—Pues entonces, Samuel, dijo la doncella; media hora antes de llegar me llamareis.

—Os lo prometo, respondió el marino.

La jóven saludó á Samuel con una inclinacion de cabeza, volvió á bajar por la escala de popa, y entró en el camaróte número 5, donde se encerró.

Una hora despues de haber dejado aquella la cubierta sonó la campana de comer, y todos los pasajeros bajaron sucesivamente al comedor; pero Cecilia no pareció. Como por otra parte, raramente se sentaba á la mesa, no se notó su

ausencia; únicamente el capitán mandó le preguntáran si quería que se le sirviera la comida en su camaróte; pero ella respondió que no comería.

La embarcacion continuaba navegando viento en popa, haciendo diez nudos por hora, de suerte que se acercaba rápidamente á las Azores; los pasajeros habian vuelto à subir sobre cubierta y gozaban del fresco de la tarde, fijos sus ojos en el archipiélago de islas situado todavía á cuatro ó cinco leguas á la altura de la embarcacion; el capitán John Dickins y el teniente William Thomson hablaban entre sí, y el timonero Samuel reflexionaba; de cuando en cuando los dos oficiales dirigian sus miradas hácia él; en fin, en su conversacion se le acercaron y parándose enfrente:

—No es verdad, Samuel, dijo el capitán, que es ella?

—Aquella de quién M. Enrique hablaba siempre conmigo?

—Sí, y que él llamaba Cecilia.

—La misma, capitán.

—Lo veis, William? dijo el capitán, es la misma, lo adiviné.

—Y qué va á hacer á Guadalupe?

—Tomal dijo Samuel, no sabeis que M. Enrique tenia allá un tio que es millonario? Irá probablemente á reunirse con él.

Y los dos oficiales prosiguieron su paseo, reanudando la conversacion que habian interrumpido para dirigir á Samuel la pregunta que hemos referido.

Entre tanto se acercaba la noche; sirvieron el té sobre cubierta, y se le preguntó á Cecilia si deseaba subir; pero, como en la comida, se excusó diciendo que no queria tomar nada.

Llegó la noche con la rapidez habitual á estas latitudes; á las ocho la oscuridad era completa; á las nueve se habian retirado todos á su camaróte; no quedaban sobre cubierta mas que el timonel y el teniente ayudante; el bergantin navegaba á favor de la vela mayor y de las de gavia.

A las nueve y media apareció la luna por detrás de las Azores, iluminando la noche como el sol ilumina uno de nuestros brumosos dias del norte; las islas se dibujaron perfectamente distintas en el horizonte.

Acercábase el sitio en que el cuerpo de En-

rique habia sido arrojado al mar. Samuel, fiel á su promesa, mandó llamar á Cecilia.

Cecilia subió inmediatamente; habia trocado su vestido por otro blanco, y llevaba un velo como una desposada.

Tomó una silla, y fué á sentarse al lado del timonel.

Samuel la miró con asombro; aquel ropage blanco, aquella inútil compostura, y en la que sin embargo se conocia que la doncella habia cifrado todo su esmero, parecian estraños al buen marinero.

—Conque nos acercámos, Samuel? preguntó Cecilia.

—Sí, señorita, respondió Samuel, dentro de media hora llegaremos.

—Y reconocereis el parage?

—Oh! vaya, respondo de eso, como se tomará altura con los instrumentos del capitan.

—Nunca os he ecsigido pormenores acerca de sus últimos momentos, Samuel; pero ahora, pero esta noche, desearia saber cómo murió.

—A qué hablar siempre de cosas que os causan pesadumbre? Señorita Cecilia, acabaréis por detestarme.

—Si Jenny hubiera muerto, mi buen Samuel, y muerto léjos de vos, no deseariais conocer todos los pormenores de esa muerte, y no seriais por el contrario agradecido con el que, ó la que, os los refiriese?

—Oh! si tal, señorita, si tal; amaba tanto á ese pobre M. Enrique! toma! y era tambien muy justo; porque además de ser perfectamente amable y gallardo, me habia dado, á su salida de Guadalupe los tres mil francos que me faltaban para casarme con Jenny; de suerte que si soy feliz en este momento, á él se lo debo.

—Pobre Enrique! murmuró Cecilia; era tan bueno.

—Asi cuando M. Smith, el estudiante de medicina, vino á decirme que estaba enfermo, puse un marinero en mi lugar y bajé inmediatamente. Pobre jóven! tal es nuestra miseria; la víspera se habia sentido indispuerto únicamente, á la noche se presentó la fiebre, y cuando yo bajé ya deliraba; pero en medio de su delirio me reconoció no obstante, señorita, y su único pensamiento, mirad, lo que sentia mas vivamente á pesar de su turbada memoria, erais vos, señorita Cecilia, sola vos.

—Dios mio! Dios mio! murmuró Cecilia de nuevo anegada en lágrimas.

—Sí, y despues hablaba de una casita en Inglaterra, de flores en un jardin, de Boloña, de un lienso que bordábais para amortajaros los dos.

—Ay de mí! ay de mí! dijo Cecilia, era la verdad.

—Como emoprendereis, al instante que le ví, bien conocí que estaba perdido; he visto tantos atacados de la misma enfermedad!.. La fiebre amarilla, esa enfermedad no tiene remedio. Con este motivo nadie queria cuidarlo; se hubiera dicho que tenia la peste; pobre mozo! «Vámos, vámos, me dije entonces, Samuel, muchacho, en el peligro es cuando se conocen los amigos, este negocio corre de tu cuenta.» Fuí á buscar al capitan y le dije: «Capitan, es preciso poner uno en mi lugar en el timon; mi puesto principal desde este momento, es el lecho de M. Enrique; y allí permaneceré hasta que muera; pobre mozo!»

—Buen Samuel! exclamó Cecilia estrechando entre las suyas una de las groseras manos del marinero, mientras que la otra continuaba descansando sobre el timon.

—El capitan puso algunas dificultades, porque la fiebre amarilla, como veis, es contagiosa, y temia por mí. Tiene confianza en mí como piloto; pero yo le dije: «Bah! capitan, ya hemos pasado el trópico, ahora un niño os conduciría con los ojos vendados á Plymouth; en cuanto á sí se me pega el mal y muero tambien, encontrareis en mi bolsa tres mil francos que M. Enrique me ha dado; remitiréis la mitad á mi anciana madre, y la otra á Jenny.» «Está bien, muchacho, dijo entonces, vé; tu crees cumplir un deber obrando así: tranquilízate, hay allá arriba un Dios bueno.»

Cecilia dió un suspiro mirando al cielo.

—Media hora hacía que me habia separado de él, y el mal habia continuado haciendo progresos. Esta vez apenas me conoció: tenia una calentura atroz! á cada instante decia: «Yo respiro fuego, por qué me dan á respirar fuego?» Y pedia de beber. Despues hablaba de vos, siempre de vos, señorita, Cecilia por acá, Cecilia por allá. Decia que querian separaros uno de otro; pero que érais su esposa, y que sabriais reuniros con él donde quiera que estuviese.

—Tenia razon, Samuel, murmuró Cecilia.

—La noche se pasó de este modo; él, siempre ardiendo de calentura; yo, hablándole de vos para consolarlo; porque bien veía, aunque él no me conociese, que cada vez que pronunciaba vuestro nombre, se estremecía. Entonces pedía una pluma, tinta, papel; quería escribir, á vos sin duda. Por darle gusto, probé á darle un lapiz; pero todo cuanto pudo hacer fué escribir las tres primeras letras de vuestro nombre. Y arrojando lápiz y papel gritaba: Fuego! fuego! tú me has dado fuego!

—Conque tanto ha sufrido? preguntó Cecilia.

—Diantre! eso no se sabe, respondió Samuel; cuando la razon se pierde hay quien dice que se deja de sufrir, y que el dolor no ecsiste sino con tal que se conserve el juicio para apreciarlo; pero por mi parte, no lo creo. Segun eso, los pobres animales que no tienen juicio, no sufriran. En fin, la noche entera se pasó así. De hora en hora venia el médico; le sangraba, le ponia sinapismos, pero todo esto meneando la cabeza; era evidente que cumplia con su deber para descargo de su conciencia, y que no tenia ya esperanza. En efecto, la mañana del tercer día yo tambien empecé á desesperar; la calentura

ra se iba, pero la vida con ella. Cuando tenia calentura me costaba un trabajo inmenso evitar que se levantára para ir á reunirse con vos, segun él decia; y luego que desapareció, lo hubiera sugetado en su cama nada mas que con el dedo pequeño. Oh! mirad, señorita Cecilia, no porque él fuera débil y yo mas fuerte, sino porque la muerte estaba allí.

—Dios mio! Dios mio! dijo Cecilia, perdonadme!

Samuel hizo como que no habia oido y continuó:

—La debilidad fué en aumento, aunque tuvo dos ó tres accesos que se hubiera creido era la vida que volvia; pero, al contrario, era el alma que daba el adios al cuerpo, y á las tres menos cinco minutos, señorita, todavia lo veo como os estoy viendo á vos, se incorporó, miró en derredor suyo con una mirada fija, pronunció vuestro nombre y volvió á caer sobre su almohada. Habia muerto.

—Y despues, y despues, Samuel?

—Diantre! despues, ya lo sabeis, señorita, á bordo la ceremonia no es larga, sobre todo cuando el difunto ha muerto de enfermedad contagio-

sa. Pasé un espejo por la boca del pobre mozo; buenas noches, ya no tenia respiracion.[En seguida fuí á decir al capitan: «Capitan esto se acabó, ha muerto.»

—Dios mio! Dios mio! murmuró por segunda vez Cecilia; no es cierto que me perdonareis?

—«Pues bien, me dijo el capitan, una vez que ha muerto, mi amigo Samuel, vas á venir con nosotros á formar el proceso verbal, y luego volverás á tu puesto.

—«Dispensad, capitan, respondí, pero no he concluido. Pobre M. Enrique! Y quién lo ha de coser á su hamaca? No porque sea un simple pasajero se le ha de arrojar al mar como un perro; eso no seria justo.

—«Tienes razon, dijo el capitan, pero despacha presto.

Respondí con una señal de cabeza; y me puse manos á la obra, porque todos abordo estaban impacientes por deshacerse del pobre cadáver. Así la ceremonia no fué larga. Cuando fuí á decir al capitan que M. Enrique estaba amortajado: «Le has puesto una bala al pié?» preguntó el capitan.

—«Dos, capitan, dos, respondí, no se debe

andar con roñerías con los amigos.»

—«Está bien, dijo el capitan. Que suban el cuerpo sobre cubierta.»

—Lo cogí en mis brazos, le traje y lo coloqué sobre la tablazon. El capitan, que es irlandés; y por consiguiente católico, rezó algunas oraciones; despues alzaron la plancha, resbaló el cadaver, y fué á sumergirse en la mar donde desapareció... Todo estaba terminado.

—Gracias, mi buen Samuel, gracias, dijo Cecilia; pero hemos de acercarnos al parage donde lo arrojasteis al mar?

—A fé mia, señorita, casi tocamos á él; dentro de cinco minutos, cuando tengámos esa gran palmera que se vé sobre la isla mas prócsima á nosotros, en frente de nuestro hauprés, allí será.

—Y porqué costado se arrojó su cuerpo, Samuel?

—Por el de babor. Esperad, añadió, desde ahí no podeis ver el sitio, la vela mayor nos lo oculta, entre la escala y los obenques de mesana.

—Está bien, dijo Cecilia.

Y la doncella se adelantó hácia el lugar indicado y desapareció detras de la vela mayor.

—Pobre señorita Cecilia! murmuró Samuel.

—Cuando estemos en el parage esacto, Samuel, dijo Cecilia, me lo prevendreis, no es verdad?

—Tranquilizaos, señorita.

Samuel se puso de suerte que pudiera mirar por debajo de la vela. Vió á Cecilia arrodillada y orando.

Cinco minutos poco mas ó menos transcurrieron, durante los cuales el piloto se mantuvo con la vista clavada en la palmera. En fin, cuando esta se hallaba esactamente por la mitad del bauprés:

—Aquí es, dijo.

—Aquí me tienes, Enrique! respondió una voz.

En seguida se oyó el ruido de un cuerpo pesado al caer al agua.

—Hombre á la mar! gritó con voz estentórea el segundo, que hacia la guardia.

Samuel dió un salto desde el timon al filarete. Vió una cosa blanca que sobrenadaba dando vuelta en la estela del barco; despues esta especie de vapor flotante en la superficie del agua sumergiéndose desapareció.

—Ahora comprendo, repuso Samuel volviendo á tomar la barra de su timon, ahora comprendo por qué pedia á Dios que la perdonase!

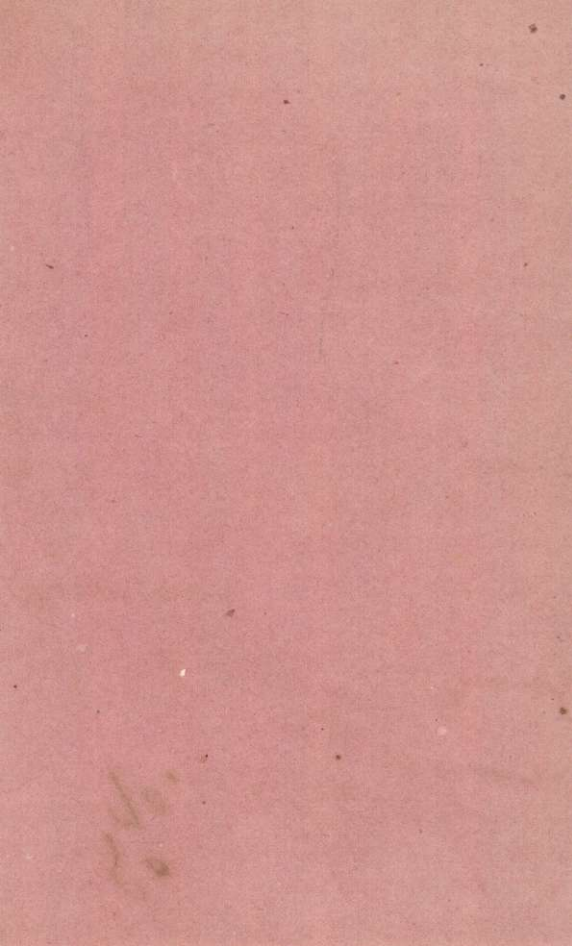
La bella Ana continuó su rumbo, y al cabo de diez y ocho dias mas, llegó felizmente á la *Pointe-à-Pitre*.



AVISO.



Deseando el Editor de la Biblioteca, que la publicacion del QUIJOTE salga con toda la brillantez que de suyo reclama, está zanjando algunas dificultades para que la citada obra lleve algunos grabados en el testo; por cuyo motivo se suspende por ahora su publicacion, la que se anunciará por nuevos prospectos.



3.000

- AN

- 201

James Smith

5070.

